

MUNDIAL





¿Se casa usted este año?

SI ES ASI, necesita usted adquirir cuanto antes su ajuar, aprovechando su tiempo y su dinero del mejor modo posible. Para ello, atienda á los consejos y á las indicaciones que para su bien le damos.

En primer lugar, no cometa usted el error de hacer su ajuar en casa, adquiriendo el material necesario en comercios que venden al detalle. Le resultará á usted muy caro, y perderá usted mucho tiempo.

En segundo término, si quiere usted ahorrarse molestias y dinero, no olvide que, aunque parezca inverosímil, nosotros

VENDEMOS UN AJUAR DE NOVIA A PRECIO MUCHO MAS BAJO DEL QUE LE CUESTA A USTED HACERLO EN CASA.

Basta una visita á nuestros establecimientos, para que usted compruebe inmediatamente la gran diferencia que existe entre nuestros artículos y los de las demás tiendas, tanto en lo referente al precio como á la calidad.

Visite usted nuestra casa, y se convencerá. Si no quiere usted molestarse, ó si vive usted en el interior de la República, recibirá usted nuestro catálogo ilustrado con sólo remitirnos, luego de cortarlo, el adjunto cupón, en el cual inscribirá usted su nombre y su dirección.

NUESTRO CATALOGO ES UN PRECIOSO ALBUM DE AJUARES. TIENE 300 PAGINAS DE TEXTO Y MAS DE TRES MIL GRABADOS.

A pesar de su gran costo, remitimos este álbum gratuitamente á quien lo solicite por medio del cupón adjunto.

LA CASA IDEAL DE LOS NOVIOS

Gran Sucursal Norte SANTA FE, 2000 BUENOS AIRES .. **BARBAGELATA, DRAGO Y CIA.** .. Casa Central: B^{ME} MITRE, Esq. PARANA, Buenos Aires .. Gran Sucursal Rosario SARMIENTO, 701 Esquina SANTA FE ..

CUPON

Si se mandarme el Album de Ajuares que acaban de publicar.

Nombre _____

Dirección _____



Para el Intestino, es el JUBOL

La mucosa del intestino es tan sensible como la de los ojos. El polvo en suspensión que el aire arrastra, irrita esta última mucosa y produce la conjuntivitis.

De igual modo, los purgantes irritan la mucosa del intestino y dan lugar á la enteritis.

Evitad el purgante, que, como ha dicho muy bien un profesor eminente, es un verdadero "peligro social", y

Jubolizad vuestro Intestino

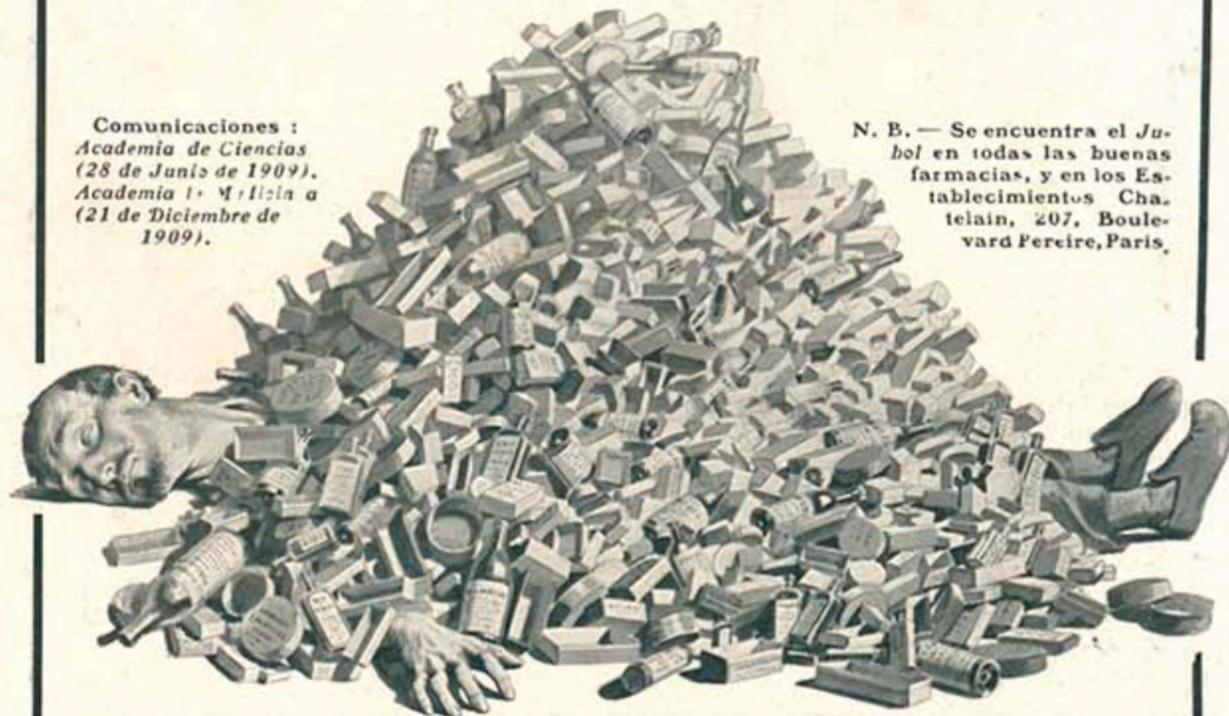
que funcionará luego naturalmente, pues el Jubol sólo contiene una substancia inerte: el agar-agar, que dilata y vigoriza los tabiques debilitados del intestino, y activa la pro-

Estreñimiento, Enteritis, Vertigos.
Vahidos, Hemorroides.
Acideces, Pituitas, Irritaciones.
Jaquecas, Dispepsia.
Hinchazón del vientre.
Gases, Exceso de Bilis.
Sueño agitado, Insomnios.
Lengua sucia y pastosa.
Fatiga y tristeza.
Feidez del aliento.
Color pajizo, Diviesos, Granos.

ducción de jugos de las glándulas digestivas, así como la de los extractos biliares, que son siempre escasos en las personas que padecen de estreñimiento.

Comunicaciones :
Academia de Ciencias (28 de Junio de 1909).
Academia de Medicina (21 de Diciembre de 1909).

N. B. — Se encuentra el Jubol en todas las buenas farmacias, y en los Establecimientos Chataignat, 207, Boulevard Pereire, Paris.



RESULTADO DEL ABUSO DE LOS PURGANTES



Eva moderna

Salé de la noche y va hacia la luz.

Es una exquisita aparición de supremas elegancias.

Se diría de ella que es una creación espontánea, sin más arraigo carnal que el de su propia persona, pues en ella empieza la vida como una aurora en un nido de nubes sonrosadas.

Ella viene, no de las claridades boreales, sino de la sombra; pero en ella ha dejado marcada la clave de su creación y de su destino.

Desde niña, apenas nacida, ya fué bautizada en la pureza, en la belleza, en la higiene por el

uso del jabón Reuter. Es, puede decirse, una ideal personificación humana, emanada de la espuma del exquisito jabón.

La Admiración le pregunta:

—¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Quién te dotó de tanta hermosura, de tanta juventud, de tanta armonía? ¿Quién satinó tu piel, dió brillo a tus cabellos, perfumó a tu piel?...

Y ella, señalando hacia el antro tenebroso, muestra escrita en letras luminosas la respuesta:

¡Jabón Reuter!

EL MÉDICO EN CASA

MAS DE DOS MILLONES DE SUSCRIPTORES

Obra de gran vulgarización de Medicina é Higiene, al alcance de todas las inteligencias y de todas las fortunas

Uno de los mayores éxitos de librería es sin duda alguna, la admirable publicación popular

Nuevo Sistema de Curación Natural

del Profesor F. E. BILZ

DOS TOMOS VOLUMINOSOS

LUJOSAMENTE ENCUADERNADOS
1.600 páginas de texto, 60 grabados,
18 láminas en colores

7 MODELOS del cuerpo humano que se DESARMAN totalmente.

(VERDADERO MUSEO DE ANATOMIA)

Cuanto los hombres piensan y se compadecen sinceramente de la suerte de los que les rodean, sienten verdadero desaliento al observar la miseria sin nombre que por doquiera se va extendiendo.

« ¡No hay modo de remediarlo; necesidad, enfermedad y miseria son cosas inevitables! »: tal es la frase que á cada paso solemos oír en boca de la multitud, acostumbrada como lo está á presenciar las consecuencias de tal sofisma.

Hay un hecho cierto, y es que, en cuanto se trata de preservarse de las enfermedades ó de curarlas, la humanidad actual parece próspera de total ceguera.

El menor resfriado es motivo de apelar á médicos y drogas, olvidándonos de que

¡la naturaleza nos brinda mejores remedios!

No ha de confundirse la nueva medicina natural con la acentuación exclusiva de un extremo, ó con la esperanza de curación por un principio único.

Nuestro método no es de espíritu tan limitado, y cuantos hayan tenido en sus manos la sensacional obra **Nueva curación Natural**, publicada en más de

DOS MILLONES

de ejemplares, saben que en ella no domina punto de vista exclusivo, sino que, muy al contrario, ella representa el único principio razonable, es decir, « tomar el bien allí donde se encuentre ».

Para cada caso particular, hallaremos en ella un procedimiento individual.

Con verdadero ingenio, el autor ha sabido reunir todo cuanto le pareció bueno, para exponerlo bajo una forma completamente nueva.

El masaje, la gimnástica medical, las plantas medicinales, la electricidad, las aplicaciones del agua en sus formas más diversas, el aire fresco y una dieta apropiada á cada caso, tales son los principios esenciales del nuevo método para curar las enfermedades.

A cada obra va anexo un verdadero MUSEO de ANATOMIA, formado por 7 modelos de colores, desarmándose totalmente.

Dichos modelos representan el cuerpo de la mujer, desarmándose todos sus órganos hasta en los detalles más ínfimos: los pulmones, el corazón, la laringe, la cabeza, la nariz, los ojos, los órganos genitales, etc., permiten á cualquiera persona el estudiar con toda precisión el cuerpo humano, y darse cuenta, como en un mismo sujeto anatómico, del sitio de tal ó cual órgano. Estos modelos son, pues, la reproducción fidedigna del interior del cuerpo humano.

Esta obra es el manual perfecto de la salud, y se publica en español, francés, alemán, inglés, italiano, ruso, portugués, etc.

La « CURACION NATURAL » no es la recomendación de un producto farmacéutico; muy al contrario, es una verdadera enciclopedia de salud, en la que cada cual puede encontrar consejos para su propio bienestar y el de su familia.

La obra se remite á quien la pida por correo, franco de porte.

Algunas opiniones y testimonios.

La obra está en posesión de S. M. el Rey de España.

Entre las numerosas cartas de felicitaciones que hemos recibido, citaremos las opiniones siguientes:

... He leído con verdadero interés su obra...
... C. de M. de MADRADA.—Madrid.
... Autorizo á V. para que agregue mi nombre á la lista de suscriptores tan honorables...

Doctor F. LAJOUX de Miremont—Francia.

Está en mi poder el env. de V., y me apresuro á informarle de que juzgo su obra como de verdadero interés y de utilidad incontestable. Los modelos del cuerpo humano, con sus admirables disposiciones para el desarme y las láminas en colores han causado mi admiración, y me encanta el haber adquirido tal libro.

Pre-biéro PROUVENCE de St-Cannat, Bouches-du-Rhône —Francia.



Peso de cada volumen, 2 kilos aproximadamente.

Se publica en 4 volúmenes.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Sírvase Vd. mandarme un ejemplar de la obra

“NUEVO SISTEMA DE CURACION NATURAL”

que consta de dos tomos encuadernados, 1600 páginas de texto, numerosos grabados y láminas y 7 modelos que se desarman, en color. El precio de 35 francos. Pague el importe por dos entregas de 17 fr. 50: la primera acompañando al boletín de compra; y la segunda tres meses más tarde.

Nombre y apellido _____

Profesión _____ Dirección _____

Dirección del empleo _____ FIRMA _____

Ciudad _____ Provincia _____

Se suscribe cortando este boletín y enviándolo franco a

Librería QUILLET, 278, Boul. St-Germain, París

Prospectos gratis á quien los pida.

En boga en París - los deliciosos perfumes de
MONNA VANNA

Monna Vanna!
*J'ai deviné
ses parfums
grasants!*

A. Ehrmann.

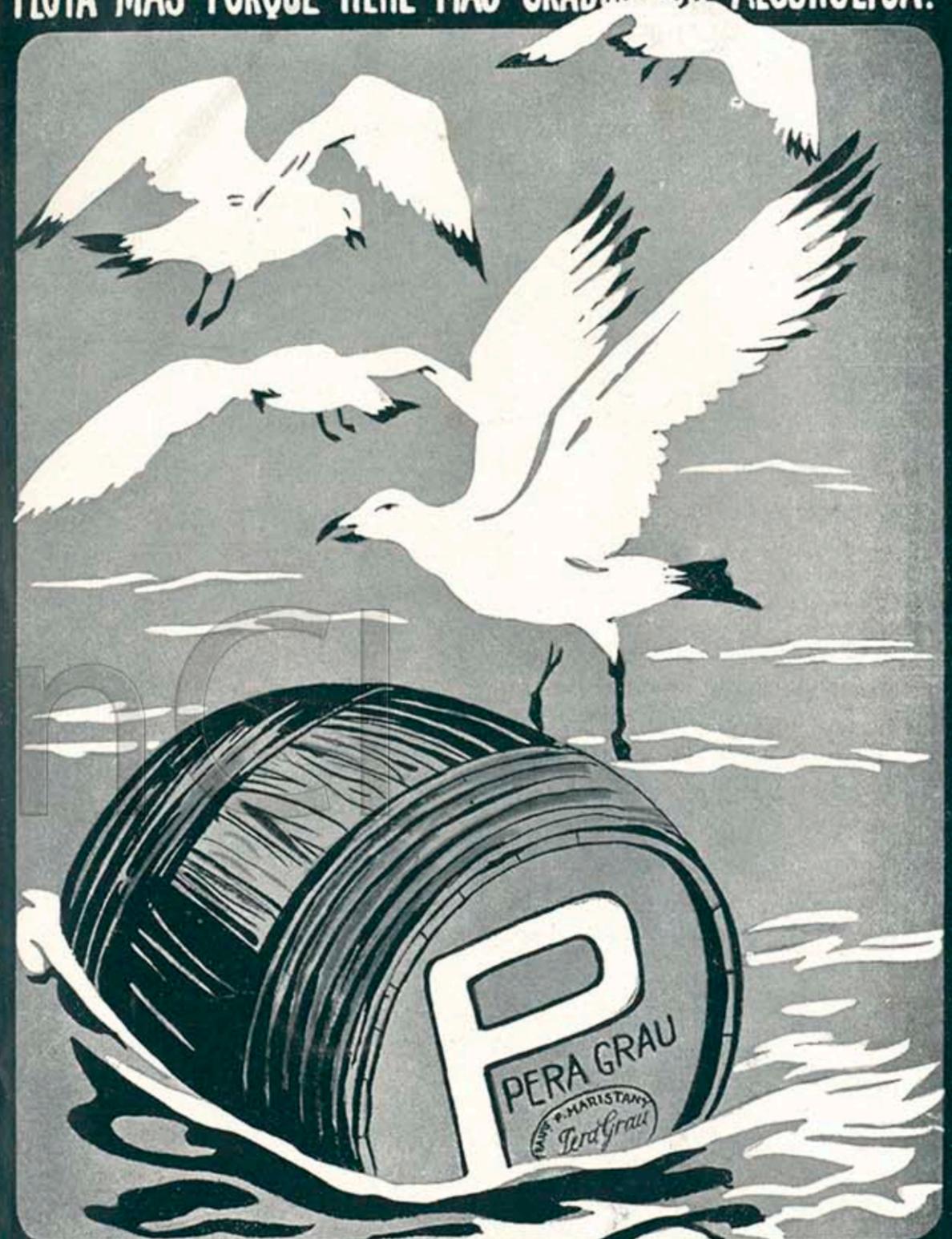
AMBREDOR
BOUQUET CAVALIERI
LA VIOLETTE CARUSO
LA ROSE MONNA VANNA
LE BAISER SUPRÊME
MADAME etc. etc.

PARFUMERIE MONNA - VANNA
PARIS - NEUILLY, 122, Rue Borghèse.

LA ROSE CARUSO
BRISA ECUATORIAL
MADEMOISELLE
MAGNATIC

BOUQUET MONNA VANNA
LALA
LILAS D'OR
ROSE ROUGE

FIOTA MÁS PORQUE TIENE MÁS GRADUACIÓN ALCOHOLICA.



Vino Priorato, Seco y Garnacha "PERA GRAU"
DE VENTA EN TODAS PARTES
LA PRIMERA MARCA DEL MUNDO



Decoración de Vestíbulos y Jardines.
Estatuas, Grupos, Vasos, Fuentes, Columnas,
Mausoleos, etc.

Decoración de Salas y Salones
Se envía el catálogo ilustrado, á las personas
que lo soliciten.



Galerie Félix CAVAROC & Cie

10, Rue de la Paix, Paris.

SOCIÉTÉ FRANÇAISE DE ESCULTURE DE ARTE EN MARMOLE



Manufactura de Lámparas para Gas y Electricidad

CHARLES BLANC

PARIS - 42, Boulevard Richard-Lenoir - PARIS

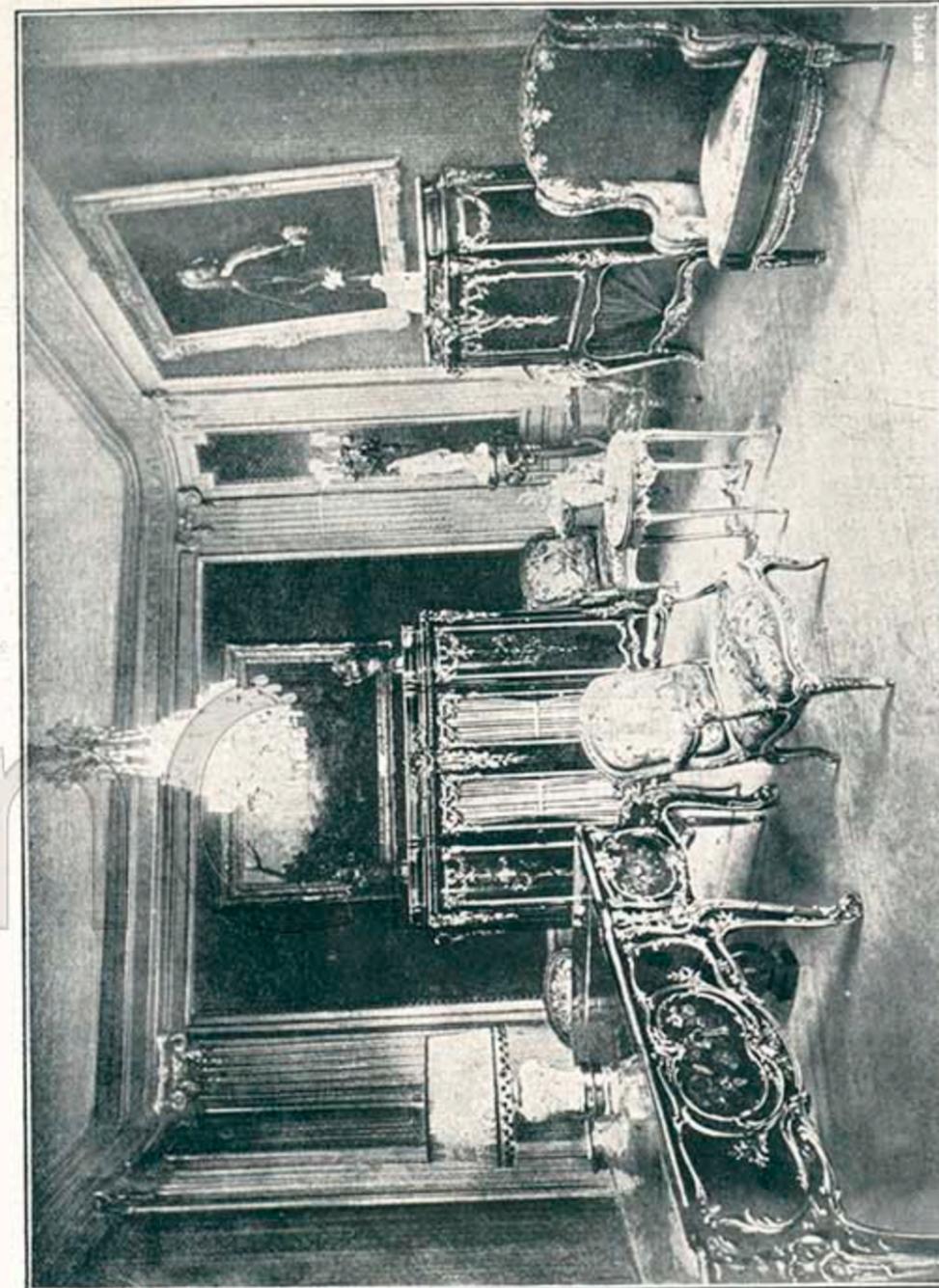
Los Almacenes de
lámparas más im-
portantes de Paris.



UNO DE LOS SALONES DE EXPOSICION

Grandes premios
en las Exposiciones
de Bruselas, Turin
:: y Roubaix ::

Envío franco de los Catálogos *Gas N° 74* *Electricidad N° 75*



SALON LUIS XV

MERCIER FRÈRES

TAPICEROS DECORADORES

100, Faubourg Saint-Antoine - PARIS

MUEBLES *•* TAPICES *•* CORTINAJES *•* PINTURAS *•* ANTIGÜEDADES

ESTOS TRENES ESTAN PROVISTOS DE LUJOSOS COCHES DORMITORIOS Y COMEDORES



TARIFAS ENTRE BUENOS AIRES Y VALPARAISO O SANTIAGO

1a. Entero con cama... \$ 146.60 || 2a. Entero... \$ 94.20
1a. Medio con cama... \$ 81.00 || 2a. Medio... \$ 51.10

Cada pasajero tiene derecho a conducir hasta 50 kilos de equipaje libre de fletes.

INTERESANTE VIAJE A CHILE A TRAVES DE LA MAJESTUOSA CORDILLERA DE LOS ANDES

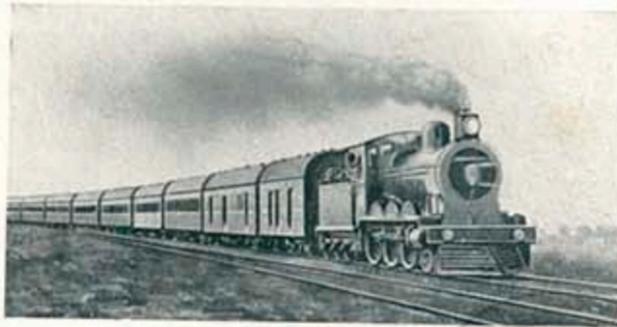
ARGENTINA A CHILE — VIA MENDOZA Y CORDILLERA POR LOS FF. CC.
BUENOS AIRES AL PACIFICO, TRASANDINO ARGENTINO Y TRASANDINO CHILENO

Trenes Internacionales vía Cordillera.

A CHILE en 38 horas

Intérprete en RETIRO a la salida y llegada de los trenes.

Los trenes salen de RETIRO Domingos, Martes y Jueves a la 8.30 a. m., llegando a SANTIAGO y VALPARAISO al día siguiente.



Para Informes, Pasajes, etc., dirigirse a:

COMPANIA NACIONAL de TRANSPORTES BALCARCE 369

Oficina Central del Pacifico FLORIDA 787-799 ESTACION RETIRO (F.C.P.)

Administración:

Florida 783, BS. AIRES

Guy CALTHROP Administrador General.

GARAGE A "LA RAZÓN"



DE-FERRARI & CIA
Automóviles de Remise.

RIVADAVIA 1757

Buenos Aires

UNION TELEF. 699. Libertad

COOP. TELEF. 355. Central

Automóviles de lujo para bodas, bautizos, paseo y teatros.
Alquiler por hora, por día y por mes.

Un Seguro contra las Arrugas

UN MEDIO DE QUE VUESTRO ROSTRO CONSERVE SU JUVENTUD, Y DE EVITAR LA APARICION DE LAS ARRUGAS

La bella SERRANA, de Embajadores, Paris, cuya fotografía reproducimos, ha declarado:

« Dicen que tengo un cutis muy bonito; si esto es cierto, lo es gracias a la CREMA TOKALON. »

La CREMA TOKALON, la maravillosa crema francesa de tocador, que no es grasienta y que es absorbente, es el mejor Seguro que se puede contraer contra las Arrugas y contra los Ultrajes de los años.

Contiene crema fresca y aceite de olivas puro, predigerido. Estos elementos reconstituyentes de los tejidos, estando como están predigeridos, pueden penetrar inmediatamente en los tejidos por absorción. Su objeto es fortalecer la dermis, bajo la piel, y nivelar la epidermis prestándole una uniformidad completa, y evitando toda huella de pliegues ó de arrugas. Las damas que, antes de acostarse, emplean la CREMA TOKALON, se sorprenden ante el resultado que muy pronto obtienen, y que desde luego comprueban, al levantarse, en el día siguiente.

Esta Crema es ideal para la aplicación y la conservación de los polvos, y, usándola, se obtiene que el cutis no se enrojezca ni adquiera brillo, ya que este específico está preparado para absorber la transpiración. Amasando un poco de CREMA TOKALON entre los dedos, se da una cuenta de su textura especial, y se aspira su aroma delicado y grato.

La CREMA TOKALON se vende en tarros provistos de tapa sanitaria, con lo cual queda al abrigo del polvo, de la humedad y de los microbios. Está perfectamente embalada, y se recomienda para los viajes.

PUEDE HACERSE UN ENSAYO DE LA CREMA TOKALON, SIN GASTO DE NINGUNA CLASE, en el caso en que no os agrade.

Para ello, id seguidamente a una farmacia, a una perfumería, ó a un almacén, y comprad un tarro de CREMA TOKALON. Empleadla luego, conformándoos a las instrucciones, y si no os convencéis de que la CREMA TOKALON os da excelentes resultados, y de que es superior a todos los demás productos similares que hayáis ensayado, dirigid una reclamación a la Casa TOKALON, que os devolverá inmediatamente el importe de vuestra compra.

TOKALON, 7, rue Auber, PARIS

Este es el mejor Seguro, y el menos costoso, para conservar siempre VUESTRO ROSTRO LIBRE DE ARRUGAS

Depósitos { en Buenos Aires : BARBAGELATA, DRAGO y Cia, Bartolomé Mitre, 1499.
en Montevideo : Francisco L. CABRERA, Suc., Sarandí, 685-7.



BANCO ITALIANO del URUGUAY

MONTEVIDEO (Uruguay) 207, Calle Cerrito, 207

SUCURSALES EN PAYSANDU Y MERCEDES

DIRECTORIO

Presidente: J. A. CRISPO BRANDIS — Vice-Presidente: DON BUENAVENTURA CAVIGLIA — Secretario: LUIS GAMINARA
 Director-Gerente: DON ALEJANDRO TALICE — Vocales: DON CARLOS ANSEMI, HECTOR TRABUCATI, DON VICENTE COSTA

Capital autorizado	\$ 5.000.000 00
Capital suscrito y realizado..	\$ 3.000.000 00
Fondo de reserva	\$ 872.500 00
Fondo de previsión	\$ 1.022.500 00

Corresponsal especial de la Banca d'Italia y Banco di Napoli.

Para remesas y Giros Postales sobre todas las ciudades y pueblos de Italia.

El Banco emite: Cartas de Crédito, transferencias telegráficas, letras de cambio, á la vista y á plazo sobre los principales Bancos y banqueros de Italia, Inglaterra, Francia, Alemania, Austria, Bélgica, España, Portugal, Estados Unidos de América, República Argentina y Brasil, etc., y da giros postales sobre todos los pueblos de Italia, España, Francia y sus respectivas colonias.

Se ocupa en general de todas las demás operaciones del Banco.

Para comodidad de los trabajadores, el Banco está abierto todos los domingos de 10 á 11 a. m., para el servicio de Caja de Ahorros y giros sobre Italia y exterior.

TASA DE INTERESES

Hasta nuevo aviso:

Paga. — Por depósitos en cuenta corriente á la vista	1	% al año
A retirar 30 días de aviso	1 1/2	" "
A plazo fijo de 3 meses	3	" "
Id id de 6 meses	4	" "

CAJA DE AHORROS

Recibe cualquier cantidad y paga los intereses siguientes:

Sobre depósitos á la vista, después de 30 días cumplidos	1	% al año
Sobre depósitos á 3 meses	3	" "
Id id de 6 meses	4	" "

Cobro. — Anticipos en cuenta corriente 4 Convencional

ADMINISTRACION DE PROPIEDADES

El Banco, desde hace tiempo, se ocupa de la Administración de Propiedades, mediante una módica comisión, teniendo instalada una oficina especial, la que se encarga, además, del cobro de alquileres y remesa de fondos á cualquier punto de la República y el Extranjero, á indicación de los interesados.

DEUDA ITALIANA

El Banco compra y vende por cuenta de terceros dichos títulos, y hace el servicio de intereses en el Río de la Plata, de acuerdo con la Banca d'Italia del Reino Italiano.

CAJA DE SEGURIDAD

El Banco alquila al público, á precios módicos, cajas de seguridad de varios tamaños, instaladas en el subsuelo de su propio local, de absoluta seguridad contra incendio, robo, etc.

AGENCIA de PARIS

DE LA

COMPANIA TRASATLANTICA ESPAÑOLA

ANTES A. LOPEZ Y CIA.

3, RUE MEYERBEER, 3

Viajes rápidos á la ARGENTINA y al URUGUAY en los magníficos vapores:

REINA VICTORIA-EUGENIA

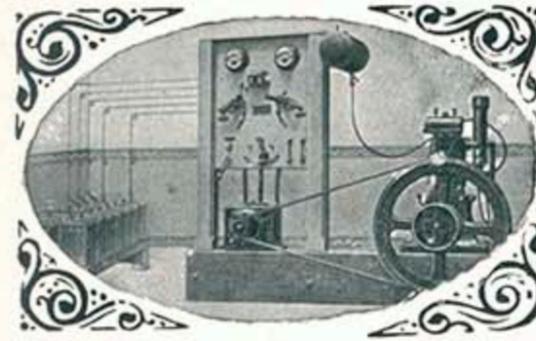
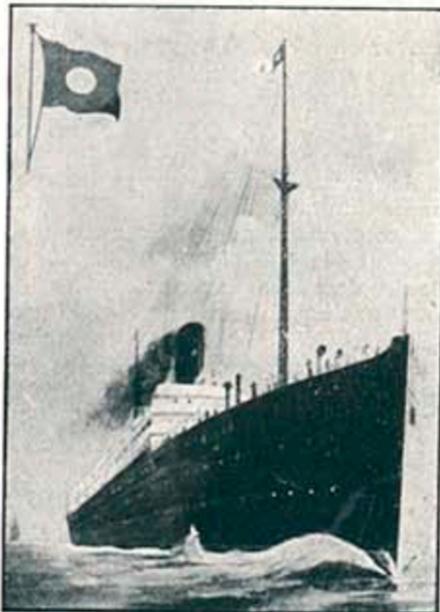
ó

INFANTA ISABEL DE BORBON

12 días de navegación desde Cádiz.
 Salida mensual de Barcelona el día 4, de Málaga el 5, y de Cádiz el 7.

Equipajes de tránsito de Londres y París, hasta bordo, sin formalidades de frontera.

Es conveniente pedir los camarotes de lujo con anticipación



EL ALUMBRADO ELECTRICO

ECONOMICO y PRACTICO en la campaña

POR LOS

GRUPOS ELECTROGENOS

60 á 70 0/0 de Economía sobre los otros sistemas

Establecimientos L. HAMM

23, Rue de Ponthieu, Paris.

L. D. FORGUES, 666, Cangallo, Buenos Aires

Representante para las Repúblicas: ARGENTINA, URUGUAY y PARAGUAY.

DISTRIBUCION AUTOMATICA DEL AGUA BAJO PRESION

POR LA POLEA BOMBA (Sist. DISPOT.)

SUPRESION DE DEPOSITOS EN ELEVACION

TRASVASAMIENTOS Y RIEGOS

Pedir el catálogo especial N° 19.



THE
London and River Plate Bank L^{td}

Fundado en 1862

PRINCES STREET, LONDON, E. C.

Fundado en 1862

Capital suscrito...£ 3.000.000 | Capital realizado, £1.800.000 | Fondo de reserva, £2.000.000

CONSEJO DE ADMINISTRACION

Presidente : M. E. Ross Duffield — Administrador-delegado : M. R. A. Thurburn

JOHN G. GRIFFITHS :: : DAVID SIMSON :: : KENNETH MATHIESON : ::
HON HUGO BARING :: : HERMAN B. SIM :: : WILLIAM THOMAS BRAND.

SUCURSALES

Paris	Calle Santa Fé	Córdoba	Pará	Santos
Anvers	Calle B. de Irigoyen	Tucuman	Curlyba	
Buenos-Aires	Mendoza	Paraná	Victoria	
Barracas al Norte	Rosario	Montevideo	Sao Paulo	
Boca del Riachuelo	Bahía Blanca	Río-de-Janeiro	Bahia	
Once de Setiembre	Concordia	Pernambuco	Valparaíso	

AGENCIAS : Paysandú, Salto (Uruguay), New-York, Manaus (Brasil).

Emisión de cartas de crédito, letras, transferencias telegráficas, adelantos, cobranzas y compra de letras de cambio. Cobro de valores y cupones de la República Argentina, Brasil, Uruguay, Chile, etc. — Depositos a plazo fijo.

SUCURSAL DE PARIS : 16, RUE HALÉVY
Dirección telegráfica : PAMPAS, PARIS

AULD REEKIE
SCOTCH TAILORS

10, RUE DES CAPUCINES & 2, RUE VOLNEY, PARIS



CASA FUNDADA
EN 1864

TELÉFONO
CENTRAL: 73-65

.. HIGH CLASS TAILORS..
GÉNEROS SUPERIORES . CONFECCIÓN PERFECTA

— FAROS —
DUCELLIER

— PARA —
AUTOMOVILES
— DE —
GRAN LUJO
Y CARRUAJES



LOS FAROS DUCELLIER
TIENEN EL BRILLO DEL SOL

responsabilidad

seguridad

¡Piensa en los tuyos y en ti mismo al viajar de noche!! El iluminar mal tu coche compromete tu responsabilidad

Los faros Auteroche dan luz abundante y potente y garantizan tu seguridad

ALMACEN DE EXPOSICIÓN
104 Avenue des Champs-Élysées PARIS

EXIGIDLOS PARA VUESTRO COCHE

BICHARA PERFUMISTA SIRIO

Proveedor de Su Majestad el Rey de España.
10, Chaussée d'Antin - PARIS - Rue de Prony, 44.
TELEFONO: Central 65-83.

Casa en LONDRES: 170, Piccadilly.
Agente para RUSIA: DE FRIESE, Newsky, 59, San Petersburgo.
BRUSELAS: GRANDS MAGASINS DU B. N. MARCHE.
EL CAIRO y ALEJANDRIA: S. S. SEDNAOUI & Co., Ltd.
MARSELLA: Agente general: P. LIEVRE, 50, rue Paradis.
BIARRITZ: MAISON JENNY, 10, rue des Postes.
MONTE-CARLO: MAISON JENNY, y la Beau Site.
NICE: RAS-ALLARD, 27, av. de la Gare
MONTREAL (Canadá): CAHILL & Co.



ALLAH EST GRAND et BICHARA EST SON... PARFUMEUR.

BICHARA es el creador del Nirvan, del Sakounta/a. Mikunéus y CILLANA: fuerza, belleza, encanto de los ojos; Agua de Rosas de Siria, esplendor, frescura, belleza, salud de la piel.

Instrumentos de Precisión
PARA INGENIEROS

H. Morin
11, rue Dulong
PARIS



GEMELOS PRISMATICOS
Extra luminosos Aumento 8 veces
PRECIO: 135 FRANCOS

CATALOGO ESPECIAL M.M. FRANCO

RENÉ BRETEAU

CARROCERIAS para AUTOMOVILES

TURISMO, CIUDAD, OMNIBUS, AMBULANCIAS, CARROS ALPINOS, FURGONES ...

FUERA DE CONCURSO

PARIS, 1900



GRAN PREMIO

BRUSELAS, 1910



PARIS - 162, 164, Rue Championnet - PARIS Dir. Electr.: CARBRETO-PARIS. Cod. A. Z.

J. COQUILLOT
BOTTIER
Fourrière de S.M. le Roi d'Espagne
75, Avenue des Champs-Élysées
PARIS
Succursale à Chaunac
TÉLÉPHONE 667-06




GOERZ Triöder
Binocles

Campo visual ampliado
Claridad y plastica aumentada

De venta en todos los comercios del ramo.
Notas de precios gratis.

Opt. Anst. **C. P. GOERZ** Akt.-Ges.
BERLIN-FRIEDENAU 49

PARIS LONDRES VIENA NUEVA YORK

LA NÉA

Nueva Faja del Dr. Fz. GLÉNARD. Patente A. L. Paris

(Exijase, en el interior de cada faja, la marca adjunta.)



La Néa es una faja creada por el Dr. Fz. Glénard. Este modelo nuevo posee una fuerza elástica degresiva, en el sentido de abajo arriba. Tal fuerza está rigurosamente comprobada, en cada ejemplar de faja, mediante la aplicación del dinamómetro. La Néa se abrocha por delante, y se gradúa, en lo que hace a la tensión necesaria, mediante un sistema nuevo colocado detrás, y dispuesto conforme a las indicaciones del Dr. Glénard, a cuya aprobación se somete cada modelo.

La faja que presentamos es la única que haya sido aprobada por el Dr. Glénard, y la única que legítimamente lleva como marca el nombre de este científico.

El empleo de la faja "La Néa", además de constituir un remedio contra ciertas y determinadas enfermedades, produce efectos saludables sobre la región abdominal, sosteniendo, sin por ello comprimirlos, todos los órganos, que así conservan su lugar natural. Esta faja es de utilidad indiscutible para todos los ejercicios de "sport", pues evita la

fatiga, impide los dolores en los riñones, y reduce la excesiva extensión del abdomen.

El Dr. Glénard, y con él todo el colegio médico, certifican de que esta faja previene el descenso de la masa abdominal (ptosis) y la atonía de la órganos digestivos, evitando que los órganos cambien de lugar, como consecuencia de haberse realizado un esfuerzo violento.

Establecimientos FARCY & OPPENHEIN, Paris, 13, rue des Petits-Hôtels.

BANCO POPULAR DEL URUGUAY

Fundado el 23 de Julio de 1902.

MONTEVIDEO (Uruguay)

Calle 25 de Mayo, 402, esquina Zabala.

DIRECTORIO

Presidente: DON ANTONIO R. PEREIRA — Vice-presidente: DOCTOR DON ADOLFO ARTAGAVEYIA — Secretario: DOCTOR DON JOSÉ V. CARVALLIDO — Vocales: DON IGNACIO PODESTA, DON JOSÉ RODRILLA, DON JUAN M. GENTA, DON AGUSTIN CARBONELL, DON ESTEVAN A. ELENA — Director-Gerente: DON PEDRO C. FACIO

Capital autorizado (Art. 5)	\$ 5.000.000.00
Capital suscrito	\$ 3.000.000.00
Capital realizado	\$ 2.993.075.00
Utilidades por ventas y construcciones a plazo	\$ 551.739.27
Fondo de Reserva	\$ 403.673.23
Fondo de Previsión	\$ 35.000.00
	\$ 990.412.50

OPERACIONES DEL BANCO

El Banco gira sobre todas las principales plazas bancarias del mundo, y también sobre todos los pequeños pueblos de Francia, Italia y España.

Hace toda clase de operaciones bancarias, y especialmente préstamos de habilitación amortizables en pequeñas cuotas mensuales a módico interés.

Adelanta dinero sobre valores comerciales, recibe valores y títulos en custodia, descuenta letras, pagarés, cupones, dividendos y ventas de terrenos a plazo, y se encarga de la cobranza de las cuotas de los mismos y de la administración de propiedades.

TASA DE INTERESES A REGIR HASTA NUEVO AVISO

Abona — En Cuenta Corriente a Oro	3	% anual
En Cuenta Corriente a Plata	1	"
En Depósitos a Plazo Fijo de 3 Meses	4	"
de 6	4 ½	"
de 1 Año	5	"
de 2 Años	5 ½	"
de 3 Años	6	"
En Caja de Ahorros	4	"
En Sección Alcañías hasta \$ 1000	6	"

El Banco emite CERTIFICADOS DE AHORRO al portador con interés de 6% anual, pagaderos por bimestres vencidos. Cobro por adelantos en Cuenta Corriente, CONVENCIONAL.

HORAS DE OFICINA. — El Banco permanecerá abierto todos los días hábiles de 10 a 3 p. m., los sábados y fines de mes hasta las 4 p. m., y los Domingos y días festivos de 10 a 11 a. m.



Hunyadi János

El tipo más perfecto y más acreditado de las Aguas purgantes naturales contra: El estreñimiento habitual, las congestiones, la obesidad, las obstrucciones del bajo vientre, la dispepsia, etc.

Indispensable en los países tropicales

Se vende en las farmacias y droguerías.

PARQUETS DE GRAN LUJO
Y ORDINARIOS
DAMMAN & WASHER
BRUSELAS
PARIS



PEDIR LOS ALBUMS ILUSTRADOS
10 Rue Euryle Debaynin
PARIS



Los nuevos
modelos de
Faros BESNARD
sin ángulos
se armonizan
maravillosamente
con las carrocerias
actuales.

La mejor fabricación
francesa.

Proyección larga
y ancha

3
modelos:

4200
4900 y
3000
bujias



60. Boul. Beaumarchais
-PARIS-

**CRÊPE DE SANTÉ
RUMPF**

Exigir siempre esta marca de fábrica
Paris 1900. Fuera de concurso, Miembro de jurado.
La casa más antigua y apreciada en artículos para
señoras, hombres y niños. Camisetas, camisolas
(mangas cortas y largas) calzoncillos. Enaguas
de hilo de Escocia, lana, y lana y seda.



De venta
en todos
los
grandes
almacenes
y buenas
casas

Representante
para la
exportación a
los países de
la América
del sur

E.H.EPP. 94 Rue Lafayette PARIS

PERFUMERIA

EXTRA-FINA



T. JONES

23, Boulevard
des Capucines
PARIS

**Veni-Vici
&
Gai-Paris**

PERFUMES INCOMPARABLES



LOS SAQUITOS
PARA
EL TOCADOR
DEL
Doctor DYS

Dan a la piel un frescor delicioso.
Protegen la piel del aire vivo de los
primeros dias de primavera, y conservan
la belleza y la dulzura de la juventud.
Envio franco del libreto explicativo,
dando toda clase de detalles sobre los
productos del Doctor Dys. Se suplica
mencionar el nombre de "Mundial".

V. DARSY

54, Faubourg Saint-Honoré
PARIS

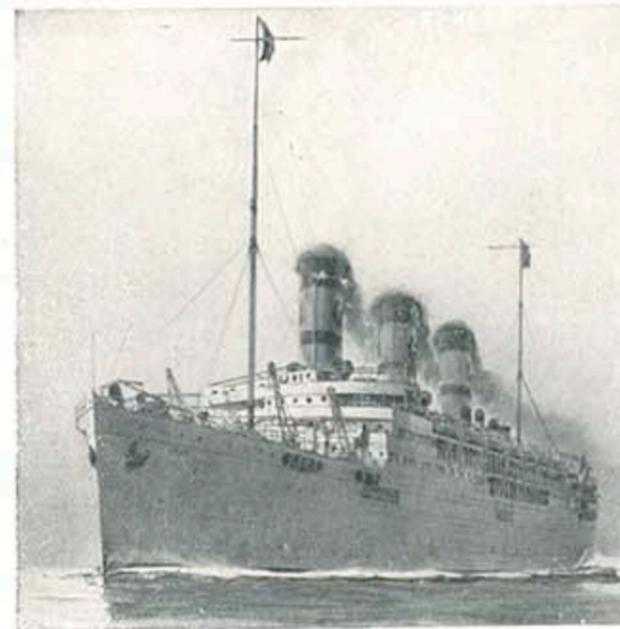
NEW YORK, 14, West 47 th Street.
S. PESSL. — VIENNE, 28, Kärntnerstrasse.
BUDAPEST, 19, Váci utca.
G. LOHSE. — BERLIN W., Jägerstrasse.

Evitar las imitaciones.

Compañía de Navegación Sud-Atlántica

DESPACHOS : 2, RUE HALEVY, PARIS

Servicio Marítimo
Postal entre
FRANCIA,
SENEGAL,
BRASIL,
URUGUAY
y la
REPUBLICA
ARGENTINA



Los Vapores rápidos
Gallia y Lutetia
15.000 toneladas
20.000 HP.
Velocidad 20 nudos,
Son
los más **Rápidos,**
los más **Lujosos,**
y los más
Confortables.

SALIDAS : LUTETIA, el 21 de Febrero de 1914.

B.R.C

LUZ PARA AUTOMOVILES

FAROS

GENERADOR ALPHA

DYNAMO

DEPOSITOS Y CONCESIONARIOS:

ARGENTINA *BANQUE AUTOMOBILE 731 Maipú BUENOS-AYRES*
A & G. CAHEN 1135, Carlos Pellegrini
LABORDE & C^o 368, San Martín
RECHT & LEHMANN 815, Concallo

ESPAÑA *BLANC FRÈRES, 57, Calle de Alcalá MADRID*
 PORTUGAL
 MEJICO *DE LOS RIOS, 153, Av. Hombres Ilustres, MEJICO*

B.R.C

RODRIGUES, GAUTHIER & C^o
67, Boul^d de Charonne, PARIS.



Foto Talbot.

ZAPATERIA DE LUJO **COSTA**
.. 277, Rue Saint-Honoré, Paris ..



FABRICA LABORATORIO Y DESPACHO:
11, Rue Ybry, à NEUILLY-sur-SEINE

DANCING PALACE

DE

LUNA PARK

bajo la dirección artística del
PROFESOR BRASILEÑO L. DUQUE

Esta lujosa sala de baile está situada cerca del Arco de Triunfo, a la entrada del Bosque de Bolonia, y en el barrio más aristocrático de París. Estará abierta todos los días: de 2 a 4 de la tarde (lecciones particulares y curso de baile); de 4 a 7 (tés bailables); y de 9 a 12 de la noche (veladas mundanas).

Todos los Viernes, Grandes Galas. Orquestas Hawaién y Brasileña. Reunión del Todo París elegante.

Gastón AKOUN, Director.



Le Parfum a la Mode Elegancia

Caron

parfumer
10 rue de la PAIX PARIS

ROUE MÉTALLIQUE

INTERCHANGEABLE
J. MADRE



PARIS
18, Av^{ue} d'Allemagne.



PRUNIER

Restaurant de
Primer Orden

No salga de
PARIS
sin visitarlo.

PUREZA DEL CUTIS

devuelta y conservada por

la Leche antefélica ó Leche Candès.

Este producto debe sus propiedades cosméticas á la feliz combinación de elementos tomados de la materia medicinal, y cuya acción se limita á las capas superficiales de la piel.

Se emplea en dosis benigna y en dosis estimulante.

1º Dosis benigna. | 2º Dosis estimulante.

La Leche antefélica ó Leche Candès, mezclada con mayor ó menor cantidad de agua, detiene ó evita la formación de las arrugas, borra el cutido de la tez, calma las rojeces, suprime los granos, y previene la formación de pecas, borrando las que existan si se eleva á dosis estimulante.

De este modo, ó sea pura ó mezclada con cierta cantidad de agua (véase el modo de empleo) la Leche antefélica ó Leche Candès destruye las efélides ó pecas, el lentigo, y el cloasma, llamado vulgarmente máscara de embarazo.



Estas notables propiedades cosméticas — perfeccionadas en virtud de observaciones médicas — han conquistado, DESDE 1849 á esta parte, el más justo y general renombre á la Leche antefélica.

Raqueta "DRIVA"

fabricada por

WILLIAMS & C^o

1 et 3, Rue Caumartin, PARIS



En todo el mundo conocida por la excelencia de sus primeras materias, su tensión perfecta, la perfección de su equilibrio, y los brillantes resultados obtenidos con ella.

Adoptada por los mejores jugadores del mundo entero.

Los hombros están especialmente reforzados de manera que, sin disminuir la elasticidad ni aumentar el peso, el marco no puede prácticamente romperse.

CAMPEONATOS GANADOS CON LA "DRIVA"

- Campeonato del Mundo (Dobles)
- Campeonato de Francia (7 años consecutivos)
- Campeonato de Inglaterra (C.C.)
- All Comers Singles, Wimbledon
- Campeonato de Alemania
- Campeonato de Bélgica, de Suecia y otros muchos

ACCESORIOS Y TRAJES

para LAWN-TENNIS, GOLF, FOOTBALL y todos los demás DEPORTES

Catálogo (G) franco.

Publicaciones ALFRED & ARMAND GUIDO, 6, Cité Paradis, PARIS

MONDIAL

MAGAZINE

Dirección telegráfica:
SANTAGUIDO-PARIS

Director literario:
RUBEN DARIO

TELEFONOS
Dirección y Administración:
Louvre 0-36
Redacción y Publicidad:
Bergère 43-34

SUSCRIPCIONES

FRANCIA
6 Meses.. .. 6 fr. 50 | Un Año.. .. 12 fr.

EXTRANJERO
6 Meses.. .. 9 fr. 50 | Un Año.. .. 18 fr.

NUMERO SUELTO
Francia.. .. 1 fr. | Extranjero.. 1 fr. 50

Los suscriptores recibirán sin aumento de precio todos los números extraordinarios que se publiquen.

Venta exclusiva y expediciones á todos los países:
SOCIEDAD DE EDICIONES LOUIS MICHAUD
168, Boulevard Saint-Germain, Paris.

- AGENTES DE PUBLICIDAD PARA
- ALEMANIA: Haassenstein & Vogler. -- Leipzigerstrasse, 31 & 32 - Berlin.
 - CHILE: Ernesto Darnay & Cia, San Antonio 447. - Santiago.
 - ESPAÑA: Empresa de Anuncios, Rialp. -- Rambla de Cataluña, 14 - Barcelona.
 - FRANCIA: Hoteles y estaciones balnearias: "Société Européenne de Publicité", 11, Rue Drouot, Paris.
 - INGLATERRA: South American Press Agency Ltd, 1, Arundel Street. - Londres W. C.
 - ITALIA: Giancarlo Madon, Casella Postale. 239, Milano.
 - SUIZA: Robert Hug, Hauptpostbox 6206. -- Zurich.

En PARIS, se encuentra de venta en todos los kioscos del Bulevar y en los Grandes Hoteles, así como en las principales librerías, igualmente que en nuestras oficinas, 6, Cité Paradis.



- ARGENTINA
- BOLIVIA
- BRASIL
- CHILE
- COLOMBIA
- COSTA RICA
- CUBA
- REPUBLICA DOMINICANA
- ECUADOR
- ESPAÑA
- FILIPINAS
- GUATEMALA



- HAITI
- HONDURAS
- MEJICO
- NICARAGUA
- PANAMA
- PARAGUAY
- PERU
- PUERTO RICO
- PORTUGAL
- REPUBLICA DEL SALVADOR
- URUGUAY
- VENEZUELA



SUMARIO

CUBIERTA. — "CARNAVAL", por FEDERICO RIBAS.	
LA MALQUERIDA, drama en tres actos y en prosa, por JACINTO PENAVENTE, con ilustraciones de RICARDO MARIN.	299
EL RAPTO DE LA GIOCONDA, por JOSÉ SANCS CHCCANO, con ilustraciones de PENAGOS.	335
LA CARICATURA DE ACTUALIDAD, <i>El Presidente Huertas</i> , por GARCIA CABRAL.	338
BAJO LAS LUCES DEL SOL NACIENTE, por RUBEN DARIO, ilustrado en colores con fotografías y con reproducciones de estampas antiguas.	339
ARCO IRIS, tres sonetos de MIGUEL RASCH ISLA, ilustrados con tres composiciones en colores, por RIBAS, PENAGOS, y MOYA DEL PINO.	349
PAGINAS FILOSOFICAS, por JOSÉ INGENIEROS, con ilustraciones de MOYA DEL PINO.	352
EL SECRETO DE LA GIOCONDA, por RAMIRO DE MAEZTU, con ilustraciones fotográficas.	354
GALERIA GRAFICA DE MUNDIAL, Arte y actualidades.	359
EL TEATRO, por E. GOMEZ-CARRILLO y RICARDO J. CATARINEU.	367
FUERTES CADENAS, poesía por J. MUÑOZ SAN ROMAN.	375
PARSIFAL, por EDUARDO HERRERA, con ilustraciones fotográficas.	376
EL LOUVRE DESCONOCIDO, por H. VIGNERON, con ilustraciones fotográficas.	384
CARTA DE MUJER, por FRANCISCO VILLAESPESA, con ilustraciones de PENAGOS.	388
CANTARON LOS CISNES, poesía por GOY DE SYLVA.	389
PAGINAS HUMORISTICAS, por A. R. BONNAT, con ilustraciones de RIBAS.	390
CUENTOS MISTERIOSOS, por AMADO NERVO, ilustrado por JOBBÉ DUVAL.	392
UNA FIESTA ESPAÑOLA EN PARIS.	394
LAS MEMORIAS DE DON JUAN, por PEDRO FERRER GIBERT, con ilustraciones de Hemmings.	395
ELEGANCIAS MASCULINAS.	400

(No se devuelven los originales.)

EN EL PROXIMO NUMERO :

Comenzará á publicarse la novela titulada *La Intevina*, original é inédita, escrita expresamente para MUNDIAL, por CRISTOBAL DE CASTRO, é ilustrada por BASTÉ.

Además, publicará MUNDIAL un artículo de ciencia práctica, en el que se exponen los conocimientos actuales acerca de la resistencia del aire. Del mismo modo, aparecerán las acostumbradas colaboraciones de RUBEN DARIO, ENRIQUE GOMEZ-CARRILLO, RICARDO J. CATARINEU, AMADO NERVO, JOSÉ INGENIEROS y otros, así como interesantísimos trabajos firmados por RAMIRO DE MAEZTU, FRANCISCO VILLAESPESA, SERAFIN Y JOAQUIN ALVAREZ QUINTERO, y otros ilustres colaboradores.

La Malquerida

Drama en tres actos y en prosa



original de

Jacinto Penavente

Estrenado con grandioso éxito
en el "Teatro de la Princesa", de Madrid,
por la Compañía GUERRERO-MENDOZA.

Prohibida la reproducción.

JACINTO BENAVENTE

por

RUBEN DARIO



CUANDO Jacinto Benavente entró á la Real Academia Española, se preguntaron muchos : « ¿A qué va Benavente á la Academia ? » Contestaron algunos : « A hacer lo que todos los académicos hacen : limpiar, fijar y dar esplendor. »

No, no iba á eso. En tal recinto, é intelectualmente hablando, para limpiar, necesitaría la representación de Hércules ; para fijar, la de Minerva ; para dar esplendor, la del mismo Apolo. Iba, sencillamente, á demostrar que, por opinión general, quien habia logrado todos los triunfos populares, merecía también todos los honores oficiales. He dicho populares, porque, aunque Benavente sea un autor de *élite*, su nombre es famoso en todas partes en donde se habla nuestro idioma, y aun en otras.

Benavente representa, para España, lo que un Capus ó un Bernstein para Francia, ó mejor, lo que un Bernard Shaw para Inglaterra. Y aun, en condiciones especiales, es el único que haya logrado dar verdadero brillo y resonancia á las Máscaras castellanas.

Poco avisados los que le juzgan con el oído puesto al Boulevard. El mundo en que se mueven sus tipos, en la mayor parte de sus comedias, es ese mundo universal que tiene por norma, desde luego, más ó menos aplicada á sus medios respectivos, la vida parisiense ; y si no, fijaos en las escenas de los comediógrafos italianos del día. Ese mundo es *le monde*. Mas los personajes benaventinos que se mueven y expresan en el ambiente de Madrid, son de la más legítima descendencia clásica ; y sus diálogos chispeantes del ingenio que les presta su creador, no son sino los antiguos discreteos de Calderón ó Lope modernizados.

Ni tan sólo en lo cotidiano social y de lo mundano inmediato ha de entretenerse este cultivador de agudas y frívolas filosofías.

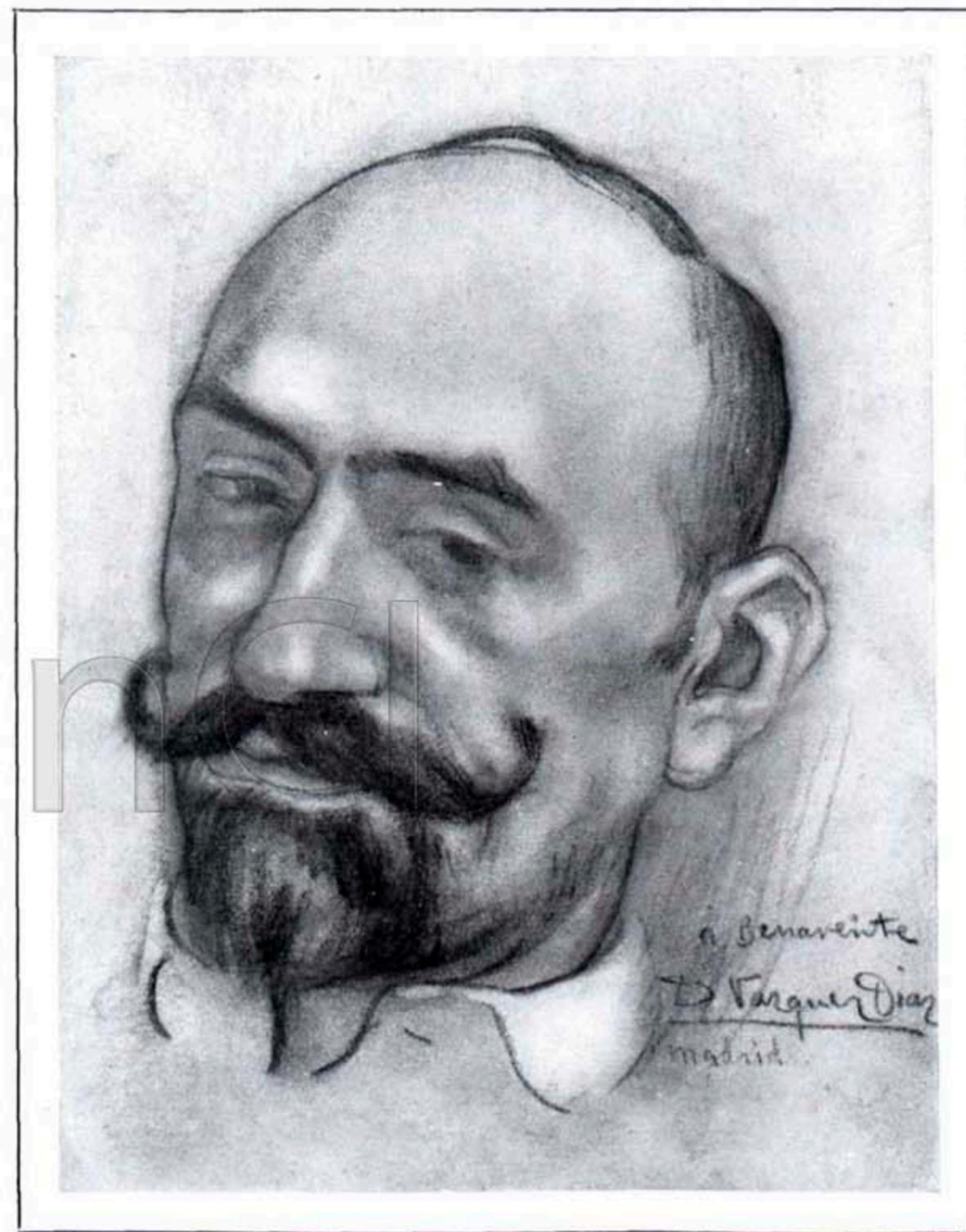
De cuando en cuando, le veréis salir con su cara de Shakespeare — pues es harto semejante á algunos retratos del gran Will — impregnado de esencias hamletianas, ó húmedo de los rocíos de las florestas por donde vayan las Rosalindas, las Perditas y las Cordelias.

A pesar de su fama de amargor, confíaos á él. Hay entre sus macizos de floridas espinas, muy exquisitos de miel, mucho consuelo humano, mucha ternura compensadora de desesperanzas. Entrad en su teatro de ensueño y en su teatro de bondad. Dejaos llevar por la mano que sabe apartar los ramajes hostiles. El os hará el regalo de la poética dulzura, del rayo de luna, del canto cristalino del ruiseñor ; y como es conveniente, á su tiempo, en el instante preciso, os hará una pirueta ; y le daréis las gracias por el palmo de narices con que os gratifique.

Y os dejará plantados. No le sigáis. El se va, como murmurando, porque sabe muchas cosas del cielo y de la tierra. No le sigáis. Podréis creer, por el movimiento de sus hombros, que se va riendo ; pero no podríais afirmar que no vaya llorando. ¿ No acaba de daros *vida*, vida brutal, trágica, dolorosa, en esa *Malquerida* en que ha concentrado todas las fatalidades y el apocalíptico misterio de la mujer : *Misterium* ?

El verdadero poder de Benavente consiste en que es un poeta, en que posee la intra y supervisión del poeta, y en que todo á lo que toca le comunica la virtud mágica de su secreto.

Su inquietud viene de la intensa vibración de su espíritu. Estará en la soledad consigo mismo. Irá á pasar sus horas con sus amigos los poetas. Luego — no lo dudéis — tras alguna cabriola, entrará á la casa del Diccionario para hablar con las momias. Y las dejará aún *más* estupefactas.



JACINTO BENAVENTE

(Apunte por VAZQUEZ-DIAZ.)



Esta obra ha sido estrenada en Madrid,
con el siguiente reparto.



PERSONAJES	ACTORES
LA RAIMUNDA	SRA. GUERRERO.
LA ACACIA	SRTA. L. DE GUEVARA.
LA JULIANA	SRA. TORRES.
DOÑA ISABEL	SRTA. CANCIO.
MILAGROS	RUIZ MORAGAS.
LA FIDELA	HEREDIA.
LA ENGRACIA	SRA. SALVADOR.
ESTEBAN	SRA. DIAZ DE MENDOZA (F.)
NORBERTO	DIAZ DE MENDOZA (M.)
FAUSTINO	MONTENEGRO.
EL TIO EUSEBIO	CARSL.
BERNABÉ	JUSTE.
EL RUBIO	VILCHES.

MUJERES, MOZAS Y MOZOS.

En un pueblo de Castilla.



ACTO PRIMERO

Sala en casa de unos labradores ricos.

ESCENA PRIMERA

LA RAIMUNDA, LA ACACIA, DOÑA ISABEL, MILAGROS, LA FIDELA y LA ENGRACIA.

(Al levantarse el telón, todas de pie, menos doña Isabel, se despiden de otras cuatro ó cinco, entre mujeres y mozas).

MUJER. — Vaya, queden ustedes con Dios, con Dios, Raimunda.

OTRA MUJER. — Con Dios, doña Isabel... Y tú, Acacia, y tú, madre, que sea para bien.

RAIMUN. — Muchas gracias. Y que todos lo veamos. Anda, Acacia, sal tú con ellas.

TODAS. — Con Dios, abur. *(Gran algazara, salen las mujeres y las mozas y Acacia con ellas.)*

DOÑA ISABEL. — Qué buena moza está la Bernabea.

ENGRAC. — Pues va para el año bien mala que estuvo. Nadie creíamos que lo contaba.

ISABEL. — Dicen que se casa también muy pronto.

FIDELA. — Para San Roque, si Dios quiere.

ISABEL. — Yo soy la última que se entera de lo que pasa en el pueblo. Como en mi casa todo son calamidades... está una tan metida en sí.

ENGRAC. — ¿Qué? ¿No va mejor su esposo?

ISABEL. — Cayendo y levantando: aburridas nos tiene. Ya ven todos lo que salimos de casa: ni para ir á misa los más de los domingos. Yo por mí, ya estoy hecha; pero esta hija se me está consumiendo.

ENGRAC. — Ya, ya. ¿En qué piensan ustedes? Y tú, mujer, mira que está el año de bodas.

ISABEL. — Sí, sí, buena es ella. No sé yo de donde haya de venir el que le caiga en gracia.

FIDELA. — Pues para monja no irá, digo yo; así, ella verá.

ISABEL. — Y tú, Raimunda. ¿Es á gusto tuyo esta boda? Parece que no te veo muy cumplida.

RAIMUN. — Las bodas siempre son para tenerlas miedo.

ENGRAC. — Pues, hija, si tú no casas la chica á gusto, no sé yo quien podamos decir otro tanto; que denguna como ella ha podido escoger entre lo mejorcito.

FIDELA. — Que comer no ha de faltarles, dar gracias á Dios, y como están las cosas, no es lo que menos hay que mirar.

RAIMUN. — Anda, Milagros, anda abajo con Acacia y los mozos, que me da no sé qué de verte tan parada.

ISABEL. — Ve, mujer. Es que esta hija es como Dios la ha hecho.

MILAGROS. — Con el permiso de ustedes. *(Sale.)*

RAIMUN. — Y anden ustedes con otro bizcochito y con otra copita.

ISABEL. — Se agradece, pero ya no puedo con más.

RAIMUN. — Pues andar vosotras, que esto no es nada.

ISABEL. — Pues á la Acacia tampoco la veo como debía de estar un día como el de hoy, que vienen á pedirla.



FAUSTINO
(Sr. Montenegro).

RAIMUN. — Es que también esta hija mía es como es. ¡ Más veces me tiene desesperada! Callar á todo; eso sí, hasta que se descose, y entonces no quiera usted oírla, que la dejará á usted bien parada.

ENGRAC. — Es que se ha criado siempre tan consentida... Como tuvisteis la desgracia de perder á los tres chicos y quedó ella sola, hágase usted cargo... Su padre, pajaritas del aire que le pidiera la muchacha, y tú dos cuartos de lo mismo... Luego, cuando murió su padre, que esté en gloria, la chica estaba tan enclada contigo; así es que cuando te volviste á casar, le sentó muy malamente. Y eso es lo que ha tenido siempre esa chica, pelusa.

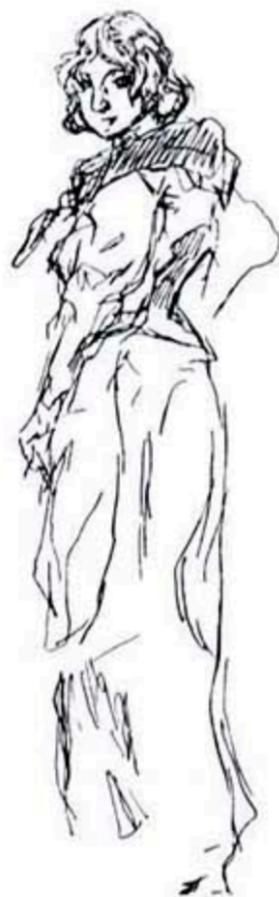
RAIMUN. — ¿ Y qué iba yo á hacerle? Yo bien hubiera querido no volverme á casar... Y si mis hermanos hubieran sido otros... Pero, digo, si no entran aquí unos pantalones á poner orden, á pedir limosna andariamos mi hija y yo á estas horas; bien lo saben todos.

ISABEL. — Eso es verdad. Una mujer sola no es nada en el mundo. Y que te quedaste viuda muy joven.

RAIMUN. — Pero no sé yo que esta hija mía haya podido tener pelusa de nadie: que su madre soy y no sé yo quien la quiera y la consienta más de los dos; que Esteban no ha sido nunca un padrastro pa ella.

ISABEL. — Y es razón que así sea. No habéis tenido otros hijos.

RAIMUN. — Nunca va y viene, de andquiera que sea, que no se acuerde de traerle algo... No se acuerda tanto de mí, y nunca me he sentido por eso: que al fin es mi hija, y él que la quiera de ese modo me ha hecho quererle más. Pero ella... ¿ Querrán ustedes creer que ni cuando era chica, ni ahora, no se diga y ha permitido nunca de darle un beso? Las pocas veces que le he puesto la mano encima no ha sido por otra cosa.



LA ACACIA
Señorita L. de Guevara.)

FIDELA. — Y á mí que no hay quien me quite de la cabeza que tu hija y á quien quiere y es á su primo.

RAIMUN. — ¿ A Norberto? Pues bien plantao lo dejó de la noche á la mañana. Esa es otra: lo que pasó entre ellos no hemos podido averiguarlo nadie.

FIDELA. — Pues esa es la mía, que nadie hemos podido explicárselo, y tiene que haber su misterio.

ENGRAC. — Y ella puede, y que no se acuerde de su primo; pero él, aún le tiene su idea. Si no mira y como hoy en cuanto se dijo que venía el novio con su padre á pedir á tu hija, cogió y bien temprano se fué pa los Berrocales, y los que le han visto dicen y que iba como entristecido.

RAIMUN. — Pues nadie podrá decir que ni Estaban ni yo la hemos aconsejado en ningún sentido. Ella de por sí dejó plantao á Norberto, todos lo saben, que ya iban á correrse las proclamas; ella consintió hablar con Faustino. A él siempre le pareció ella bien, esa es la verdad... Como su padre ha sido siempre muy amigo de Esteban, que siempre han andao muy unidos en sus cosas de la política y de las elecciones, cuantas veces hemos ido al Encinar por la Virgen ó por cualquier otra fiesta ó han venido aquí ellos, el muchacho pues no sabía qué hacerse con mi hija; pero como sabía que ella y hablaba aquí con su primo, pues decirle nunca le dijo nada... Y hasta que ella, por lo que fuera, que nadie lo sabemos, plantó al otro, éste no dijo nada. Entonces, cuando supieron y que ella había acabao con su primo, su padre de Faustino habló con Esteban y Esteban habló conmigo y yo hablé con mi hija y á ella no le pareció mal: tanto es así, que ya lo ven todos, á casarse va, y si á gusto suyo no fuera, pues no tendría perdón de Dios, que lo que hace nosotros, á gusto suyo y bien que á su gusto la hemos dejao.

ISABEL. — Y á su gusto será. ¿ Por qué no? El novio es buen mozo, y bueno parece.

ENGRAC. — Eso sí. Aquí todos le miran como si fuera del pueblo mismamente, que aunque no sea de aquí, es de tan cerca y la familia es tan conocida, que no están miraos como forasteros.

FIDELA. — El tío Eusebio puede y que tenga más tierras en la jurisdicción que en el Encinar.

ENGRAC. — Y que así es. Hazte cuenta: se quedó con todo lo del tío Manolito, y á más con las tierras de propios que se subastaron va pa dos años.

ISABEL. — No, la casa es la más fuerte de por aquí.



RAIMUNDA. — ...pues no tendría perdón de Dios, que lo que hace á nosotros, á gusto suyo y bien que á su gusto la hemos dejao.

FIDELA. — Que lo diga usted, y que aunque sean cuatro hermanos, todos cogerán buen pellizo.

ENGRAC. Y la de aquí, que tampoco va descalza.

RAIMUN. — Que es ella sola y no tiene que partir con nadie, y que Esteban ha mirado por la hacienda que nos quedó de su padre, que no hubiera mirado más por una hija suya. *(Se oye el toque de oraciones.)*

ISABEL. — Las oraciones. *(Rezan todos entre dientes.)* Vaya, Raimunda, nos vamos para casa: que á Telesfora hay que darle de cenar temprano; digo cenar, la pizca de nada que tome.

ENGRACIA. — Pues quiere decirse que nosotros también nos iremos si te parece.

FIDELA. — Me parece.

RAIMUN. — Si queréis acompañarnos á cenar... A doña Isabel no le digo nada, porque estando su esposo tan delicado, no ha de dejarle solo.

ENGRAC. — Se agradece; pero cualquiera gobierna aquella familia si una falta.

ISABEL. — ¿ Cena esta noche el novio con nosotras?

RAIMUN. — No, señora; se vuelven él y su padre pa el Encinar; aquí no habían de hacer noche, y no es cosa de andar el camino á deshora, y estas noches sin luna... Como que ya me parece que se tardan, que ya van acortando mucho los días, y luego es noche cerrada.

ENGRAC. — Acá suben todos. A la cuenta es la despedida.

RAIMUN. — ¿ No lo dije?

ESCENA II

DICHAS, ACACIA, MILAGROS, ESTEBAN, EL TIO EUSEBIO y FAUSTINO.

ESTEB. — Raimunda: aquí, el tío Eusebio y Faustino que se despiden.

EUSEB. — Ya es hora de volvernos pa casa, antes que se haga noche, que con las aguas de estos días pasados, están esos caminos que es una perdición.

ESTEB. — Sí que hay ranchos muy malos.

ISABEL. — ¿ Qué dice el novio? Ya no se acuerda de mí.

EUSEB. — ¿ No conoces á doña Isabel?

FAUST. — Sí, señor; pa servirla. Creí que no se recordaba de mí.

ISABEL. — Sí, hombre; cuando mi marido era alcalde; va pa cinco años. ¡ Buen susto nos diste por San Roque, cuando saliste al toro y creímos todos que te había matado.

ENGRAC. — El mismo año que dejó tan mal herido á Julián, el de la Eudisia.

FAUST. — Bien me recuerdo; sí, señora.

EUSEB. — Aunque no fuera más que por los lapos que llevó luego en casa... muy mercedos...

FAUST. — ¡ La mocedad!

ISABEL. — Pues no te digo nada, que te llevas la mejor moza del pueblo, y que ella no se lleva mal mozo tampoco. Y nos vamos, que ustedes aún tendrán que tratar de sus cosas.

ESTEBAN. — Todo está tratao.

ISABEL. — Anda, Milagros... ¿Qué te pasa?

ACACIA. — Que la digo que se quede á cenar con nosotros, y no se atreve á pedirle á usted permiso. Déjela usted, doña Isabel.

RAIMUN. — Sí que la dejará. Luego la acompañan de aquí Bernabé y la Juliana, y si es caso, también irá Esteban.

ISABEL. — No, ya mandaremos de casa á buscarla. Quédate, si es gusto de la Acacia.

RAIMUN. — Claro está que tendrán ellas que hablar de mil cosas.

ISABEL. — Pues con Dios todos, tío Eusebio, Esteban...

ESTEB. — Vaya usted con Dios, doña Isabel... Muchas expresiones á su esposo.

ISABEL. — De su parte.

ENGRAC. — Con Dios, que lleven buen viaje.

FIDELA. — Queden con Dios... (*Salen todas las mujeres.*)

EUSEB. — ¡Qué nueva está doña Isabel! Y á la cuenta, debe de andarse por mis años. Pero bien dicen: quien tuvo, retuvo y guardó para la vejez; porque doña Isabel ha estao una buena moza, ande las haya habio.

ESTEB. — Perc siéntese usted un poco, tío Eusebio. ¿Qué prisa le ha entrao?

EUSEB. — Déjate estar; ya es buena hora de volvernos, que viene muy oscuro. Pero tú no nos acompañes, ya vienen los criados con nosotros.

ESTEB. — Hasta el arroyo siquiera; es un paseo. (*Entran la Raimunda, la Acacia y la Milagros.*)

EUSEB. — Y vosotros, deciros too lo que tengáis que deciros.

ACACIA. — Ya lo tenemos todo hablao.

EUSEB. — ¡Eso te creerás tú!

RAIMUN. — Vamos, tío Eusebio; no sofoque usted á la muchacha.

ACACIA. — Muchas gracias de todo.

EUSEB. — ¡Anda ésta! ¡Qué gracias!

ACACIA. — Es muy precioso el aderezo.

EUSEB. — Es lo más aparente que se ha encontrao.

RAIMUN. — Demasiado para una labradora.

EUSEB. — ¡Qué demasiado! Dejarse estar. Con más piedras que la custodia de Toledo lo hubiera yo querido. Abraza á tu suegra.

RAIMUN. — Ven acá, hombre; que mucho tengo que quererte pa perdonarte lo que te me llevas ¡La hija de mis entrañas!

ESTEB. — ¡Vaya! Vamos á jipar ahora... Mira la chica. Está hecha una Madalena.

MILAGROS. — ¡Mujer!... ¡Acacia! (*Rompe también á llorar.*)

ESTEB. — ¡Anda, la otra! ¡Vaya, vaya!

EUSEB. — ¡No ser así!... Los llantos por los difuntos. Pero una boda como ésta; tan á gusto de toos... ¡Ea, alegrarse!... Y hasta pronto.

RAIMUN. — Con Dios, tío Eusebio. Y á la Julia que no le perdono que no haya venido un día como hoy.

EUSEB. — Si ya sabes cómo anda de la vista. Había que haber puesto el carro, y está esa subía de los Berrocales pa matarse el ganao.

RAIMUN. — Pues déle usted muchas expresiones, y que se mejore.

EUSEB. — De tu parte.

RAIMUN. — Y andarse ya, andarse ya, que se hace noche. (*A Esteban.*) ¿Tardará mucho?

EUSEB. — Ya le he dicho que no venga...

ESTEBAN. — ¡No faltaba otra cosa! Iré hasta el arroyo. No esperarme á cenar.

RAIMUN. — Si que te esperamos. No es cosa de cenar solas un día como hoy. Y á la Milagros le dá lo mismo cenar un poco más tarde.

MILAGROS. — Sí, señora; lo mismo.

EUSEBIO. — ¡Con Dios!

RAIMUN. — Bajamos á despedirte.

FAUST. — Yo tenía que decir una cosa á la Acacia.

EUSEBIO. — Pues haberlo dejao pa mañana. ¡Como no habéis platicao todo el día!

FAUST. — Si es que... unas veces que no me he acordao, y otras con el bullicio de la gente...

EUSEBIO. — A ver por ande sales...

FAUST. — Si no es nada... Madre, que al venir, como cosa suya, me dió este escapulario pa la Acacia: de las monjas de allá.

ACACIA. — ¡Es muy precioso!

MILAGROS. — ¡Bordao de lentejuela! ¡Y de la Virgen Santísima del Carmen!

RAIMUN. — ¡Poca devoción que ella le tiene! Da las gracias á tu madre.

FAUST. — Está bendecio...

EUSEBIO. — Bueno; ya hiciste el encargo. Capaz eras y de haberte vuelto con él ¡y hubiera tenido que oír tu madre! ¡Pero qué corto eres, hijo! No sé yo á quien hayas salio... (*Salen todos. La escena queda sola un instante. Ha ido oscureciendo. Vuelven la Raimunda, la Acacia y Milagros.*)

RAIMUN. — Mucho se han entretenido; salen de noche... ¿Qué dices, hija? ¿Estás contenta?

ACACIA. — Yo lo ve usted.

RAIMUN. — ¡Ya lo ve usted! Pues eso quisiera yo: verlo... ¡Cualquiera sabe contigo!

ACACIA. — Lo que estoy es cansada.

RAIMUN. — ¡Es que hemos llevado un día! Desde las cinco y que estamos en pie en esta casa.

MILAGROS. — Y que no habrá faltado nadie á darte el parabién.

RAIMUN. — Pues todo el pueblo, puede decirse, principiando por el señor cura, que fué de los primeritos. Ya le he dao pa que diga una misa, y diez panes pa los más pobrecitos, que de todos hay que acordarse un día así. ¡Bendito sea Dios, que nada nos falta! ¿Están ahí las cerillas?

ACACIA. — Aquí están, madre.

RAIMUN. — Pues enciende esa luz, hija, que da tristeza esta oscuridad. (*Llamando.*) ¡Juliana! ¡Juliana!... ¿Ande andará ésa? (*Dentro y como desde abajo.*)

JULIANA. — ¿Qué?

RAIMUN. — Súbete pa acá una escoba y el cogedor. (*Idem.*)

JULIANA. — De seguida subo.

RAIMUN. — Voy á echarme otra falda, que ya no ha de venir nadie.

ACACIA. — ¿Quiere usted que yo también me desnude?

RAIMUN. — Tú déjate estar, que no tienes que trajinar en nada, y un día es un día... (*Entra Juliana.*)

JULIANA. — ¿Barro aquí?

RAIMUN. — No; deja ahí esa escoba. Recoge todo eso, lo friegas muy bien fregao y lo pones en el chinero, y cuidado con esas copas, que es cristal fino.

JULIANA. — ¿Me puedo comer un bizcocho?

RAIMUN. — Sí, mujer, sí. ¡Que eres de golosona!

JULIANA. — Pues sí que la hija de mi madre ha disfrutao de nada. En sacar vino y hojuelas pa todos se me ha ido el día, con el sin fin de gente que aquí había... Hoy, hoy se ha visto lo que es esta casa pa todos; y también la del tío Eusebio, sin despreciar. Y ya se verá el día de la boda. Yo sé quién va á bailarte una onza de oro, y quién va á bailarte una colcha bordada de sedas, con unas flores que las ves tan preciosas de propias, que te dan ganas de cogerlas mismamente. Día grande ha de ser. ¡Bendito sea Dios! de mucha alegría y de mucho llanto también: yo la primera, que no diré yo como tu madre, porque con una madre no hay comparación de nada, pero quitao tu madre... Y que á más de lo que es pa mí esta casa, el pensar en la moza que se me



JULIANA. — No permita Dios de afligir yo á nadie...

murió. ¡Hija de mi vida, que era así y como eres tú ahora!...

RAIMUN. — ¡Vaya, Juliana, arrea con todo eso y no nos encojas el corazón tú también, que ya tenemos bastante ca uno con lo nuestro!

JULIANA. — No permita Dios de afligir yo á nadie... Pero estos días así, no sé qué tienen que todo se agolpa, bueno y malo, y quiere una alegrarse y se pone más entristecida... Y no digas, que no he querido mentar á su padre de ella, esté en gloria. ¡Válganos Dios! ¡Si la hubiera visto este día! Esta hija que era pa él la gloria del mundo.

RAIMUN. — ¿No callarás la boca?

JULIANA. — ¡No me riñas, Raimunda! Que es como si castigaras á un perro fiel, que ya sabes que eso he sido yo siempre pa esta casa y pa ti y pa tu hija: como un perro leal, con la ley de Dios, el pan que he comido siempre de esta casa, con la honra del mundo, como todos lo saben... (*Sale.*)

RAIMUN. — ¡Qué Juliana!... Y dice bien: que ha sido siempre como un perro de leal y de fiel pa esta casa. (*Se pone á barrer.*)

ACACIA. — Madre...

RAIMUN. — ¿Qué quieres, hija?

ACACIA. — ¿Me da usted la llave de esta cómoda, que quiero enseñarle á la Milagros unas cosillas?

RAIMUN. — Ahí las tienes. Y ahí os quedáis, que voy á dar una vuelta á la cena. *(Sale. La Acacia y la Milagros se sientan en el suelo, y abren el cajón de abajo de la cómoda.)*

ACACIA. — Mira estos pendientes: me los han regalado... Bueno, Esteban... Ahora no está mi madre; mi madre quiere que le llame padre siempre.

MILAGROS. — Y él bien te quiere.

ACACIA. — Eso sí; pero padre y madre no hay más que unos... Estos pañuelos también me los trajo él de Toledo; las letras las han bordado las monjas... Estas son tarjetas postales; mira qué preciosas.

MILAGROS. — ¡Qué señoras tan guapetonas!

ACACIA. — Son cómicas de Madrid y de París de Francia... Mira estos niños... Esta caja me la trajo él también llena de dulces.

MILAGROS. — Luego dirás...

ACACIA. — Si no digo nada. Si yo bien veo que me quiere; pero yo hubiera querido mejor y estar yo sola con mi madre.

MILAGROS. — Tu madre no te ha querido menos por eso.

ACACIA. — ¡Qué sé yo! Está muy ciega por él. No sé yo si tuviera que elegir entre mí y ese hombre...

MILAGROS. — ¡Qué cosas dices! Ya ves, tú ahora te casas, y si tu madre hubiera seguido viuda, bien sola la dejabas.

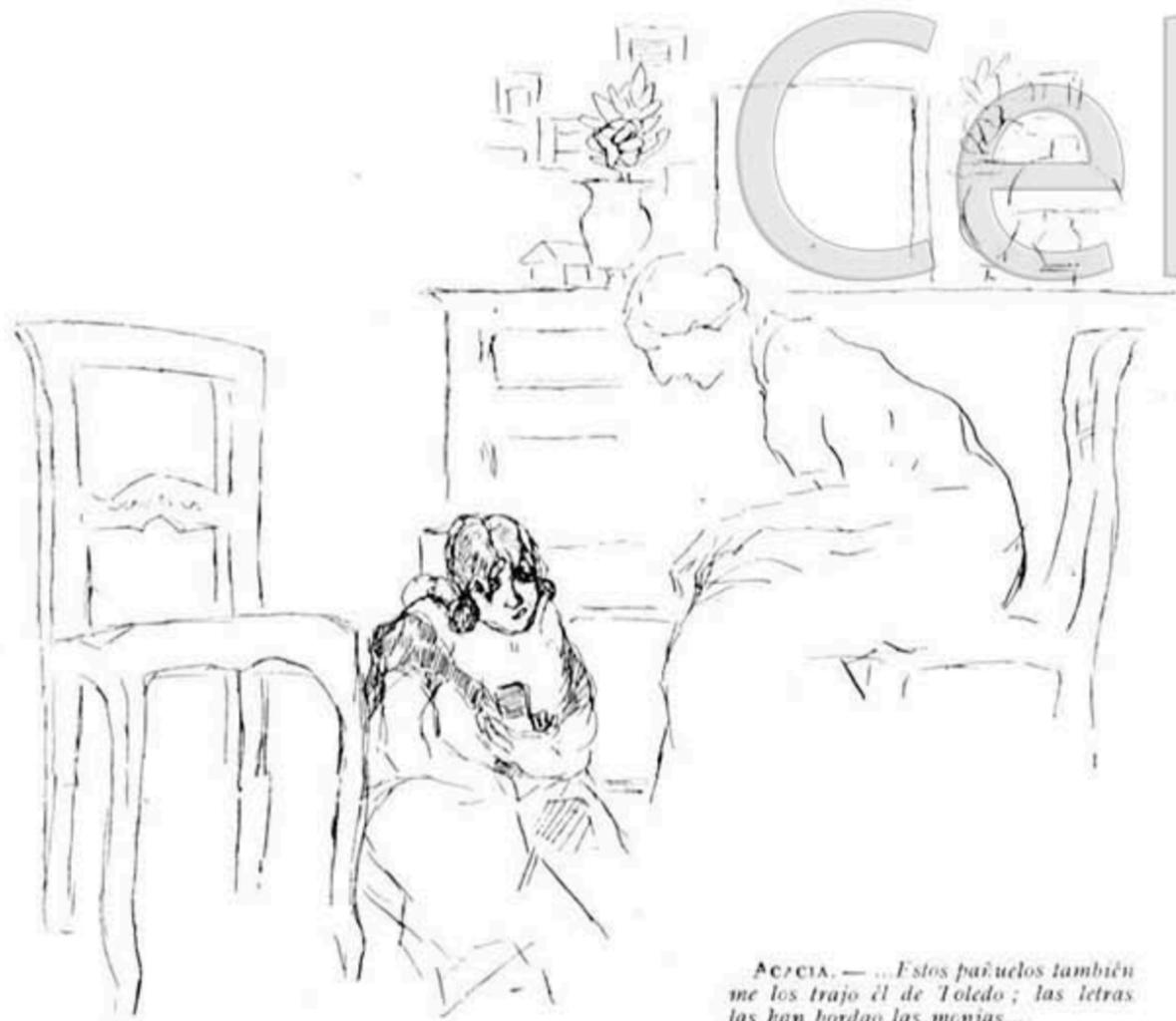
ACACIA. — ¿Pero tú crees que yo me hubiera casado, si yo hubiera estado sola con mi madre?

MILAGROS. — ¡Anda! ¿No te habías de haber casado? Lo mismo que ahora.

ACACIA. — No lo creas. ¿Ande iba yo haber estado más ricamente que con mi madre en esta casa?

MILAGROS. — Pues no tienes razón. Todos dicen que tu padrastro ha sido muy bueno para ti y con tu madre. Si no hubiera sido así, ya tú ves, con lo que se habla en los pueblos...

ACACIA. — Sí, ha sido bueno; no diré



ACACIA. — ...Estos pañuelos también me los trajo él de Toledo; las letras las han bordado las monjas...

yo otra cosa. Pero yo no me hubiera casado si mi madre no vuelve á casarse.

MILAGROS. — ¿Sabes lo que te digo?

ACACIA. — ¿Qué?

MILAGROS. — Que no van descaminados los que dicen que tú no quieres á Faustino, que al que tú quieres es á Norberto.

ACACIA. — No es verdad. ¡Qué voy á quererle! Después de la acción que me hizo.

MILAGROS. — Pero si todos dicen que fuiste tú quien le dejó.

ACACIA. — ¡Que fui yo, que fui yo! Si él no hubiera dado motivo... En fin, no quiero hablar de esto... Pero no dicen bien; quiero más á Faustino que le he querido á él.

MILAGROS. — Así debe de ser. De otro modo mal harías en casarte. ¿Te han dicho que Norberto y se fué del pueblo esta mañana? A la cuenta no ha querido estar aquí el día de hoy.

ACACIA. — ¿Qué más tiene pa él este día que cualquiera otro? Mira, esta es la última carta que me escribió, después que concluimos... Como yo no he consentido volverle á ver... no sé pa qué la guardo... Ahora mismo voy á hacerla pedazos. *(La rompe.)* ¡Ea!

MILAGROS. — ¡Mujer, con qué rabia!

ACACIA. — Pa lo que dice... y quemó los pedazos...

MILAGROS. — ¡Mujer, no se inflame la lámpara! *(Abre la ventana.)*

ACACIA. — Y ahora á la calle, al viento... ¡Acabao y bien acabao está todo!... ¡Qué oscuridad de noche! *(Asomándose también á la ventana.)*

MILAGROS. — Si que está miedoso; sin luna y sin estrellas...

ACACIA. — ¿Has oído?

MILAGROS. — Habrá sido una puerta que habrán cerrado de golpe.

ACACIA. — Ha sonado como un tiro.

MILAGROS. — ¡Qué, qué mujer! ¿Un tiro á estas horas? Si no es que avisan de algún fue-

go, y no se ve resplandor de ninguna parte.

ACACIA. — ¿Querrás creerme que estoy asustada?

MILAGROS. — ¡Qué mujer! *(Corriendo de pronto hacia la puerta.)*

ACACIA. — ¡Madre, madre!

RAIMUN. — *(Desde abajo.)* ¡Hija!

ACACIA. — ¿No ha oído usted nada?

RAIMUN. — *(Idem.)* Sí, hija; ya he mandado á la Juliana á enterarse... No tengas susto.

ACACIA. — ¡Ay, madre!

RAIMUN. — ¡Calla, hija! Ya subo.

ACACIA. — Ha sido un tiro lo que ha sonado, ha sido un tiro.

MILAGROS. — Aunque así sea; nada malo habrá pasado.

ACACIA. — ¡Dios lo haga! *(Entra Raimunda.)*

RAIMUN. — ¿Te has asustado, hija? No habrá sido nada.

ACACIA. — También usted está asustada, madre.

RAIMUN. — De verte á ti... Al pronto, pues como está tu padre fuera de casa, si me he sobresaltado... Pero no hay razón para ello. Nada malo puede haber pasado... ¡Calla! ¡Escucha! ¿Quién habla abajo? ¡Ay, Virgen!

ACACIA. — ¡Ay, madre, madre!

MILAGROS. — ¿Qué dicen, qué dicen?

RAIMUN. — No bajes tú, que ya voy yo.

ACACIA. — No baje usted, madre.

RAIMUN. — Si no sé qué he entendido... ¡Ay, Esteban de mi vida, y que no le haya pasado nada malo. *(Sale.)*

MILAGROS. — Abajo hay mucha gente... pero aquí no les entiendo lo que hablan.

ACACIA. — Algo malo ha sido, algo malo ha sido. ¡Ay, lo que estoy pensando!

MILAGROS. — También yo, pero no quiero decírtelo.

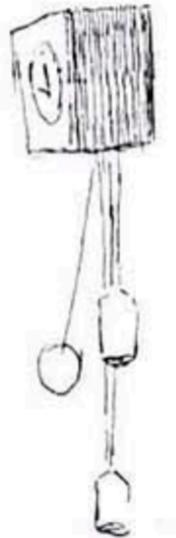
ACACIA. — ¿Qué crees tú que ha sido?

MILAGROS. — No quiero decírtelo, no quiero decírtelo.

RAIMUN. — ¡Ay, Virgen santísima del Carmen! ¡Ay, qué desgracia! ¡Ay, esa pobre madre cuando lo sepa, y que han matado á su hijo! ¡Ay, no quiero pensarlo! ¡Ay, qué desgracia, qué desgracia pa todos!

ACACIA. — ¿Has entendido?... Mi madre... ¡Madre... madre!

RAIMUN. — ¡Hija, hija, no bajes! ¡Ya



voy, ya voy! (*Entran Raimunda, la Fidela, a Engracia y algunas mujeres.*)

ACACIA. — Pero ¿qué ha pasao, qué ha pasao? Ha habido una muerte ¿verdad? ¿Ha habido una muerte.

RAIMUN. — ¡Hija de mi vida! ¡Faustino, Faustino!...

ACACIA. — ¿Qué?

RAIMUN. — Que lo han matao, que lo han matao de un tiro á la salida del pueblo.

y lleno de ilusiones, y vea que se lo traen muerto de tan mala muerte, asesinao de esa manera!

ENGRAC. — Con la horca no paga y el que haiga sío.

FIDELA. — Aquí, aquí mismo habían de matarlo.

RAIMUN. — Yo quisiera verlo, Esteban: que no se lo lleven sin verlo... Y esta hija también, al fin iba á ser su marido.



RAIMUNDA. — ... y aquella madre, cuando la lleven á su hijo...

ACACIA. — ¡Ay, madre! ¿Y quién ha sido, quién ha sido?

RAIMUN. — No se sabe... no han visto á nadie... Pero todos dicen y que ha sido Norberto; pa que sea mayor la desgracia que nos ha venido á todos.

ENGRAC. — No puede haber sido otro.

MUJERES. — ¡Norberto!... ¡Norberto!

FIDELA. — Ya han acudido los de Justicia.

ENGRAC. — Lo traerán preso.

RAIMUN. — Aquí está tu padre. (*Entra Esteban.*) ¡Esteban de mi vida! ¿Cómo ha sido? ¿Qué sabes tú?

ESTEBAN. — ¿Qué tengo de saber? Lo que todos... Vosotras no me salgáis de aquí, no tenéis que hacer nada por el pueblo.

RAIMUN. — ¡Y ese padre, cómo estará! ¡Y aquella madre cuando le lleven á su hijo, que salió esta mañana de casa lleno de vida

ESTEBAN. — No acelerarse; lugar habrá para todo. Esta noche no os mováis de aquí, ya os lo he dicho. Ahora no tiene que hacer allí nadie más que la justicia; ni el médico ni el cura han podido hacer nada. Yo me vuelvo pa allá, que á todos han de tomarnos declaración. (*Sale Esteban.*)

RAIMUN. — Tiene razón tu padre. ¿Qué podemos hacer por él? Encomendarle su alma á Dios... Y á esa pobre madre, que no se me quita del pensamiento... No estés así, hija, que me asustas más que si te viera llorar y gritar. ¡Ay, quién nos hubiera dicho esta mañana lo que tenía que sucedernos tan pronto!

ENGRAC. — El corazón y dicen que le ha partío.

FIDELA. — Redondo cayó del caballo.

RAIMUN. — ¡Qué borrón y qué deshonra pa este pueblo, y que de aquí haya salido el

asesino con tan mala entraña! ¡Y que sea de nuestra familia, pa mayor vergüenza!

UNA MUJER. — Eso es lo que aún no sabemos nadie.

RAIMUN. — ¿Y quién otro puede haber sido? Si todos lo dicen, todos...

ENGRAC. — Todos lo dicen. Norberto ha sido.

FIDELA. — Norberto, no puede haber sido otro.

RAIMUN. — Milagros, hija, enciende esas luces á la Virgen, y vamos á rezarle un rosa-

rio, ya que no podamos hacer otra cosa más que rezarle por su alma.

UNA MUJER. — ¡El señor le haiga perdonao!

ENGRAC. — Que ha muerto sin confesión.

FIDELA. — Y estará su alma en pena. ¡Dios nos libre!

RAIMUN. — (*A Milagros.*) Lleva tú el rosario; yo ni puedo rezar. ¡Esa madre, esa madre! (*Empiezan á rezar el rosario.*)

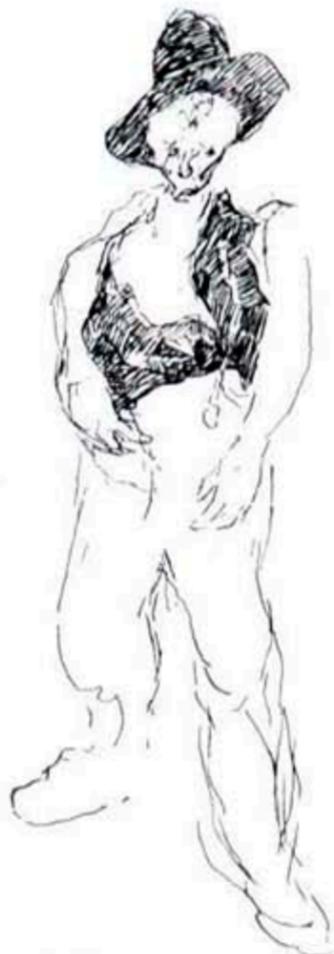
TELON.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



RAIMUNDA (á Milagros). — Lleva tú el rosario; yo ni puedo rezar. ¡Esa madre, esa madre!

ACTO SEGUNDO



El Rubio (Sr. Vilches).

Portal de una casa de labor. Puerta grande al foro, que da al campo. Una puerta á la derecha y otra á la izquierda.

ESCENA I

RAIMUNDA,
ACACIA, LA JULIANA y ESTEBAN.

(Esteban, sentado en una mesa pequeña, almuerza. La Raimunda, sentada también, le sirve. La Juliana entra y sale, asistiendo á la mesa. La Acacia, sentada en una silla baja, junto á una de las ventanas, cose un cesto de ropa blanca al lado.)

RAIMUN. — ¿No estás á tu gusto?

ESTEB. — Sí, mujer.

RAIMUN. — No has comido nada. ¿Quieres que se prepare alguna otra cosa?

ESTEB. — Déjate, mujer, si he comido bastante.

RAIMUN. — ¡Qué vas á decirme! *(Llamando.)* ¡Juliana, trae pa acá la ensalada! Tú has tenido algún disgusto.

ESTEB. — ¡Qué, mujer!

RAIMUN. — ¡Te conoceré yo! Como que no has debido ir al pueblo. Habrás oído allí á unos y á otros. Quiere decir que determinamos, muy bien pensado, de venirnos al soto, por no estar allí en estos días, y te vas tú allí esta mañana sin decirme palabra. ¿Qué tenías que hacer allí?

ESTEB. — Tenía... que hablar con Norberto y con su padre.

RAIMUN. — Bueno está; pero les hubieras mandao llamar, y que hubieran acudido ellos. Podías haberte ahorrao el viaje y el oír á la demás gente, que bien sé yo las habladurias de unos y de otros que andarán por el pueblo.

JULIANA. — Como que no sirve el estarse aquí sin querer ver ni entender á ninguno, que como el soto es paso de toos estos lugares á la redonda, no va y viene uno que no se pare aquí á oiscar y cucharetear lo que á nadie le importa.

ESTEB. — Y tú que no dejarás de conversar con todos.

JULIANA. — Pues no, señor, que está usted muy equivocao, que no he hablao con nadie, y aun esta mañana le reñí á Bernabé, por hablar más de la cuenta con unos que pasaron del Encinar. Y á mí ya pueden venir á preguntarme, que de mi madre lo tengo aprendido, y es buen acuerdo: al que pregunta mucho responderle poco, y al contrario.

RAIMUN. — Mujer, calla la boca. Anda allá dentro. *(Sale Juliana.)* Y ¿qué anda por el pueblo?

ESTEB. — Anda... que el tío Eusebio y sus hijos han jurao de matar á Norberto, que ellos no se conforman con que la justicia le haya soltao tan pronto, que cualquier día se presentan allí y hacen una sonada, que el pueblo anda dividido en dos bandos, y mientras unos dicen que el tío Eusebio tiene razón, y que no ha podido ser otro que Norberto, los otros dicen que Norberto no ha sido, y que cuando la justicia le ha puesto en la calle, es porque está bien probao que es inocente.

RAIMUN. — Yo tal creo. No ha habido una declaración en contra suya; ni el padre mismo de Faustino, ni sus criados, ni tú, que ibas con ellos.

ESTEB. — Encendiendo un cigarro íbamos el tío Eusebio y yo; por cierto que nos reíamos como dos tontos, porque yo quise presumir con mi encendedor y no daba lumbre, y entonces el tío Eusebio fué y tiró de su buen pedernal y su yesca, y me iba diciendo muerto de risa: anda, enciende tú con eso, pa que presumas con esa maquinaria sacadíneros, que yo con esto me apaño tan ricamente... Y ese fué el mal, que con esta broma nos quedamos rezagaos, y cuando sonó el disparo y quisimos acudir, ya no podía verse á nadie. A más que, como luego vimos que había caído muerto, pues nos quedamos tan muertos como él y nos hubieran matao á nosotros, que no nos hubiéramos dao cuenta. *(La Acacia se levanta de pronto y va á salir.)*

RAIMUN. — ¿Dónde vas, hija, como asustada? ¡Si que está una pa sobresaltos!

ACACIA. — Es que no saben ustedes hablar de otra cosa. ¡También es gusto! No habrá usted contaos veces cómo fué, y no le tendremos oído otras tantas.

ESTEB. — En eso lleva razón... Yo por mí, no hablaría nunca; es tu madre.

ACACIA. — Tengo soñao más noches... yo, que antes no me asustaba nunca de estar sola ni á oscuras, y ahora, hasta de día me entran unos miedos...

RAIMUN. — No eres tú sola; si que yo duermo ni descanso ni de día ni de noche. Y yo sí que nunca he sido asustadiza, que ni de noche me daba cuidao de pasar por el Camposanto, ni de la noche de ánimas que fuera, y ahora, todo me sobrecoge, los ruidos y el silencio... Lo que son las cosas; mientras creíamos todos que podía haber sido Norberto, con ser de la familia y ser una desgracia y una vergüenza pa todos, pues quiere decirse que como ya no tenía remedio, pues... ¡qué sé yo! estaba más conforme... Al fin y al cabo, tenía su explicación. Pero ahora... si no ha sido Norberto, ni podemos explicarnos por qué mataron á ese pobre, yo no puedo estar tranquila. Si no era Norberto ¿quién podía quererle mal? Es que ha sido por una venganza, algún enemigo de su padre, quién sabe si tuyo también... y quién sabe si no iba contra ti el golpe, y como era de noche y hacía muy oscuro, no se confundieron, y lo que no hicieron entonces lo harán otro día y... vamos, que yo no vivo ni descanso, y cada vez que sales de casa y andas por esos caminos me entra un desasosiego... Mismo hoy, como ya te tardabas, en poco estuvo de irme yo pa el pueblo.

ACACIA. — Y al camino ha salido usted.

RAIMUN. — Es verdad; pero como te vi desde el altozano que ya llegabas por los

molinos, y vi que venía el Rubio contigo, me volví corriendo ¡a que no me riñeras. Bien sé que no es posible, pero yo quisiera ir ahora siempre ande tú fueras; no despartarme de junto á ti por nada de este mundo; de otro modo, no puedo estar tranquila, no es vida ésta.

ESTEB. — Yo no creo que nadie me quiera mal. Yo nunca hice mal á nadie. Yo bien descuidao voy ande quiera, de día como de noche.

RAIMUN. — Lo mismo me parecía á mí antes, que nadie podía querernos mal... Esta casa ha sido el amparo de mucha gente. Pero basta una mala voluntad; basta con una mala intención; y ¡qué sabemos nosotros si hay quien nos quiere mal sin nosotros saberlo? De ande ha venio este golpe nada malo se trama; todos son á dar razón de quién va y quién viene; sin nadie preguntar todo se sabe, y cuando más importa saber, nadie sabe nada, nadie ha visto nada...

ESTEB. — ¡Mujer! ¿Qué particular tiene que así sea? El que á nada malo va, no tie por qué ocultarse; el que lleva una mala idea, ya mira de esconderse.

RAIMUN. — ¿Tú quién piensas que pué haber sido?

ESTEB. — ¿Yo? La verdad... pensaba en Norberto; como todos, de no haber sido él, ya no me atrevo á pensar de nadie.

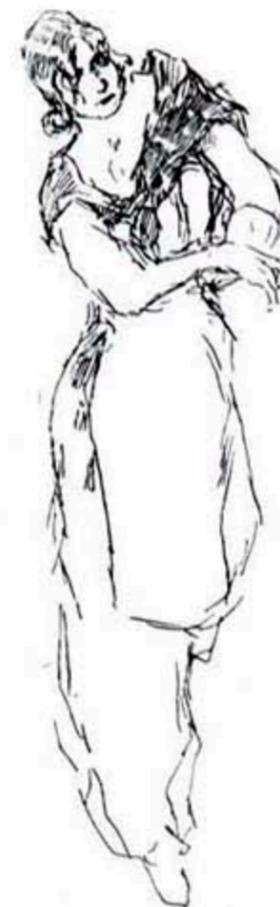
RAIMUN. — Pues mira: yo bien sé que vas á reñirme, pero ¿sabes lo que he determinado?

ESTEB. — Tú dirás...

RAIMUN. — Hablar yo con Norberto. He mandao á Bernabé á buscarlo. Pienso que no tardará en acudir.

ACACIA. — ¿Norberto? ¿Y qué quiere usted saber dél?

ESTEB. — Eso digo yo. ¿Qué crees tú que él puede decirte?



ACACIA. — Es que no saben ustedes hablar de otra cosa. ¡También es gusto!...



ESTEBAN (Sr. Mendoza F.)

RAIMUN. — ¡ Qué sé yo! Yo sé que él á mí no puede engañarme. Por la memoria de su madre he de pedirle que me diga la verdad de todo. Aunque él hubiera sido, ya sabe él que yo á nadie había de ir á contarle. Es que yo no puedo vivir así, temblando siempre por todos nosotros.

ESTEB. — Y ¿ tú crees que Norberto va á decirte á ti lo que haya sido, si ha sido él quien lo hizo?

RAIMUN. — Pero yo me quedaré satisfecha después de oírle.

ESTEB. — Allá tú, pero cree que todo ello sólo servirá para más habladurías, si saben que ha venido á esta casa. A más, que hoy ha de venir el tío Eusebio, y si se encuentran...

RAIMUN. — Por el camino no han de encontrarse, que llegan de una parte ca uno... y aquí, la casa es grande, y ya estarán al cuidado. (Entra la Juliana).

JULIANA. — Señor amo...

ESTEB. — ¿ Qué hay?

JULIANA. — El tío Eusebio que está al llegar, y vengo á avisarle, por si no quiere usted verlo.

ESTEB. — Yo ¿ por qué? Mira si ha tardado en acudir. Tú verás si acude también el otro.

ESTEB. — Y ¿ quién te ha dicho á ti que yo no quiero ver al tío Eusebio?

RAIMUN. — Por pronto que quiera...

JULIANA. — No vaya usted á achacármelo á mí también; que yo, por mí, no hablo. El Rubio ha sido quien me ha dicho que usted no quería verle, porque está muy emperrao en que usted no se ha puesto de su parte con la justicia, y por eso han soltao á Norberto.

ESTEB. — Al Rubio ya le diré yo quién le manda meterse en explicaciones.

JULIANA. — Otras cosas también había usted de decirle, que está de algún tiempo á esta parte que nos quiere avasallar á todos. Hoy, Dios me perdone si le ofendo, pero me parece que ha bebido más de la cuenta.

RAIMUN. — Pues eso sí que no pué consentirsele. Me va á oír.

ESTEB. — Déjate, mujer. Ya le diré yo luego.

RAIMUN. — Sí que está la casa en república; bien se prevalen de que una no está pa gobernarla... Es que lo tengo visto, en cuantito que una se descuida. ¡ Buen rato de holgazanes están todos ellos!

JULIANA. — No lo dirás por mí, Raimunda, que no quisiera oírte.

RAIMUN. — Lo digo por quien lo digo, y quien se pica, ajos come.

JULIANA. — ¡ Señor, Señor! ¿ Quién ha visto esta casa? No parece sino que todos hemos pisao una mala yerba, á todos nos han cambiado; todos son á pegarse unos con otros, y todos conmigo... ¡ Válgame Dios, y me dé paciencia pa llevarlo todo!

RAIMUN. — ¡ Y á mí pa aguantaros!

JULIANA. — Bueno está. ¿ A mí también? Tendré yo la culpa de todo.

RAIMUN. — Si me miraras á la cara, sabrías cuando habías de callar la boca y quitárteme de delante, sin que tuviera que decírtelo.

JULIANA. — Buena está. Ya me tiés callada como una muerta, y ya me quito de delante. ¡ Válgame Dios, Señor! No tendrás que decirme nada. (Sale.)

ESTEB. — Aquí está el tío Eusebio.

ACACIA. — Les dejo á ustedes. Cuando me ve, se aflige... y como está que no sabe lo que le pasa, á la postre siempre dice algo que ofende. A él le parece que nadie más que él hemos sentido á su hijo.

RAIMUN. — Pues, más no digo, pero puede que tanto como su madre y le haya llorao yo. Al tío Eusebio no hay que hacerle caso; el pobre está muy acabado. Pero tiés razón, mejor es que no te vea.

ACACIA. — Estas camisas ya están listas, madre. Las plancharé ahora.

ESTEB. — ¿ Has estao cosiendo pa mí?

ACACIA. — Ya lo ve usted.

RAIMUN. — ¡ Si ella no cose! Yo estoy tan holgazana... ¡ Bendito Dios! no me conozco. Pero ella es trabajadora y se aplica. (Acariciándola al pasar para el mutis.) ¡ No querrá Dios que tengas suerte, hija! (Sale la Acacia.) ¡ Lo que somos las madres! Con lo acobardada que estaba yo de pensar y que iba á casármeme tan moza, y ahora... ¡ Qué no daría yo por verla casada!



Tío EUSEBIO.

— A Faustino me lo han matao porque iba á casarse con la Acacia...

ESCENA II

RAIMUNDA, ESTEBAN y EL TIO EUSEBIO.

EUSEB. — ¿ Ande anda la gente?

ESTEB. — Aquí, tío Eusebio.

EUSEB. — Salud á todos.

RAIMUN. — Venga usted con bien, tío Eusebio.

ESTEB. — ¿ Ha dejao usted acomodás las caballerías?

EUSEB. — Ya se ha hecho cargo El Espolique.

ESTEB. — Siéntese usted. Anda, Raimunda, ponle un vaso del vino que tanto le gusta.

EUSEB. — No, se agradece; dejarse estar, que ando muy malamente y el vino no me presta.

ESTEB. — Pero si éste es talmente una medicina.

EUSEB. — No, no lo traigas.

RAIMUN. — Como usted quiera. Y ¿ cómo va, tío Eusebio, cómo va? ¿ Y la Julia?

EUSEB. — Figúrate, la Julia... Esa se me va atrás de su hijo; ya lo tengo pronosticao.

RAIMUN. — No lo quiera Dios, que aún le quedan otros cuatro por quien mirar.

EUSEB. — Pa más cuidaos; que aquella madre no vive pensando siempre en todo lo malo que pueda sucederles. Y con esto de ahora. Esto ha venido á concluir de apañarnos. Tan y mientras, confiamos que se haría justicia... Es que me lo decían todos y yo no quería creerlo... Y ahí le tenéis al criminal, en la calle, en su casa, riéndose de todos nosotros; pa afirmarme yo más en lo

que ya me tengo bien sabido: que en este mundo no hay más justicia que la que ca uno se toma por su mano. Y á eso darán lugar, y á eso te mandé ayer razón, pa que fueras tú y les dijese que si mis hijos se presentaban por el pueblo, que no les dejasen entrar por ningún caso, y si era menester, que los pusieran presos; todo, antes que otro trastorno pa mi casa; aunque me duela que la muerte de mi hijo quede sin castigar, si Dios no la castiga, que tié que castigarla ó no hay Dios en el cielo.

RAIMUN. — No se vuelva usted contra Dios, tío Eusebio, que aunque la justicia no diera nunca con el que le mató tan malamente su hijo, nadie quisieramos estar en su lugar dél. ¡ Allá él con su conciencia! Por cosa ninguna de este mundo quisiera yo tener mi alma como él tendrá la suya; que si los que nada malo hemos hecho ya pasamos en vida el purgatorio, el que ha hecho una cosa así, tié que pasar el infierno; tan cierto puede usted estar, como hemos de morirnos.

EUSEB. — Así será, como tú dices; pero

¿ no es triste gracia que por no hacerse justicia como es debido, sobre lo pasao, tenga yo que andar ahora sobre mis hijos pa estorbarlos de que quieran tomarse la justicia por su mano, y que sean ellos los que, á la postre, se vean en un presidio? Y que lo harán como lo dicen. ¡ Hay que oírles! Hasta el chequetico, va pa los doce años, hay que verle apretando los puños como un hombre, y jurando que el que ha matao á su hermano se las tié que pagar, sea como sea... Yo le oigo y me pongo á llorar como una criatura... y su madre, no se diga. Y la verdad es que uno bien quisiera decirles: ¡ Andar ya, hijos, y matarle á cantazos como á un perro malo, y hacerle peazos aunque sea, y traérnoslo aquí á la rastra... Pero tié uno que tragárselo too y poner cara seria, y decirles que ni por el pensamiento se les pase semejante cosa, que sería matar á su madre y una ruina pa todos...

RAIMUN. — Pero, vamos á ver, tío Eusebio, que tampoco usted quiere atender á razones: si la justicia ha sentenciao que no ha sido Norberto, si nadie ha declarao la menor cosa en contra suya, si ha podido probar ande estuvo y lo que hizo todo aquel día, una hora tras otra, que estuvo con sus criados en los Berrocales, que allí le vió también y estuvo hablando con él don Faustino, el médico del Encinar, mismo á la hora que sucedió lo que sucedió... y diga usted si nadie podemos estar en dos partes al mismo tiempo... Y de sus criados podrá usted decir que estarían bien alleccionados, por más que no es tan fácil ponerse tanta gente acordes pa una mentira, pero don Faustino bien amigo es de usted, y bastantes favores le debe... y como él, otros muchos que habían de estar de su parte de usted, y todos han declarao lo mismo. Sólo un pastor de los Berrocales supo decir que él había visto de lejos á un hombre á aquellas horas, pero que él no sabría decir quien pudiera ser, pero por la persona y el aire y el vestido no podía ser Norberto.

EUSEB. — Si á que no fuera él yo no digo nada. Pero ¿ deja de ser uno el que lo hace, porque haiga comprado á otro pa que lo haga? Y eso no pué dudarse... La muerte de mi hijo no tié otra explicación... Que no vengan á mí á decirme que si éste que si el otro. Yo no tengo enemigos pa una cosa así. Yono hice nunca mal á nadie. Harto estoy de perdonar multas á unos y otros, sin mirar si son de los nuestros ó de los contrarios. Si mis tierras paecen la venta de mal abrigo. ¡ Si fuera yo á poner todas las denuncias de los destrozos que me están haciendo todos los días! A Faustino me lo han matao porque iba á

casarse con la Acacia; no hay más razón, y esa razón no podía tenerla otro que Norberto. Y si todos hubieran dicho lo que saben, ya se hubiera aclarao todo. Pero quien más podía decir no ha querido decirlo...

RAIMUN. — Nosotros ¿ verdad?

EUSEB. — Yo á nadie señalo.

RAIMUN. — Cuando las palabras llevan su intención, no es menester nombrar á nadie ni señalar con el dedo. Es que usted está creído, porque Norberto sea de la familia, que si nosotros hubiéramos sabido algo, habíamos de haber callao.

EUSEB. — Pero ¿ vas tú á decirme que la Acacia no sabe más de lo que ha dicho?

RAIMUN. — No, señor, que no sabe más de lo que todos sabemos. Es que usted se ha emperao en que no puede ser otro que Norberto; es que usted no quiere creerse de que nadie pueda quererle á usted mal por alguna otra cosa. Nadie somos santos, tío Eusebio. Usted tendrá hecho mucho bien, pero también tend á usted hecho algún mal en su vida; usted pensará que no es pa que nadie se acuerde, pero al que se lo haiga usted hecho no pensará lo mismo. A más, que si Norberto hubiera estao enamorado de mi hija hasta ese punto, antes hubiera hecho otras demostraciones. Su hijo de usted no vino á quitársela; Faustino no habló con ella hasta que mi hija despidió á Norberto, y le despidió porque supo que él hablaba con otra moza, y él ni siquiera fué para venir y disculparse; de modo y manera que, si á ver fuéramos, él fué quien la dejó á ella plantada. Ya ve usted que nada de esto es pa hacer una muerte.

EUSEB. — Pues si así es ¿ por qué á lo primero todos decían que no podía ser otro, y vosotros mismos no lo ibais diciendo?

RAIMUN. — Es que así, al pronto... ¿ En quien otro podía pensarse? Pero si se para uno á pensar, no hay razón pa creer que él y solo él pueda haberlo hecho. Pero usted no parece sino que quiere dar á entender que nosotros somos encubridores, y sépalo usted, que nadie más que nosotros quisiéramos que de una vez y se supiera la verdad de todo, que si usted ha perdido un hijo, yo también tengo una hija que no va ganando nada con todo esto.

EUSEBIO. — Como que así es. Y con callar lo que sabe, mucho menos. Ni vosotros... que Norberto y su padre, pa quitarse sospechas, no queráis saber lo que van propalando de esta casa, que si fuera uno á creerse de ello...

RAIMUN. — ¿ De nosotros? ¿ Qué puén ir

propalando? Tú que has estao en el pueblo ¿ qué icen?

EST. — ¡ Quién hace caso!

EUSEBIO. — No, si yo no he de creerme de na que venga de esa parte, pero bien y que os agradecen el no haber declarao en contra suya.

RAIMUN. — ¿ Pero vuelve usted á las mismas? ¿ Sabe usted lo que le digo, tío Eusebio? Que tié una que hacerse cargo de lo que es perder un hijo como usted lo ha perdido, pa no contestarle á usted de otra manera. Pero una también es madre. ¡ Caray! y usted está ofendiendo á mi hija y nos ofende á todos.

EST. — ¡ Mujer! No se hable más... ¡ Tío Eusebio!

EUSEBIO. — Yo á nadie ofendo. Lo que digo es lo que dicen todos: que vosotros, por ser de la familia, y todo el pueblo, por quitarse de esa vergüenza, os habéis confabulao todos pa que la verdad no se sepa. Y si aquí todos creen que no ha sido Norberto, en el Encinar todos creen que no ha sido otro. Y si no se hace justicia mu pronto, va á correr mucha sangre entre los dos pueblos, sin poder impedirlo nadie, que todos sabemos lo que es la sangre moza.

RAIMUN. — Si usted va soliviantando á todos. Si pa usted no hay razón ni justicia que valga. ¿ No está usted bien convencido de que si no fué que él compró á otro pa que lo hiciera, él no pudo hacerlo? Y eso de comprar á nadie pa una cosa así... ¡ vamos! que no me cabe á mí en la cabeza... ¿ A quien puede comprar un mozo como Norberto? Y no vamos á creer que su padre dél iba á mediar en una cosa así.

EUSEBIO. — Pa comprar á una mala alma, no es menester mucho. ¿ No tienes ahí, sin ir más lejos, á los de Valderrobres, que por tres duros y medio mataron á los dos cabreiros?

RAIMUN. — ¿ Y qué tardó en saberse? Que ellos mismos se descubrieron disputando por medio duro. El que compra á un hombre pa una cosa así, viene á ser como un esclavo suyo pa toda la vida. Eso podrá creerse de algún señorón con mucho poder, que pueda comprar quien le quite de en medio á cualquiera que pueda estorbarle. Pero Norberto...

EUSEBIO. — A nadie nos falta un criado que es como un perro fiel en la casa pa obedecer lo que se le manda.

RAIMUN. — Pué que usted los tenga de esa casta, y que alguna vez los haya usted

mandao algo parecido, que el que lo hace, lo piensa.

EUSEBIO. — Mirate bien en lo que estás diciendo.

RAIMUN. — Usted es el que tié que mirarse.

EST. — Pero ¿ no quíes callar, Raimunda?

EUSEBIO. — Ya lo estás oyendo. ¿ Qué dices tú?

EST. — Que dejemos ya esta conversación, que todo será volvernos más locos.

EUSEBIO. — Por mí, dejao está.

RAIMUN. — Diga usted que usted no pué conformarse con no saber quien le ha matao á su hijo, y razón tié usted que le sobra; pero no es razón pa involucrar á todos, que si usted pide que se haga justicia, más se lo estoy pidiendo yo á Dios todos los días, y que no se quede sin castigar el que lo hizo, así fuera un hijo mío el que lo hubiera hecho.

ESCENA III

DICHOS Y EL RUBIO.

RUBIO. — Con licencia.

EST. — ¿ Qué hay, Rubio?

RUBIO. — No me mire usted así, mi amo, que no estoy bebiendo... Lo de esta mañana fué que salimos sin almorzar y me convidaron, y un traguete que bebió uno, pues le cayó á uno mal, y eso fué todo. Lo que siento es que usted se haya incomodao.

RAIMUN. — ¡ Ay, me parece que tú no estás bueno! Ya me lo había dicho la Juliana.

RUBIO. — La Juliana es una enreaora. Eso quería decirle al amo.

EST. — ¡ Rubio! Después me dirás lo que quieras. Está aquí el tío Eusebio. ¿ No lo estás viendo?

RUBIO. — ¿ El tío Eusebio? Ya le había visto... ¿ Qué le trae por acá?

RAIMUN. — ¿ Qué te importa á ti que le traiga ó le deje traer? ¡ Habráse visto! Anda, anda, y acaba de dormirla, que tú no estás en tus cabales.

RUBIO. — No me diga usted eso, mi amo.

EST. — ¡ Rubio!

RUBIO. — La Juliana es una enreaora. Yo no he bebido... y el dinero que se me cayó era mío, yo no soy ningún ladrón, ni he robado á nadie... Y mi mujer tampoco le debe á nadie lo que lleva encima... ¿Verdad usted, señor amo?

EST. — ¡Rubio! Anda ya, y acuéstate y no parezcas hasta que te hayas hartado de dormir. ¿Qué dirá el tío Eusebio? ¿No has reparado?

RUBIO. — Demasiado que he reparado... Bueno está... No tiene usted que decirme nada... (Sale.)

RAIMUN. — Pa lo que dice usted de los criados, tío Eusebio. Sin tenerle que tapar á uno nada, ya de por sí saben abusar... Dígame usted si tuviera uno cualquier tapujo con ellos... Pero ¿puede saberse qué le ha pasado hoy al Rubio? ¿Es que ahora y va á emborracharse todos los días? Nunca había tenido él esa falta; pues no vayas á consentírsela, que como empiece así...

EST. — ¡Qué mujer! Si porque no tiene costumbre, es por lo que hoy se ha achispado una miaja. A la cuenta, mientras yo andaba á unas cosas y otras por el pueblo, le han convidado en la taberna... Ya le he reñido yo, y le mandé acostar; pero á la cuenta, no ha dormido bastante y se ha enterao aquí sin saber enterao lo que se habla... No es pa espantarse.

EUSEBIO. — Claro está que no. ¿Mandas algo?

EST. — ¿Ya se vuelve usted, tío Eusebio?

EUSEBIO. — Tú verás. Lo que siento es haber venido pa tener un disgusto...

RAIMUN. — Aquí no ha habido disgusto ninguno. ¿Qué voy yo á disgustarme con usted!

EUSEBIO. — Así debe de ser. ¡Hacerse cargo con lo que á mí me ha pasado! Esa espina no se arranca así como así; clavada estará y bien clavada, hasta que quiera Dios llevarsele á uno de este mundo. ¿Tenéis pensao de estar muchos días en el Soto?

EST. — Hasta el domingo. Aquí no hay nada que hacer. Sólo hemos venido por no estar en el pueblo en estos días; como al volver Norberto too habían de ser historias...

EUSEBIO. — Como que así será. Pues yo no te dejo encargao otra cosa, cuando estés allí, que estés á la mira por si se presentan mis hijos, que no me vayan á hacer alguna, que no quiero pensarlo.

EST. — Vaya usted descuidado; pa que hi-

cieran algo estando yo allí, mal había yo de verme.

EUSEBIO. — Pues no te digo más. Estos días los tengo entretenidos trabajando en las tierras de la linde del río... Si no va por allí alguien que me los solivante... Vaya, quedar con Dios. ¿Y la Acacia?

RAIMUN. — Por no afigirle á usted no habrá acudido... Y que ella también de verle á usted, se recuerda de muchas cosas.

EUSEBIO. — Tienes razón.

EST. — Voy á que saquen las caballerías.

EUSEBIO. — Déjate estar. Yo daré una voz... ¡Francisco! Allí viene. No vengas tú, mujer; con Dios. (Van saliendo.)

RAIMUN. — Con Dios, tío Eusebio, y pa la Julia no le digo á usted nada... que me acuerdo mucho de ella, y que más tengo rezao por ella que por su hijo, que á él Dios le habrá perdonado, que ningún daño hizo pa tener el mal fin que tuvo... ¡Pobre! (Han salido Esteban y el tío Eusebio.)



ESCENA IV

RAIMUNDA y BERNABÉ

BERNABÉ. — ¡Señora ama!

RAIMUN. — ¿Qué? ¿Viste á Norberto?

BERNABÉ. — Como que está aquí: ha venido conmigo. ¡Más pronto! El, de su parte, estaba descandito de avistarse con usted.

RAIMUN. — ¿No os habréis cruzado en el camino con el tío Eusebio?

BERNABÉ. — A lo lejos le vimos llegar de la parte del río; conque nosotros echamos de la otra parte y nos metimos por el corralón, y allí me dejé á Norberto agazapado, hasta que el tío Eusebio se volviera pa el Encinar.

RAIMUN. — Pues mira si va ya camino.

BERNABÉ. — Ende aquí le veo que ya va llegando por la cruz.

RAIMUN. — Pues ya puedes traer á Norberto. Atiende antes. ¿Qué anda por el pueblo?

BERNABÉ. — Mucha maldad, señora ama. Mucho va á tener que hacer la justicia, si quiere averiguar algo.

RAIMUN. — Pero, allí, nadie cree que haya sido Norberto ¿verdad?

BERNABÉ. — Y que le arrear un estacazo al que diga otra cosa. Ayer, cuando llegó, que ya venía medio pueblo con él, que salieron al camino á esperarle, todo el pueblo se juntó pa recibirle, y en volandas le llevaron hasta su casa, y todas las mujeres lloraban, y todos los hombres le abrazaban, y su padre se quedó como accidentado...

RAIMUN. — ¡Pobre! ¡No, no podía haber sido él!

BERNABÉ. — Y como se susurra que los del Encinar y se han dejado decir que vendrán á matarlo el día menos pensado, pues todos los hombres, hasta los más viejos, andan con garrotas y armas escondidas.

RAIMUN. — ¡Dios nos asista! Atiende: el amo, cuando estuvo allí esta mañana ¿sabes si ha tenido algún disgusto?

BERNABÉ. — ¿Ya le han venido á usted con el cuento?

RAIMUN. — No... es decir, sí, ya lo sé.

BERNABÉ. — El Rubio, que se entró en la taberna, y parece ser que allí habló cosas... Y como le avisaron al amo, se fué allí á buscarle y le sacó á empellones, y él se insolentó con el amo... Estaba bebido...

RAIMUN. — Y ¿qué hablaba el Rubio, si puede saberse?

BERNABÉ. — Que se fué de la lengua... Estaba bebido... ¿Quiere usted que le diga mi sentir? Pues que no debieran de parecer por el pueblo en unos días.

RAIMUN. — Ya puedes tenerlo por seguro. Lo que hace á mí, no volvería nunca... ¡Ay, Virgen, que me ha enterao una desazón, que echaría á correr too ese camino largo adelante, y después me subiría por aquellos cerros, y después no sé yo ande quisiera esconderme, que no parece sino que viene alguien detrás de mí, peor que pa matarme!... Y el amo... ¿Ande está el amo?

BERNABÉ. — Con el Rubio anda.

RAIMUN. — Ve y tráete á Norberto. (Sale Bernabé.)

ESCENA V

RAIMUNDA y NORBERTO.

NORB. — ¡Tía Raimunda!

RAIMUN. — ¡Norberto! ¡Hijo! Ven que te abrace.

NORB. — Lo que me he alegrado de que usted quisiera verme. Después de mi padre y de mi madre, en gloria esté, y más vale, si había de verme visto como me han visto todos... como un criminal, de nadie me acordaba como de usted.

RAIMUN. — Yo nunca he podido creerlo, aunque lo decían todos.

NORB. — Bien lo sé, que usted ha sido



RAIMUNDA. — ...Atiende antes. ¿Qué anda por el pueblo?

la primera en defenderme. ¿Y la Acacia?

RAIMUN. — Buena está; pero con la tristeza del mundo en esta casa.

NORB. — ¡Decir que yo había matado á Faustino! Y pensar que si no puedo probar, como pude probarlo, lo que había hecho todo aquel día, si como lo tuve pensado, cojo la escopeta y me voy yo solo á tirar unos tiros, y no puedo dar razón de ande estuve, porque nadie me hubiese visto, me echan á un presidio pa toda la vida.

RAIMUN. — ¡No llores, hombre!

NORB. — Si esto no es llorar; llantos los que tengo llores entre aquellas cuatro paredes de una cárcel; que si me hubieran dicho á mí que tenía que ir allí algún día... Y lo malo

no ha concluido. El Eusebio y sus hijos y todos los del Encinar sé que quién matarme... No quién creerse de que yo estoy inocente de la muerte de Faustino, tan cierto como mi madre está bajo tierra.

RAIMUN. — Como nadie sabe quien haya sido... Como nada ha podido averiguarse... pues, ya se ve, ellos no se conforman... Tú ¿de nadie sospechas?

NORB. — Demasiado que sospecho.

RAIMUN. — Y ¿no le has dicho nada á la justicia?

NORB. — Si no hubiera dicho todo... Pero ya que no haya habido necesidad de acusar á nadie... Así como así, si yo hablo... harían conmigo igual que hicieron con el otro.

RAIMUN. — Una venganza ¿verdad? Tú crees que ha sido una venganza... ¿Y de quién piensas tú que puede haber sido? Quisiera saberlo, porque hazte cargo, el tío Eusebio y Esteban tienen que tener los mismos enemigos: juntos han hecho siempre bueno y malo, y no puedo estar tranquila... Esa venganza tanto ha sido contra el tío Eusebio como en contra nosotros; pa estorbar que estuvieran más unidas las dos familias; pero pueden no contentarse con esto, y otro día pueden hacer lo mismo con mi marido.

NORB. — Por tío Esteban no pase usted cuidado.



NORBERTO. — ...Y esta mañana, cuando le cantaron la copla en su cara...

RAIMUN. — ¿Tú crees?...?

NORB. — Yo no creo nada.

RAIMUN. — Vas á decirme todo lo que sepas. A más de que, no sé por qué me parece que no eres tú solo á saberlo. Si será lo mismo que ha llegado á mi conocimiento. Lo que dicen todos.

NORB. — Pero no es que se haya sabido por mí... Ni tampoco puede saberse; es un run run que anda por el pueblo naa más. Por mí, nada se sabe.

RAIMUN. — Por la gloria de tu madre, vas á decírmelo todo, Norberto.

NORB. — No me haga usted hablar. Si yo no he querido hablar ni á la justicia... Y si hablo me matan, tan cierto que me matan.

RAIMUN. — Pero ¿quién puede matarte?

NORB. — Los mismos que han matado á Faustino.

RAIMUN. — Pero ¿quién ha matado á Faustino? Alguien compró pa eso ¿verdad? Esta mañana en la taberna hablaba el Rubio...

NORB. — ¿Lo sabe usted?

RAIMUN. — Y Esteban fué á sacarle de allí pa que no hablara...

NORB. — Pa que no le comprometiera.

RAIMUN. — ¿Eh? ¿Pa que no le comprometiera... Porque el Rubio estaba diciendo que él...

NORB. — Que él era el amo de esta casa.

RAIMUN. — ¡El amo de esta casa! Porque el Rubio ha sido...

NORB. — Sí, señora.

RAIMUN. — El que ha matado á Faustino...

NORB. — Eso mismo.

RAIMUN. — ¡El Rubio! Ya lo sabía yo... ¿Y lo saben todos en el pueblo?

NORB. — Si él mismo se va descubriendo; si ande llega principia á enseñar dinero, hasta billetes... Y esta mañana, cuando le cantaron la copla en su cara, se volvió contra todos y fué cuando avisaron á tío Esteban, y le sacó á empellones de la taberna.

RAIMUN. — ¿La copla? Una copla que han sacado... Una copla que dice... ¿Cómo dice la copla?

NORB. —

*El que quiera á la del Soto,
tié pena de la vida.
Por quererla quien la quiere
le dicen la Malquerida.*

RAIMUN. — Los del Soto somos nosotros, así nos dicen, es esta casa... Y la del Soto no puede ser otra que la Acacia... ¡mi hija! Y esa copla... es la que cantan todos... Le dicen la Malquerida... ¿Se dice así? ¿Y quién la quiere mal? ¿Quién puede quererla mal á mi hija? La querías tú y la quería Faustino... Pero ¿quién otro puede quererla y por qué la dicen Malquerida?... Ven acá... ¿Por qué dejaste tú de hablar con ella, si la querías? ¿Por qué? Vas á decírmelo too... Mira que peor de lo que ya sé no vas á decirme nada...

NORB. — No quiera usted perderme y perdernos á todos. Nada se ha sabido por mí; ni cuando me vi preso quise decir naa... Se ha sabido, yo no sé cómo, por el Rubio, por mi padre, que es la única persona con quien lo tengo comunicao... Mi padre sí quería hablarle á la justicia, y yo no le he dejao, porque le matarían á él y me matarían á mí.

RAIMUN. — No me digas ná, calla la boca... Si lo estoy viendo todo, lo estoy oyendo todo. ¡La Malquerida, la Malquerida! Escucha aquí. Dímelo á mí todo... Yo te juro que pa matarte á ti, tendrán que matarme á mí antes. Pero ya ves que tié que hacerse justicia, que mientras no se haga justicia, el tío Eusebio y sus hijos van á perseguirte, y de esos sí que no podrás escapar. Al Faustino lo han matado pa que no se casara con la Acacia, y tú dejaste de hablar con ella pa que no hicieran lo mismo contigo. ¿Verdad? Dímelo todo.

NORB. — A mí se me dijo que dejara de hablar con ella, porque había el compromiso de casarla con Faustino, que era cosa tratada de antiguo con el tío Eusebio, y que si no me avenía á las buenas, sería por las malas, y que si decía algo de todo esto... pues que...

RAIMUN. — Te matarían. ¿No es eso? Y tú...

NORB. — Yo me creí de todo, y la verdad, tomé miedo, y pa que la Acacia se enfadara conmigo, pues principie á cortejar á otra moza que naa me importaba... Pero como luego supe que naa era verdad, que ni el tío Eusebio ni Faustino tenían tratado cosa ninguna con tío Esteban... Y cuando mataron á Faustino... pues ya sabía yo por qué lo habían matado; porque al pretender él á la Acacia, ya no había razones que darle como á mí; porque al tío Eusebio no se le podía negar la boda de su hijo, y como no se le podía negar, se hizo como que se consentía á todo, hasta que hicieron lo que hicieron, que aquí estaba yo pa echarme la muerte. ¿Qué otro

podía ser? El novio de la Acacia por celos... Bien urdió si estaba. ¡Valga Dios, que algún santo veló por mí aquel día! Y que el delito pesa tanto, que él mismo viene á descubrirse.

RAIMUN. — ¡Quié decir que todo ello es verdad! ¡Que no sirve querer estar ciegos pa no verlo! Pero ¿qué venda tenía yo elante los ojos?... Y ahora todo como la luz de claro... Pero ¡quién pudiera seguir tan ciega!

NORB. — ¿Ande va usted?

RAIMUN. — ¿Lo sé yo? Voy sin sentido... Si es tan grande lo que me pasa, que parece que no me pasa nada. Mira tú, de too ello, sólo se me ha quedao la copla, esa copla de la Malquerida... Tíes que enseñarme el son pa cantarla... ¡Y á ese son vamos á bailar toos hasta que nos muramos! ¡Acacia, Acacia, hija!... ¡Ven acá!

NORB. — ¡No la llame usted! No se ponga usted así, que ella no tié la culpa.

ESCENA VI

DICHOS y LA ACACIA.

ACACIA. — ¿Qué quíe usted, madre? ¡Norberto!

RAIMUN. — ¡Ven acá! ¡Mirame fijo á los ojos!

ACACIA. — Pero ¿qué le pasa á usted, madre?

RAIMUN. — ¡No; tú no puedes tener culpa!

ACACIA. — Pero ¿qué le han dicho á usted, madre? ¿Qué le has dicho tú?

RAIMUN. — Lo que saben ya toos... ¡La Malquerida! ¡Tú no sabes que anda en coplas tu honra!

ACACIA. — ¡Mi honra! ¡No! ¡Eso no han podido decírselo á usted!

RAIMUN. — No me ocultes naa. Dímelo too. ¿Por qué no le has llamao nunca padre? ¿Por qué?

ACACIA. — Porque no hay más que un padre; bien lo sabe usted. Y ese hombre no podía ser mi padre, porque yo le he odiado siempre, ende que entró en esta casa pa traer el infierno consigo.

RAIMUN. — Pues ahora vas á llamarle tú, y vas á llamarle como yo te digo, padre... Tu padre. ¿Entiendes? ¿Me has entendido?



RAIMUNDA. — *Pues ahora vas á llamarle tú, y vas á llamarle como yo le digo, padre...*

ACACIA. — ¿ Quié usted que vaya al Campo-santo á llamarle ? Si no es el que está allí, yo no tengo otro padre. Ese... es su marido de usted, el que usted ha querido, y pa mí no pué ser más que ese hombre, ese hombre, no sé llamarle de otra manera. Y si ya lo sabe usted too, no me atormente usted. ¡ Que le prenda la justicia, y que pague too el mal que ha hecho !

RAIMUN. — La muerte de Faustino, ¿ quiés decir ? Y á más... dímelo todo.

ACACIA. — No, madre ; si yo hubiera sio consentidora, no hubieran matao á Faustino. ¿ Usted cree que yo no he sabío guardarme ?

RAIMUN. — Y ¿ por qué has callao ? ¿ Por qué no me lo has dicho á mí too ?

ACACIA. — ¿ Y se hubiera usted creido de mí más que de ese hombre, si estaba usted ciega por él ? Y ciega tenía usted que estar pa no haberlo visto... Si elante de usted me comía con los ojos ; si andaba desatinao tras mí á todas horas, y ¿ quiere usted que le diga más ? Le tengo odiao tanto, le aborrezco tanto, que hubiera querío que anduviese entavía más desatinao, á ver si se le quitaba á usted la venda de los ojos, pa que viera usted qué hombre es ese, el que me ha robao su cariño, el que usted ha que-

rió tanto, más que quiso usted nunca á mi padre.

RAIMUN. — ¡ Eso no, hija !

ACACIA. — Pa que le aborreciera usted como yo le aborrezco ; como me tié mandao mi padre que le aborrezca ; que muchas veces lo he oído como una voz del otro mundo.

RAIMUN. — ¡ Calla, hija, calla ! Y ven aquí, junto á tu madre, que ya no me queda más que tú en el mundo, y ¡ bendito Dios que aún puedo guardarte ! (*Entra Bernabé.*)

BERN. — ¡ Señora ama ; señora ama !

RAIMUN. — ¿ Qué traes tú tan acelerao ? De seguro, nada bueno.

BERN. — Es que vengo á darle aviso de que no salga de aquí Norberto, por ningún caso.

RAIMUN. — ¿ Pues luego ?...

BERN. — Están apostaos los hijos del tío Eusebio, con sus criados, pa salirle al encuentro.

NORBER. — ¿ Qué le decía yo á usted ? ¿ Lo está usted viendo ? ¡ Vienen á matarme ! ¡ Y me matan, tan cierto que me matan !

RAIMUN. — ¡ Nos matan á toos ! Pero eso tié que haber sio que alguien ha corrió á llamarles.

BERN. — El Rubio ha sio ; que le he visto yo correrse por la linde del río, hacia las tierras del tío Eusebio ; el Rubio ha sido quien les ha dao el soplo.

NORBER. — ¿ Qué le decía yo á usted ? Pa taparse ellos quieren que los otros me maten, pa que no haiga más averiguaciones ; que los otros se darán por contentos creyendo que han matao á quien mató á su hermano... Y me matan... son muchos contra uno, que yo no podré defenderme, que ni un mal cuchillo traigo, que no quiero llevar arma ninguna por no tumbar á un hombre, que quiero mejor que me maten, antes que volverme á ver ande ya me he visto... ¡ Sálveme usted, que es muy triste morir sin culpa, acosao como un lobo !

RAIMUN. No tiés que tener miedo. Tendrán que matarme á mí antes, ya te lo he dicho... Entra ahí con Bernabé. Tú, coge la escopeta... Aquí no se atreverán á entrar, y si alguno se atreve, le tumbas sin miedo, sea

quien sea. ¿ Has entendido ? Sea quien sea. No es menester que cerréis la puerta. Tú aquí conmigo, hija. ¡ Esteban !... ¡ Esteban ! ¡ Esteban !

ACACIA. — ¿ Qué va usted á hacer ? (*Entra Esteban.*)

ESTEB. — ¿ Qué, me llamas ?

RAIMUN. — Escucha bien. Aquí está Norberto, en tu casa ; allí tiés apostaos á los hijos del tío Eusebio pa que lo maten ; que ni eso eres tú hombre pa hacerlo por ti, y cara á cara.

ESTEB. — (*Haciendo intención de sacar un arma.*) — ¡ Raimunda !

ACACIA. — ¡ Madre !

RAIMUN. — ¡ No, tú no ! Llama al Rubio pa que nos mate á todos, que á todos tiene que matarnos, pa encubrir tu delito... ¡ Asesino, asesino !

ESTEB. — ¡ Tú estás loca !

RAIMUN. — Más loca tenía que estar ; más loca estuve el día que entraste en esta casa, en mi casa, como un ladrón, pa robarme lo que más valía.

ESTEB. — Pero ¿ pué saberse lo que estás diciendo ?

RAIMUN. — Si yo no digo na, si lo dicen tos, si lo dirá muy pronto la justicia, y si no quieres que sea ahora mismo, que no empiece yo á voces, y lo sepan todos... Escucha bien : tú que los has traído, llévate á esos hombres que aguardan á un inocente pa matarlo á mansalva. Norberto no saldrá de aquí más que junto conmigo, y pa matarle á él, tién que matarme á mí... Pa guardarle á él y pa guardar á mi hija, me basto yo sola, contra ti y contra tos los asesinos que tú pagues. ¡ Mal hombre ! Anda ya y ve á esconderte en lo más escondido de esos cerros, en una cueva de alimañas... Ya han acudío toos, ya no puedes atreverte conmigo... ¡ Y aunque estuviera yo sola con mi hija ! ¡ Mi hija, mi hija ! ¿ No sabías que era mi hija ? Aquí la tiés. ¡ Mi hija ! ¡ La Malquerida ! Pero aquí estoy yo pa guardarla de ti, y hazte cuenta de que vive su padre... ¡ Y pa partirte el corazón, si quisieras llegarte á ella !

TEJON.



ACTO TERCERO

La decoración del segundo acto.

ESCENA PRIMERA

RAIMUNDA y LA JULIANA.

(Raimunda á la puerta, mirando con ansiedad á todas partes. Después la Juliana.)

JUL. — Raimunda.

RAIMUN. — ¿Qué traes? ¿Está peor?

JUL. — No, mujer; no te asustes.

RAIMUN. — ¿Cómo está? ¿Por qué le has dejao solo?

JUL. — Se ha quedao como adormilao, pero no se queja de naa, y la Acacia está allí



junto. Es que me das tú más cuidao que el herido. Lo de él, gracias á Dios, no es de muerte. ¿Pero es que te vas á pasar todo el día sin tomar nada?

RAIMUN. — Déjate, déjate.

JUL. — Pues ven pa allá dentro con nosotras. ¿Qué haces aquí?

RAIMUN. — Miraba si Bernabé no estaría al llegar.

JUL. — Si vienen con él los que han de llevarse á Norberto, no podrá estar tan pronto de vuelta. Y si vienen también los de justicia...

RAIMUN. — Los de justicia... La justicia en esta casa... ¡Ay, Juliana, y qué maldición habrá caído sobre ella!

JUL. — Vamos, entra y no mires más de una parte y de otra, que no es Bernabé el que tú quisieras ver llegar; es otro, es tu marido, que no puede dejar de ser tu marido.

RAIMUN. — Así es, que lo que ha durao muchos años no puede concluirse en un día. Sabiendo lo que sé, sabiendo que ya no puede ser otra cosa, y que si le viea llegar sería pa maldecir dél y pa aborrecerle toda mi vida, estoy aquí mirando de una parte y de otra, que quisiera pasar con los ojos las piedras de esos cerros, y me parece que le estoy aguardando como otras veces, pa verle llegar llena de alegría, y entrarnos cogidos del brazo como dos novios y

sentarnos á la mesa, contarnos todo lo que habíamos hecho, el tiempo que habíamos estao el uno sin el otro, y reir unas veces y porfiar otras, pero siempre con el cariño del mundo. Y pensar que todo ha concluido, que ya too sobra en esta casa, que ya pa siempre se fué la paz de Dios de con nosotros.

JUL. — Si es pa no creerse ya de na en este mundo. Y yo por mí, vamos, que si no me lo hubieras dicho tú, y si no te viea como te veo, nunca lo hubiea creído. Lo de la muerte de Faustino ¡anda con Dios! aún pudiea tener algún otro misterio, pero lo que hace al mal querer que le ha entrao por la Acacia, vamos, que se me resiste á creerlo. Y ello es que la una cosa sin la otra, no hay quien pueda explicársela.

RAIMUN. — ¿De modo que tú nunca habías reparao la menor cosa?

JUL. — Ni por lo más remoto. Y tú sabes que ende que entró en esta casa pa enamorarte, nunca le he mirao con buenos ojos, que tú sabes como yo quería á tu primer marío, que hombre más de bien y más cabal no le ha habío en el mundo... y vamos, Jesús, que si yo hubiea reparao nunca una cosa así; de aonde me había yo de estar callá!... Ahora que una lo sabe, ya cae una en la cuenta de que era mucho regalar á la muchacha, y mucho no darse por sentido, por más de que ella le hiciera tantos desprecios, que no ha tenío palabra buena con él, ende que te casastes, que era ella un redrojo y ya se le plantaba á insultarle, que no servía reprimirla unos y otros, ni que tú la tundieas á golpes. Y mía tú, como digo una cosa digo otra. Pué que si ella ende pequeña le hubiea tomao cariño, y él se hubiea hecho á mirarla como hija suya, no hubiea llegao á lo que ha llegao.

RAIMUN. — ¿Vas tú á disculparle?

JUL. — Qué voy á disculpar, mujer; no hay disculpa pa una cosa así. Con sólo que hubiea mirao que era hija tuya. Pero, vamos, quieo decirte que pa él, salvo ser tu hija, la muchacha era como una extraña, y ya te digo, otra cosa hubiea sío si ella le hubiea mirao como padre en un principio, porque él no es un mal hombre; el que es malo es siempre malo, y á lo primero de casaros, cuando la Acacia era bien chica, más de cuatro veces le he visto yo caérsele las lágrimas de ver y que la muchacha le hía como al demonio.

RAIMUN. — Verdad es que son los únicos disgustos que hemos tenío, por esa hija siempre.

JUL. — Después, la muchacha ha crecío,

como toos sabemos, que no tié su par ande quiea que se presenta, y despegá dél como una extraña y siempre elante los ojos, pues nadie estamos libres de un mal pensamiento.

RAIMUN. — De un mal pensamiento, no te digo, aunque nunca había de haber tenío ese mal pensamiento. Pero un mal pensamiento se espanta cuando no se tié mala entraña. Pa llegar á lo que ha llegao, á tramar la muerte de un hombre, para estorbar y que mi hija se casara y saliera de aquí, de su lao, ya tié que haber más que un mal pensamiento, ya tié que estarse pensando siempre lo mismo, al acecho siempre como un criminal, con la maldad del mundo. Si yo también quisiera pensar que no hay tanta culpa, y cuanto más lo pienso, más lo veo que no tié disculpa ninguna... Y cuando pienso que mi hija ha estao amenazá á toas horas de una perdición como esa, que el que es capaz de matar á un hombre es capaz de too... Y si eso hubiea sido, tan cierto como me llamo Raimunda que á los dos los mato, á él y á ella, pués creérmelo. A él, por su infamia tan grande; á ella, si no se había dejao matar antes de consentirlo.

ESCENA II

DICHAS y BERNABÉ.

JUL. — Aquí está Bernabé.

RAIMUN. — ¿Vienes tú solo?

BERN. — Yo solo, que en el pueblo toos son á deliberar lo que ha de hacerse, y no he querío tardarme más.

RAIMUN. — Has hecho bien, que es no vivir. ¿Qué dicen unos y otros?

BERN. — Pa volverse uno loco si fuera uno á hacer cuenta.

RAIMUN. — ¿Y vendrán pa llevarse á Norberto?

BERN. — En eso está su padre. Ahora, que el médico dice que no le lleven en carro, que podía empeorarse, que le lleven en unas angarillas, y á más, que debe venir el forense y el juez á tomarle aquí la declaración, no sea caso que cuando llegue allí esté peor, y como ayer no pudo declarar, como estaba sin conocimiento... Si usted no sabe; ca uno es de un parecer y nadie se entiende. Ningún hombre ha salío hoy al campo; toos andan en corrillos, y las mujeres de casa en casa y de

puerta en puerta, que estos días no se habrá comío ni cenao á su hora en casa ninguna...

RAIMUN. — Pero ya sabrán que las heridas de Norberto no son de cuidao.

BERN. — Y cualquiera les concierto. Ayer, cuando supieron y que los hijos del tío Eusebio le habían salio al encuentro yendo con el amo, y le habían herio malamente, too eran llantos por el herio. Y hoy, cuando supieron y que no había sío pa tanto, y que muy pronto estaría curao, los más amigos de Norberto ya dicen y que no había de haber sío tan poca cosa, que ya que le han herio tenía que haber sío algo más, pa que los hijos del tío Eusebio tuvican su castigo, que ahora si se cura tan pronto, too queará en un juicio, y nadie se conforma con tan poco.

JUL. — De modo que mucho quieren á Norberto, pero hubican querio mejor y que los otros lo hubican matao... ¡ serán brutos!

BERN. — Así es. Pues ya les he dicho que den gracias á usted, que dió aviso al amo, y al amo, que se puso de por medio y hasta llegó á echarse la escopeta á la cara, pa estorbarles de que le mataran.

RAIMUN. — ¿ Les has dicho eso ?

BERN. — A too el que se ha llegao á preguntarme. Y lo he dicho, lo uno, porque así es la verdad, y lo otro, porque no quiea usted saber lo que han levantao por el pueblo que aquí había habio.

RAIMUN. — No me digas na. ¿ Y el amo ? ¿ No ha acudío por allí ? ¿ No has sabío dél ?

BERN. — Sé que le han visto esta mañana, con el Rubio y con los cabreros del Encinar, en los Berrocales ; que á la cuenta, ha pasao allí la noche en algún mamparo. Y si valiera mi parecer, no había de andar así, como huido, que no están las cosas para que nadie piense lo que no ha sío. Que el padre de Norberto anda diciendo lo que no debiera. Y esta mañana se ha avistao con el tío Eusebio pa imbuirle de que sus hijos no han tenío razón pa hacer lo que han hecho con su hijo.

RAIMUN. — ¿ Pero es que el tío Eusebio y está en el lugar ?

BERN. — Con sus hijos ha ido, que esta mañana les pusieron presos. Atados codo con codo les trajeron del Encinar, y su padre ha venío tras ellos, á pie too el camino, con el hijo chico de la mano, sin dejar de llorar, que no ha habío quien no haya llorao de verle, hasta los más hombres.

RAIMUN. — ¡ Y aquella madre allí, y aquí yo ! ¡ Si supican los hombres !

ESCENA III

DICHOS y LA ACACIA.

ACACIA. — ¡ Madre !

RAIMUN. — ¿ Qué quiés, hija ?

ACACIA. — Norberto la llama á usted. Se ha despertao y pide agua. Dice que se muere de sed. Yo no me he atrevido á dársela, no fuera caso que no le prestara.

RAIMUN. — Ha dicho el médico que pué beber agua de naranja, toa la que quiera. Allí está una jarra. ¿ Se queja mucho ?

ACACIA. — No, ahora no.

RAIMUN. — (*A Bernabé.*) — ¿ Te has traío lo que dijo el médico ?

BERN. — En las alforjas está todo. Voy á traerlo. (*Vase.*)

ACACIA. — ¿ No oye usted, madre ? Le está á usted llamando.

RAIMUN. — Allá voy, hijo, Norberto.

ESCENA IV

LA JULIANA y LA ACACIA.

ACACIA. — ¿ No ha vuelto ese hombre ?

JUL. — No. Desde que sucedió lo que sucedió, cogió la escopeta y salió como un loco, y el Rubio tras él.

ACACIA. — ¿ No le han puesto preso ?

JUL. — Que sepamos... Antes tendrá que declarar mucha gente.

ACACIA. — Pero ya lo saben tos ¿ verdad ? Tos oyeron á mi madre.

JUL. — De aquí, quitao yo y Bernabé, que no dirá lo que no se quiea que diga, que es un buen hombre y tié mucha ley á esta casa, los demás no han podío darse cuenta. Oyeron que gritaba tu madre, pero tos se han creío que era tocante á Norberto, y á que los hijos del tío Eusebio venían á martarle. Aquí, si la justicia nos pregunta, naide diremos otra cosa que lo que tu madre nos diga que hayamos de decir.

ACACIA. — ¿ Pero es que mi madre os va á decir que os calléis ? ¿ Es que ella no va á decirlo to ?

JUL. — ¿ Pero es que tú te alegrarías ? ¿ Es que no miras la vergüenza que va á caer sobre esta casa, y pa ti muy principalmente, que ca uno pensará lo que quiera, y habrá y quien no puea creer que tú has sío consentiora, y habrá quien no lo crea así, y la honra de

una mujer no es pa andar en boca de unos y de otros, que na va ganando con ello ?

ACACIA. — ¡ Mi honra ! Pa mí soy bien honrá. Pa los demás, allá ca uno. Yo ya no he de casarme. Si me alegro de lo que ha sucedido, es por no haberme casao. ¡ Si me casaba, sólo era por desesperarle !

JUL. — Acacia, no quieo oírte, que eso es estar endemoniá.

ACACIA. — Y lo estoy y lo he estao siempre, de tanto como le tengo aborrecío.

JUL. — ¿ Y quién te dice que ése no ha sío too el mal, que no has tenío razón pa aborrecerle ? Y mía que nadie como yo le hizo los cargos á tu madre, cuando determinó de volverse á casar. Pero yo le he visto cuando eras bien chica, y tú no podías darte cuenta lo que ese hombre se tié desesperao contigo.

ACACIA. — Más me tengo yo desesperá de ver cómo le quería mi madre, que andaba siempre colgá de su cuello, y yo les estorbaba siempre.

JUL. — No digas eso ; pa tu madre has sío tú siempre lo primero en el mundo. Y pa él también lo hubieas sío.

ACACIA. — No, pa él sí lo he sido, pa él sí lo soy.

JUL. — Pero no como dices, que parece que te alegras. Como tenía que haber sío, que no te hubiera él querido tan mal, si tú le hubieras querido bien.

ACACIA. — Pero ¿ cómo había de quererle, si él ha hecho que yo no quiera á mi madre ?

JUL. — ¿ Mujer, qué dices ? ¿ Que no quiés á tu madre ?

ACACIA. — No, no la quiero como tenía que haberla querido, si ése no hubiea entrao nunca en esta casa. Si me acuerdo de una vez, era yo muy chica y no he podío olvidarlo, que toa una noche tuve un cuchillo guardao ebajo la almohada, y toa la noche me estuve sin dormir, pensando na más que en ir y clavárselo.

JUL. — ¡ Jesús, muchacha ! ¿ Qué estás diciendo ? ¿ Y hubieas tenío valor ? ¿ Y hubieas ido y le hubieas matao ? ¡ Jesús ! ¡ Virgen ! Calla esa boca. Tú estás dejá de la mano de Dios. ¿ Y quiés que te diga lo que pienso ? que no has tenío tú poca culpa de todo.

ACACIA. — ¿ Que yo he tenío culpa ?

JUL. — Tú, sí, tú. Y más te digo. Que si le hubieas odiado como dices, le hubieas odiado sólo á él. ¡ Ay, si tu madre supiera !

ACACIA. — ¿ Si supiera qué ?

JUL. — Que toa esa envidia no era de él, era de ella. Que cualquiera diría que, sin tú darte cuenta, le estabas queriendo.

ACACIA. — ¿ Qué dices ?

JUL. — Por odio na más, no se odia de ese modo. Pa odiar así, tié que haber un querer muy grande.

ACACIA. — ¿ Que yo he querio nunca á ese hombre ? ¿ Tú sabes lo que estás diciendo ?

JUL. — Si yo no digo na.

ACACIA. — No, y serás capaz de ir y decirselo lo mismo á mi madre.

JUL. — ¿ Te da miedo, verdad ? ¿ Lo ves como eres tú quien lo está diciendo too ? Pero está descuidá. ¡ Qué voy yo á decirle ! ¡ Bastante tié la pobre ! ¡ Dios nos valga !

ESCENA V

DICHAS y BERNABÉ.

BERN. — Aquí está el amo.

JUL. — ¿ Le has visto tú ?

BERN. — Sí, viene como rendido.

ACACIA. — Vamos de aquí nosotras.

JUL. — Sí, vamos, y no digas naa, que no sepa tu madre que te has podío encontrar con él. (*Salen las mujeres.*)

ESCENA VI

BERNABÉ, ESTEBAN y EL RUBIO, con escopetas.

BERN. — ¿ Manda usted algo ?

EST. — Nada, Bernabé.

BERN. — ¿ Quié usted que le diga al ama ?

EST. — No le digas na. Ya me verán.

RUBIO. — ¿ Cómo está el herio ?

BERN. — Va mejorcito. Allá voy con too esto de la botica, si no manda usted otra cosa. (*Vase.*)

ESCENA VII

ESTEBAN y EL RUBIO.

EST. — Ya me tiés aquí. Tú dirás ahora.

RUBIO. — ¿ Qué voy yo á decirle á usted ? Que aquí es ande tié usted que estar. Que está usted en su casa y aquí pué usted hacerse fuerte ; que eso de andar huíos y no dar la cara, no es más que declararse y perdersos...

EST. — Ya me tiés aquí, te digo; ya me has traído, como querías... Y ahora, tú dirás, cuando venga esa mujer y vuelva á acusarme, y les llame á toos, y venga la justicia y el tío Eusebio con ellos... Tú dirás...

RUBIO. — Si hubica usted dejao que los del tío Eusebio se las hubiesen entendío solos con el que está ahí... naa más que herío, ya estaría too acabao... Pero ahora hablará ése, hablará su padre dél, hablarán las mujeres... Y ésas son las que no tién que hablar. Lo de Faustino naide puede probárnoslo. Usted iba junto con su padre, á mí nadie pudo verme; tengo buenas piernas, y me habían visto casi á la misma hora á dos leguas de allí. Yo adelanté el reló en la casa ande estaba, y al despedirme traje la conversación, pa que reparasen bien la hora que era.

EST. — Bueno estaría too eso, si después no hubieras sío tú el que ha idodescubriéndose y pregonándolo.

RUBIO. — Tié usted razón, y aquel día debió usted haberme matao; pero es que aquel día es la primera vez que he tenío miedo. Yo no esperaba que salica libre Norberto. Usted no quiso hacer caso é mí, cuando yo le ecía á usted: Hay que apretar con la Justicia, que declare la Acacia, y diga que Norberto le tenía jurao de matar á Faustino... ¿Va usted á decirme que no podía usted obligarla á que hubica declarao?... y como ella, ya hubiéamos tenío otros que hubican declarao de haberle entendío decir lo mismo... Y otra cosa hubica sío; veríamos si la Justicia le había soltao así como así... Pues como iba diciendo, que no es que quica negar lo malo que hice aquel día, como vi libre á Norberto y pensé que la Justicia y el tío Eusebio que había de apretar con ella, y toos habían de echarse á buscar por otra parte, como digo, por primera vez me entró miedo y quise atolondrarme y bebi, que no tengo costumbre, y me fuí de la lengua, que ya digo, aquel día me hubica usted matao, y razón tenía usted de sobra... Por más de que el run run andaba ya por el pueblo, y eso fué lo que me acobardó, principalmente en oír la copla, que too el mal está de esa parte, créamelo usted, de que Norberto y su padre, por lo que había pasao entre usted y Norberto, ya tenían sus sospechas de que usted andaba tras la Acacia... Y esa es la voz que hay que callar, sea como sea, que eso es lo que può perdernos, que el delito por la causa se saca; por lo demás... que no supiecan por qué había muerto, y á ver de ande iban á saber quién lo había matao.

EST. — Eso me digo yo ahora... ¿Por qué ha muerto nadie? ¿Por qué ha matao nadie?

RUBIO. — Eso, usted lo sabrá. Pero cuando se confiaba usted de mí, cuando me decía usted un día y otro: Si esa mujer es pa otro hombre, no miraré naa. Y cuando me decía usted: Va á casarse, y esta vez no pueo espantar al que se la lleva; se casa, se la llevan de aquí, y ca vez que lo pienso... ¿No se acuerda usted cuántas mañanas, apenas si había amanecío, venía usted á despertarme? Anda, Rubio, levántate, que no he podío pegar los ojos en toa la noche; vámonos al campo, quico andar, quico cansarme... Y ca uno con nuestra escopeta, cogíamos y nos íbamos por ahí aelante, los dos mano á mano, sin hablar palabra, horas y horas... Allá, cuando caíamos en la cuenta, pa que no dijessen los que nos vían que salíamos de caza y no cazábamos, tirábamos unos tiros al aire, pa espantar la caza, que decía yo, pa espantar pensamientos, que decía usted; y al cabo de andar y andar nos dejábamos caer, y tumbaos sobre algún ribazo, usted siempre callao, hasta que al cabo soltaba usted como un bramío, como si se quitara usted un peso muy grande de encima; y me echaba usted un brazo por el cuello, y se soltaba usted á hablar y á hablar, que usted mismo, si hubica usted querío recordarse, no hubica usted sabío decir lo que había hablao; pero to ello venía á parar en lo mismo: Que estoy loco, que no pueo vivir así, que no sé lo que me pasa, que esto es un castigo, que esto es un infierno... Y vuelta á barajar las mismas palabras, pero con tanto barajar siempre pintaba la misma: la de la muerte... Y pintó tanto, que un día... el cómo se acordó, ya usted lo sabe, pa qué voy á decirlo.

EST. — ¿No quiés callar?

RUBIO. — Cuidao, señor amo, cuidao con ponerme la mano encima. Y no vaya usted á creerse que antes, cuando veníamos, no le he visto á usted la intención, que más de cuatro veces se ha quedao usted como rezagao, y ha querío usted echarse la escopeta á la cara. Pa eso no hay razón, señor amo, no hay razón. Nosotros tenemos ya siempre que estar muy uníos... Yo bien sé que usted está ya pesaroso de too, y que si pudica usted no quisica usted verme más en su vida... Si con eso se quedaba usted ya en paz, ya me había quitao de elante. Lo que ha de saber usted, es que á mí no me ha llevao interés ninguno; lo que usted me haiga dao, por su voluntad ha sío. A mí me sobra too; yo no bebo, ni fumo, toos mis gustos no han sío siempre más que andar por esos campos á mi albe-

drio; lo único que me ha gustao siempre, eso sí, es tener yo mando... Yo quisica que usted y yo fuéramos como dos hermanos mismamente; yo hice lo que he hecho, porque usted hizo confianza de mí, como può usted hacerla siempre, sépalo usted. Cuando los dos nos viéramos perdidos, me perdería yo solo, que ya tengo pensao lo que he é decir. De usted, ni palabra, antes me hacen peazos; por mí, ni la tierra sabrá nunca naa. Diré que he sío yo solo, yo solo por... lo que fuera, que á nadie le importa... Yo no sé lo que podrá salirme: diez años, quince. Usted tié poder pa que no sean muchos; luego, con empeños, vienen los indultos; más han hecho otros, y con cuatro ó cinco años han cumpliío. Lo que yo quico, es que usted no se olvide de mí, y cuando vuelva, que yo sea pa usted, ya lo he dicho, como un hermano, que no hay hombre sin hombre, y uníos los dos, podremos lo que queramos. Yo no quico naa más que tener mando, eso sí, mucho mando, pero pa usted, usted me manda siempre... ¡El ama! (Viendo llegar á Raimunda.)



EL RUBIO. — Cuidao, señor amo, cuidao con ponerme la mano encima.

RAIMUN. — A lo que he llegado en mi casa. ¿A mí, qué tiés tú que decirme?

RUBIO. — Usted verá. Más tarde ó más temprano, nos ha de llamar á toos la Justicia. En bien de toos, bueno será que estemos toos acordes. Usted dirá si, por habladurías de unos y otros, puede consentirse de echar un hombre á presidio.

RAIMUN. — No iría uno solo. ¿Piensas tú que ibas á escapar?

RUBIO. — No he querío decir lo que usted se piensa. Iría uno solo, pero ese no sería ningún otro más que yo.

RAIMUN. — ¿Qué dices?

RUBIO. — Pero tampoco es razón que yo me calle, pa que los demás hablen. Usted verá. A más de que las cosas no han sío como usted se piensa. Todas esas habladurías que andan por el pueblo, han sío cosa de Norberto y de su padre. Y esa copla tan indecente que á usted le ha soliviantao, haciéndole creer lo que no ha sío...

RAIMUN. — ¡Ah, ¡os habéis concertao en too este tiempo! Yo no tengo

que creerme de naa. Ni de coplas, ni de habladurías. Me creo de lo que es la verdad de lo que yo sé. También lo sé, que casi no han tenío que decirme. Lo he adivinao yo, lo he visto yo. Pero ni siquiera... Tú no ¡cómo vas á tener tú esa nobleza! Pero él sería más noble que me lo confesara á mí todo. Si bien può saber que yo no he de ir á delatar á nadie. No por vosotros, por esta casa que es la de mis padres, por mi hija, por mí. ¡Pero qué vale que yo no lo diga si lo dicen toos, si hasta las piedras lo cantan y lo pregonan por too el contorno!

RUBIO. — Deje usted que pregonen, usted es la que tié que callar.

RAIMUN. — Porque tú lo quieres. Pues mira que sólo de decirte lo á ti, ya me entran ganas de gritarlo ande más puedan escuchar-me.

RUBIO. — No se ponga usted así, que no hay razón para ello.

ESCENA VIII

DICHOS y RAIMUNDA.

Raimunda sale con una jarra; al ver á Esteban y al Rubio, se detiene asustada. Después de titubear un momento, llena la jarra en un cántaro.

RUBIO. — Con licencia, señora ama.

RAIMUN. — Quita, quitateme de delante. No te me acerques. ¿Qué haces tú aquí? No quiero verte.

RUBIO. — Pues tiene usted que verme y oirme.

RAIMUN. — No hay razón, y habéis dao muerte á un hombre. Y ahí tenéis á otro que han podío matar por causa vuestra.

RUBIO. — Y ha sido lo menos malo que ha podido suceder.

RAIMUN. — Calla, calla; asesino, cobarde.

RUBIO. — A usted le dicen, señor amo.

EST. — ¡Rubio!

RUBIO. — ¿Qué?

RAIMUN. — Así tiés que bajar la cabeza delante de este hombre. ¡Qué más castigo! ¡Qué más caena que andar atao con él pa toa la vida! Ya tié amo esta casa. ¡Gracias á Dios! ¡Pué que mire más por su honra de lo que has mirao tú!

EST. — ¡Raimunda!

RAIMUN. — ¿Qué? también digo yo. ¡Pué que conmigo si te atrevas!

EST. — Tiés razón, tiés razón, que no he sío hombre pa meterme una onza de plomo en la cabeza, y acabar de una vez.

RUBIO. — ¡Señor amo!

EST. — ¡Quita, quita! ¡Vete de aquí, vete! ¿Cómo quiés que te lo pida? ¿De rodillas quiés que te lo pida?

RAIMUN. — ¡Ah!

RUBIO. — No, señor amo. Conmigo no tié usted que ponerse así. Ya me voy. (*A Raimunda.*) Si no hubiea sío por mí, no habría muerto un hombre, pero quizá que se hubiea perdió su hija. Ahora, ahí le tié usted, acobardao, como una criatura. Ya se ha pasao too, fué una ventolera, un golpe de sangre. ¡Ya está curao! Y pué que yo haiga sío el médico. ¡Eso tié usted que agradecerme, pa que usted lo sepa!

ESCENA IX

RAIMUNDA y ESTEBAN.

EST. — No llores más, no quieo verte llorar. No valgo yo esos llantos. Yo no hubiea vuelto aquí nunca, me hubiea dejao morir entre esas breñas, si antes no me cazaban como á un loco, que yo no había de defenderme. Pero no quiero tampoco que tú me digas nada. Too lo que puedas decirme, me lo he dicho yo antes. Más veces que tú pueas decírmelo, me he dicho yo criminal y asesino. Déjame, déjame, ya no soy de esta casa. Déjame, que aquí aguardo á la Justicia; y no voy yo á buscarla y á entregarme á ella, porque no pueo más, porque no podría tirar de mí pa llevarme. Pero si no quie-

res tenerme aquí, me saldré en medio del camino pa dejarme caer en mitá de una de esas herrenes como si hubiea tirao una carroña fuera.

RAIMUN. — ¡Entregarte á la Justicia, pa arruinar esta casa, pa que la honra de mi hija anduviea en dichos de unos y otros! Pa ti no tenía que haber habio más justicia que yo. En mí sólo que hubieas pensao. ¿Crees que voy á creerme ahora de esos llantos porque no te haya visto nunca llorar? El día que se te puso ese mal pensamiento, tenías que haber llorao hasta secársete los ojos, pa no haberlos puesto y ande menos debías. Si lloras tú ¿qué tenía que hacer yo entonces? Y aquí me tiés, que quien me viera, no podría creerse de too lo que á mí me ha pasao, y no sé yo qué más podía pasarme, y no quieo recordarme de naa, no quieo pensar otra cosa, que en ver de esconder de toos la vergüenza que ha caío sobre toos nosotros. Estorbar que de esta casa puea decirse y que ha salio un hombre pa ir á un presidio, y que ese hombre sea el que yo traje, pa que fuea como otro padre pa mi hija. A esta casa, que ha sío la de mis padres y mis hermanos, ande toos ellos han vivio con la honra del mundo, ande los hombres que han salio de ella pa servir al Rey, ó pa casarse, ó pa trabajar otras tierras, cuando han vuelto con tanta honra como habían salio. No llores, no escondas la cara, que tiés que levantarla como yo cuando vengán á preguntarnos á todos. Que no se vea el humo, aunque se arda la casa. Limpiate esos ojos; sangre tenían que haber llorao. ¡Bebe una poca de agua! ¡Veneno había de ser! ¡No bebas tan aprisa, que estás too sudao! ¡Mira como vienes, arañao de las zarzas. ¡Cuchillos habían de haber sío! ¡Trae aquí que te lave, que da miedo de verte!

EST. — ¡Raimunda, mujer! ¡Ten lástima de mí! ¡Si tú supieras! Yo no quiero que tú me digas naa. Pero yo sí quiero decírtelo too. Confésarme á ti, como me confesaría á la hora de mi muerte. ¡Si tú supieras lo que yo tengo pasao entre mí en too este tiempo! ¡Como si hubiea estao porfiando día y noche con algún otro que hubiea tenio más fuerza que yo, y se hubiea empeñado en llevarme ande yo no quería ir!

RAIMUN. — ¿Pero cómo te acudió ese mal pensamiento, y en qué hora maldecía?

EST. — Si no sabré decírtelo. Fué como un mal que le entra á uno de pronto. Toos pensamos alguna vez algo malo, pero se va el mal pensamiento, y no vuelve uno á pensar más en ello. Siendo yo muy chico, un día que mi padre me riñó y me pegó malamente,

con la rabia que yo tenía, me recuerdo de haber pensao así en un pronto: «¡Mía si se muriese!» Pero fué na más que pensarlo, y en seguía de haberlo pensao, entrarme una angustia muy grande y mucho miedo de que Dios me le llevara. Y ende aquel día me apliqué más á respetarle. Y cuando murió, años después, que ya era yo muy hombre, tanto como su muerte tengo llorao por aquel mal pensamiento, y así me creía yo que sería de este modo. Pero éste no se iba. Más fijo estaba, cuanto más quería espantarlo. Y tú lo has visto, que no podrás decir que yo haiga dejao de quererte, que te he querido más cada día. No podrás decir que yo haiga mirao nunca á ninguna otra mujer con mala intención. Y á ella no hubiea querido mirarla nunca. Pero sólo de sentirla andar cerca de mí se me ardía la sangre. Cuando nos sentábamos á comer no quería mirarla, y ande quiea que volvía los ojos la estaba viendo elante de mí siempre. Y las noches, cuando más te tenía junto á mí, en medio del silencio de la casa, yo no sentía más que á ella, la sentía dormir como si estuviea respirando á mi oído. Y tengo llorao de coraje. Y le tengo pedio á Dios. Y me tengo dao de golpes. Y me hubiea matao, y la hubiea matao á ella. Si yo no sabré decir cómo ha sío. Las pocas veces que no he podío por menos de encontrarme á solas con ella, he tenio que escapar como un loco. Y no sabría decir lo que hubiea sío de no escapar, si la hubiea dao de besos, ó la hubiea dao de puñaladas.

RAIMUN. — ¡Es que sin tú saberlo has estao como loco, y alguien tenía que morir de esa locura! Si antes se hubiea casao, si tú no hubieas estorbao que se casase con Norberto...

EST. — Si no era el casarse, era el salir de aquí. Era que yo no podía vivir sin sentirla junto á mí un día y otro. Que too aquel aborrecimiento suyo y aquel no mirarme á la cara, y aquel desprecio de mí que ha hecho siempre, too eso que tanto había de dolerme, lo necesitaba yo pa vivir como algo mío. ¡Ya lo sabes too! Y casi pué decirse que ahora es cuando yo me hé dao cuenta. Que hasta ahora que me he confesado á ti, too me parecía que no había sío. ¡Pero así ha sío, ha sío pa no perdonármelo nunca, aunque tú quisieas perdonarme!

RAIMUN. — No está ya el mal en que yo te perdona ó deje de perdonarte. A lo primero de saberlo, sí, no había castigo que me pareciera bastante pa ti. Ahora ya no sé. Si yo creyera que eras tan malo pa haber tú querido hacer tanto mal como has hecho. Pero si has sío siempre tan bueno, si lo he

visto yo, un día y otro, pa mí, pa esa hija misma, cuando viniste á esta casa y era ella una criatura, pa los criaos, pa toos los que á ti se llegaban, y tan trabajador y tan de tu casa. Y no se pué ser bueno tanto tiempo, pa ser tan criminal en un día. Too esto ha sío ¡qué sé yo! miedo me da pensarlo. Mi madre, en gloria esté, nos lo decía muchas veces, y nos reíamos con ella, sin querer creernos de lo que nos decía. Pero ello es que á muchos les tié pronosticao cosas, que después les ha sucedio. Que los muertos no se van de con nosotros, cuando paecen que se van pa siempre al llevarlos pa enterrar en el Camposanto, que andan día y noche alrededor de los que han querido y de los que han odiao en vida. Y sin nosotros verlos, hablan con nosotros. ¡Que de ahí proviene que muchas veces pensamos lo que no hubiéamos creido de haber pensao nunca!

EST. — ¿Y tú crees?

RAIMUN. — Que too esto ha sío pa castigarnos, que el padre de mi hija no me ha perdonao que yo hubiea dao otro padre á su hija. Que hay cosas que no puén explicarse en este mundo. Que un hombre bueno como tú, puea dejar de serlo. Porque tú has sío muy bueno.

EST. — Lo he sío siempre, lo he sío siempre; y de oírtelo decir á ti ¡qué consuelo y qué alegría tan grande!

RAIMUN. — Calla, escucha. Me parece que ha entrao gente de la otra parte de la casa. A la cuenta será el padre de Norberto y los que vienen con él pa llevárselo. No deben haber venio los de justicia, que hubiean entrao de esta parte. Voy á ver. Tú anda allá dentro, á lavarte y mudarte de camisa, que no te vean así, que paeces...

EST. — No te pares en decírtelo. Un malhechor ¿verdad?

RAIMUN. — No, no, Esteban. Pa qué atormentarnos más. Ahora, lo que importa es acallar á toos los que hablan. Después, ya pensaremos. Mandaré á la Acacia unos días con las monjas del Encinar, que la quieren mucho, y siempre están preguntando por ella. Y después escribiré á mi cuñada Eugenia, la de Adrada, que siempre ha querido mucho á mi hija, y se la mandaré con ella. Y ¡quién sabe! Allí pué casarse, que hay mozos de muy buenas familias y bien acomodás, y ella es el mejor partío de por aquí y pué volver casada, y luego tendrá hijos que nos llamarán abuelos, y ya iremos pa viejos, y entoavía pué haber alegría en esta casa. Si no fuea...

EST. — ¿Qué?

RAIMUN. — Si no fuea...

EST. — Sí. El muerto.

RAIMUN. — Ese, que estará ya aquí siempre, entre nosotros.

EST. — Tiés razón. ¡ Pa siempre! Too pué borrarse, menos eso. *(Sale.)*

ESCENA X

RAIMUNDA y LA ACACIA.

RAIMUN. — ¡ Acacia! ¿ Estabas ahí, hija?

ACACIA. — Ya lo ve usted. Aquí estaba. Ahí está el padre de Norberto, con sus criaos.

RAIMUN. — ¿ Qué dice?

ACACIA. — Paece más conforme. Como le ha visto tan mejorao. Esperan al forense, que ha de venir á reconocerle. Ha ido al Sotillo á otra diligencia, y luego vendrá.

RAIMUN. — Pues vamos allá nosotras.

ACACIA. — Es que antes quisiea yo hablar con usted, madre.

RAIMUN. — ¿ Hablar tú? ¡ Ya me tiés asustá! ¡ Que hablas tan pocas veces! ¿ Asunto de qué?

ACACIA. — De que he entendio de lo que tié usted determinao de hacer conmigo.

RAIMUN. — ¿ Andabas á la escucha?

ACACIA. — Nunca he tenio esa costumbre. Pero ponga usted que hoy he andao. Es que me importaba lo que había usted de tratar con ese hombre. Quié decirse, que en esta casa la que estorba soy yo. Que los que no tenemos culpa ninguna, hemos de pagar por los que tién tanta. Y too pa quedarse usted tan ricamente con su marío. A él se lo perdona usted too, pero á mí, á mí se me echa de esta casa, naa más que pa quearse ustedes muy descansaos.

RAIMUN. — ¿ Qué estás diciendo? ¿ Quién pué echarte á ti de esta casa? ¿ Quién ha tratao semejante cosa?

ACACIA. — Usted sabrá lo que ha dicho. Que me llevará usted al convento del Encinar, y pué que quisiea usted encerrarme allí pa toa mi vida.

RAIMUN. — No sé cómo pueas decir eso. ¿ Pues no has sío tú muchas veces la que me tiés dicho que te gustaría pasar allí algunos días con las monjas? ¿ Y no he sío yo la que nunca te ha consentio, por miedo no quisieas quedarte allí? Y con la tía Eugenia ¿ cuántas veces no me has pedio tú misma de de-

jarte ir con ella? Y ahora que se dispone en bien de too, en bien de esta casa, que es tuya y na más que tuya, y á todos importa poder salir de ella con la frente muy alta... ¿ qué quisieas tú, que yo delatase al que has debio tú mirar como á un padre?

ACACIA. — ¿ Si querrá usted decir, como la Juliana, que yo he tenio la culpa de todo?

RAIMUN. — No digo naa. Lo que yo sé, es que él no ha podio mirarte como hija, porque tú no lo has sío nunca pa él.

ACACIA. — ¿ Si habré sío yo la que se habrá ido á poner delante é sus ojos? ¿ Si habré sío yo la que habrá hecho matar á Faustino?

RAIMUN. — ¡ Calla, hija, calla! ¡ Si te entienden de allí!

ACACIA. — Pues no se saldrá usted con la suya. Si usted quié salvar á ese hombre, y callar too lo que aquí ha pasao, yo lo diré too á la Justicia y á toos. Yo no tengo que mirar más que por mi honra. No por la de quien no la tiene, ni la ha tenio nunca, porque es un criminal.

RAIMUN. — ¡ Calla, hija, calla! ¡ Frio me da de oírte! ¡ Que tú le odies, cuando yo casi le he perdonao!

ACACIA. — Sí, le odio, le he odiao siempre, y él también lo sabe. Y si no quiere verse delatao por mí, ya pué venir y matarme. ¡ Si eso quisiea yo, que me matase! ¡ Sí, que me mate, pa ver si de una vez dejaba usted de quererle!

RAIMUN. — ¡ Calla, hija, calla!

ESCENA XI

DICHAS y ESTEBAN.

RAIMUN. — ¡ Esteban!

EST. — ¡ Tié razón, tié razón! ¡ No es ella la que tié que salir de esta casa! Pero yo no quieo que sea ella quien me entregue á la Justicia. Me entregaré yo mismo. ¡ Descuida! Y antes de que puean entrar aquí, les saldré yo al encuentro. ¡ Déjame tú, Raimunda! Te queda tu hija. Ya sé que tú me hubieas perdonao. ¡ Ella no! ¡ Ella me ha aborrecio siempre, Raimunda!

RAIMUN. — No, Esteban. Esteban de mi alma.

EST. — Déjame, déjame, ó llamo al padre de Norberto, y se lo confieso too aquí mismo.



RAIMUN. — Hija, ya lo ves. Y ha sío por ti. ¡ Esteban! ¡ Esteban!

ACACIA. — ¡ No le deje usted salir, madre!

RAIMUN. — ¡ Ah!

EST. — ¿ Quiés ser tú quien me delate? ¿ Por qué me has odiao tanto? ¡ Si yo te hubiea oído tan siquiera una vez llamarme padre! ¡ Si tú pudieas saber cómo te he querido yo siempre!

ACACIA. — ¡ Madre, madre!

EST. — Malquerida habrás sío sin yo quererlo. Pero antes ¡ cómo te había yo querido!

RAIMUN. — ¿ No le llamarás nunca padre, hija?

ACACIA. — ¡ Esteban! ¡ Dios mío! ¡ Esteban!

EST. — No me perdonará nunca.

RAIMUN. — Sí, hija, abrázale. Que te oiga llamarle padre. ¡ Y hasta los muertos han de perdonarnos, y han de alegrarse con nosotros!

EST. — ¡ Hija!

ACACIA. — ¡ Esteban! ¡ Dios mío, Esteban!

EST. — ¡ Ah!

RAIMUN. — ¿ Aún no le dices padre? ¡ Qué! ¿ Ha perdido el sentio? ¡ Ah! ¿ Boca con boca, y tú abrazao con ella? ¡ Quita, que ahora veo por qué no querias llamarle padre! ¡ Que ahora veo que has sío tú quien ha tenio la culpa de too, maldecia!

ACACIA. — Sí, sí. ¡ Máteme usted! Es verdad, es la verdad. ¡ Ha sío el único hombre á quien he querido!

EST. — ¡ Ah!

RAIMUN. — ¿ Qué dice, qué dice? ¡ Te mato! ¡ Maldecia!

EST. — ¡ No te acerques!

ACACIA. — ¡ Defiéndame usted!

EST. — ¡ No te acerques, te digo!

RAIMUN. — ¡ Ah! ¡ Así! ¡ Ya estáis descubiertos! ¡ Más vale así! ¡ Ya no podrá pesar sobre mí una muerte! ¡ Que vengan toos! ¡ Aquí, acudir toa la gente! ¡ Prender al asesino! ¡ Y á esa mala mujer, que no es hija mía!

ACACIA. — ¡ Huya usted, huya usted!

EST. — ¡ Contigo! ¡ Junto á ti siempre! ¡ Hasta el infierno! ¡ Si he de condenarme por haberte querido! ¡ Vamos los dos! ¡ Que nos den caza si puén entre esos riscos! ¡ Pa quererte y pa guardarte, seré como las fie-



RAIMUNDA. — ... ¡ Y á esa mala mujer, que no es hija mía!



RAIMUNDA. — ... ¡ Bendita esta sangre que salva, como la sangre de Nuestro Señor!

ras, que no conocen padres ni hermanos!

RAIMUN. — ¡ Aquí, aquí ! ¡ Ahí está el asesino ! ¡ Prenderle ! ¡ El asesino ! (Han llegado por diferentes puertas, el Rubio, Bernabé y la Juliana, y gente del pueblo).

EST. — ¡ Abrir paso, que no miraré naa !

RAIMUN. — ¡ No saldrás ! ¡ Al asesino !

EST. — ¡ Abrir paso, digo !

RAIMUN. — ¡ Cuando me haigas matao !

EST. — ¡ Pues así ! (Dispara la escopeta, y hiere á Raimunda.)

RAIMUN. — ¡ Ah !

JUL. — ¡ Jesús ! ¡ Raimunda ! ¡ Hija !

RUBIO. — ¿ Qué ha hecho usted, qué ha hecho usted ?

UNO. — ¡ Matarle !

EST. — ¡ Matarme si queréis, no me defiendo !

OTRO. — ¡ No ; entregarle vivo á la Justicia !

JUL. — ¡ Ese hombre ha sido, ese mal

hombre ! ¡ Raimunda ! ¡ La ha matao ! ¡ Raimunda ! ¿ No me oyes ?

RAIMUN. — ¡ Sí, Juliana, sí ! No quisiera morir sin confesión ! ¡ Y me muero ! ¡ Mia cuánta sangre ! ¡ Pero no importa ! ¡ Ha sido por mi hija ! ¡ Hi hija !

JUL. — ¡ Acacia ! ¿ Ande estás ?

ACACIA. — ¡ Madre, madre !

RAIMUN. — ¡ Ah ! ¡ Menos mal, que creí que aún fué por él por quien llorases !

ACACIA. — ¡ No, madre, no ! ¡ Usted es mi madre ! ¡ Mi madre de mi vida !

JUL. — ¡ Se muere, se muere ! ¡ Raimunda, hija !

ACACIA. — ¡ Madre, madre mía !

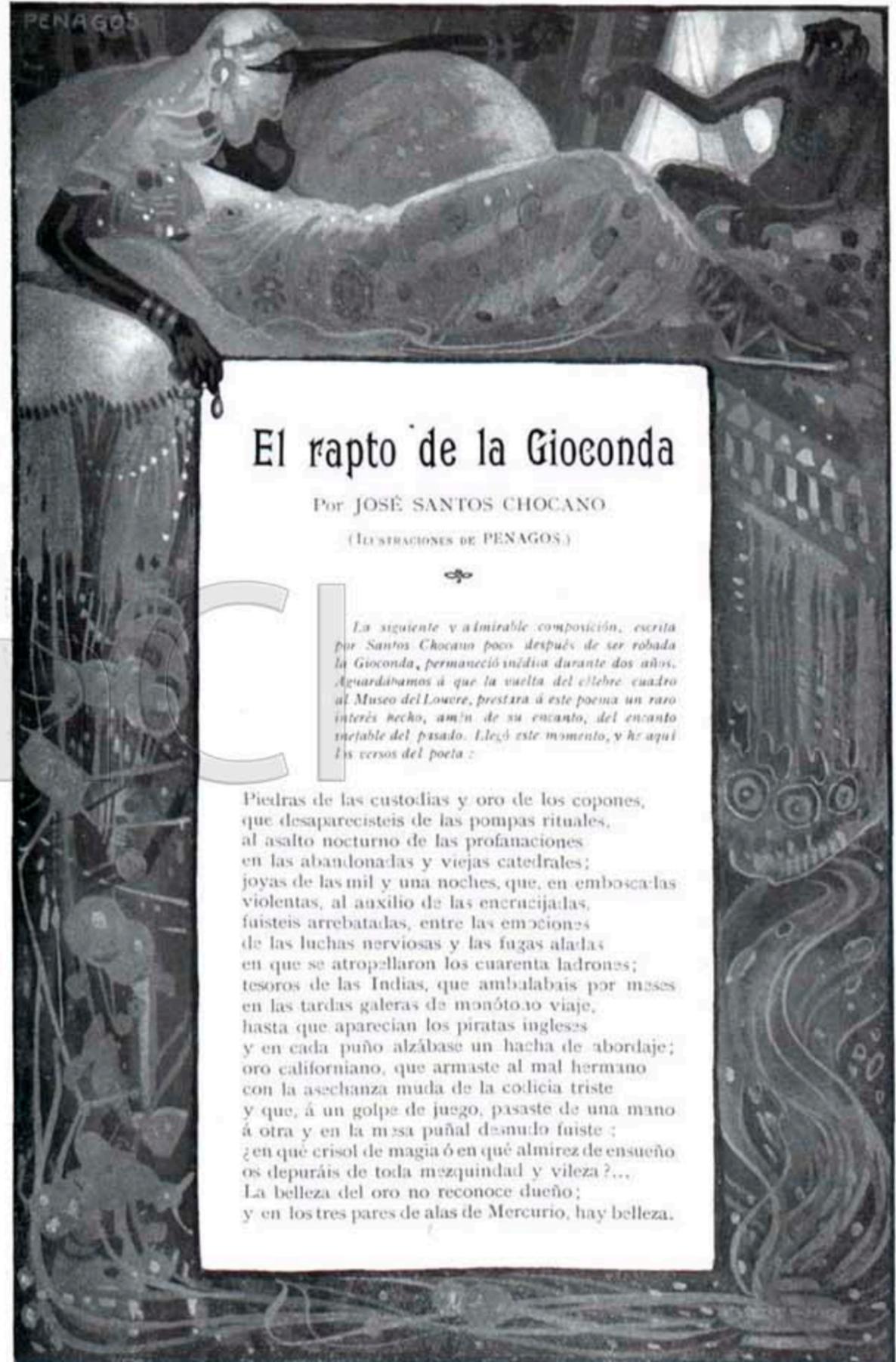
RAIMUN. — ¡ Ese hombre ya no podrá nada contra ti ! ¡ Estás salva ! ¡ Con mi sangre inocente te salvo ! ¡ Bendita esta sangre que salva, como la sangre de Nuestro Señor !

TELÓN.

FIN DEL DRAMA.



Alegoría de « LA MALQUERIDA », por RICARDO MARÍN.



El rapto de la Gioconda

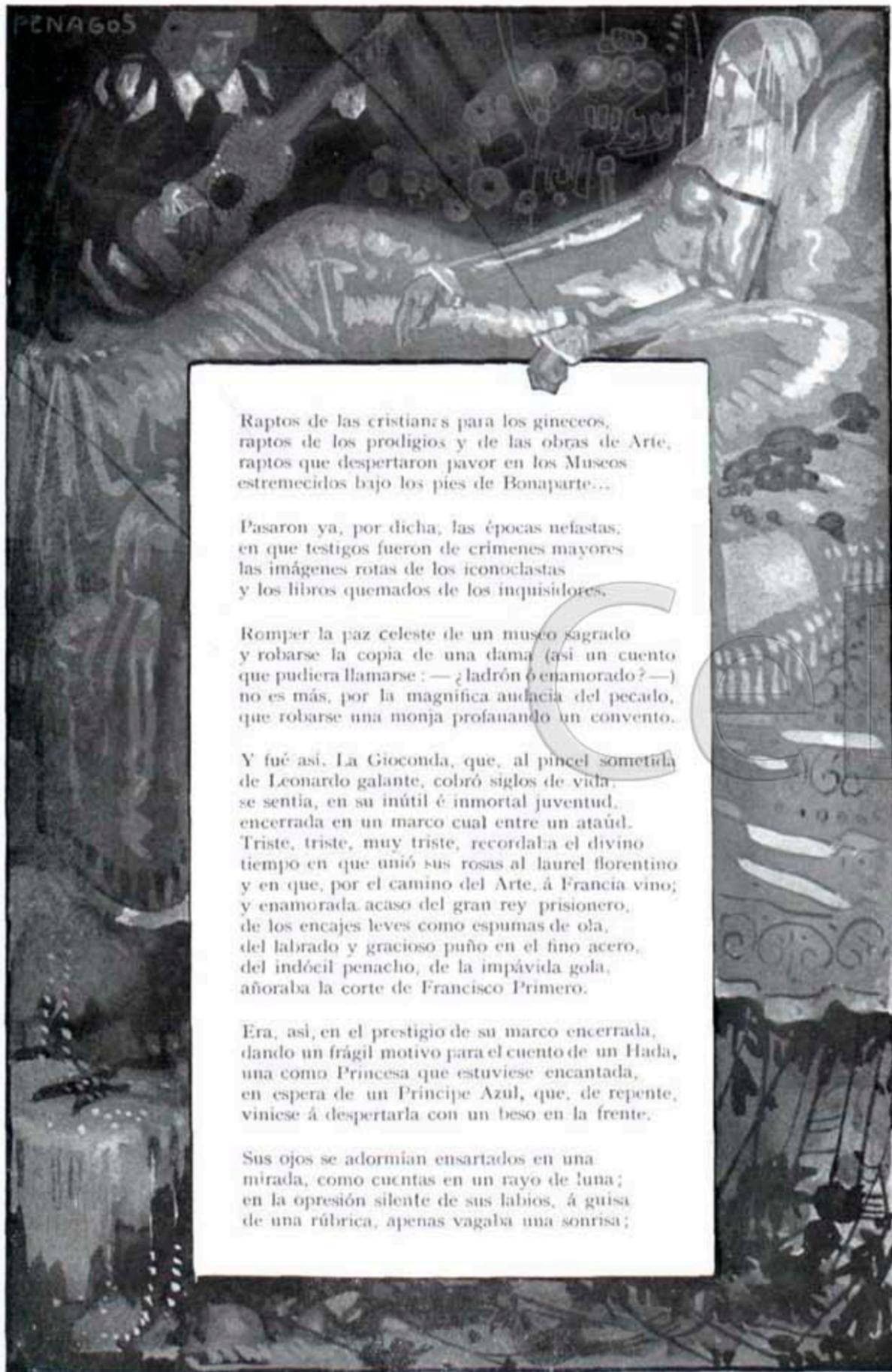
Por JOSÉ SANTOS CHOCANO

(ILUSTRACIONES DE PENAGOS.)



La siguiente y admirable composición, escrita por Santos Chocano poco después de ser robada la Gioconda, permaneció inédita durante dos años. Aguardábamos á que la vuelta del célebre cuadro al Museo del Louvre, prestara á este poema un raro interés hecho, amén de su encanto, del encanto inefable del pasado. Llegó este momento, y he aquí los versos del poeta :

Piedras de las custodias y oro de los copones,
que desaparecisteis de las pompas rituales,
al asalto nocturno de las profanaciones
en las abandonadas y viejas catedrales;
joyas de las mil y una noches, que, en emboscadas
violentas, al auxilio de las encrucijadas,
fuisteis arrebatadas, entre las emociones
de las luchas nerviosas y las fugas aladas
en que se atropellaron los cuarenta ladrones;
tesoros de las Indias, que ambulabais por meses
en las tardas galeras de monótono viaje,
hasta que aparecían los piratas ingleses
y en cada puño alzábese un hacha de abordaje;
oro californiano, que armaste al mal hermano
con la asechancia muda de la codicia triste
y que, á un golpe de juego, pasaste de una mano
á otra y en la mesa puñal desnudo fuiste ;
¿ en qué crisol de magia ó en qué almirez de ensueño
os depuráis de toda mezquindad y vileza ?...
La belleza del oro no reconoce dueño ;
y en los tres pares de alas de Mercurio, hay belleza.



Raptos de las cristianas para los gineceos,
raptos de los prodigios y de las obras de Arte,
raptos que despertaron pavor en los Museos
estremecidos bajo los pies de Bonaparte...

Pasaron ya, por dicha, las épocas nefastas,
en que testigos fueron de crímenes mayores
las imágenes rotas de los iconoclastas
y los libros quemados de los inquisidores.

Romper la paz celeste de un museo sagrado
y robarse la copia de una dama (así un cuento
que pudiera llamarse: — ¿ladrón o enamorado? —)
no es más, por la magnífica audacia del pecado,
que robarse una monja profanando un convento.

Y fué así. La Gioconda, que, al pincel sometida
de Leonardo galante, cobró siglos de vida,
se sentía, en su inútil é inmortal juventud,
encerrada en un marco cual entre un ataúd.
Triste, triste, muy triste, recordaba el divino
tiempo en que unió sus rosas al laurel florentino
y en que, por el camino del Arte, á Francia vino;
y enamorada acaso del gran rey prisionero,
de los encajes leves como espumas de ola,
del labrado y gracioso puño en el fino acero,
del indócil penacho, de la impávida gola,
añoraba la corte de Francisco Primero.

Era, así, en el prestigio de su marco encerrada,
dando un frágil motivo para el cuento de un Hada,
una como Princesa que estuviese encantada,
en espera de un Príncipe Azul, que, de repente,
viniese á despertarla con un beso en la frente.

Sus ojos se adormían ensartados en una
mirada, como cuentas en un rayo de luna;
en la opresión silente de sus labios, á guisa
de una rúbrica, apenas vagaba una sonrisa;



En su rostro ovalado los lirios y las rosas
jugaban en un juego de matices suaves,
y lo ceñía un nimbo como de mariposas;
sus hombros eran hechos para un reposo de aves;
por debajo del busto, se cruzaban sus manos
con un amor de blancas palomas de la umbría...
Y tras ella, en el fondo, soñaban los lejanos
paisajes por entre una dentada serranía.

Llegó un enamorado: la vió día tras día;
la vió con tanto anhelo, la vió de tal manera
que se rompió el encanto de siglos... y la dama
sintió en lirios y rosas hervor de primavera
y se encendió en la fiebre de una lasciva llama.
Sobre el grave reposo del Museo, á la hora
en que por las ventanas, sin romper los cristales,
tras de su voladora cuadriga, entra la aurora,
Monna Lisa se escapa de su marco, se entrega
al raptor dulcemente, y entre brazos mortales
huye como una diosa de la fábula griega.

¿A dónde irá?; Quién sabe! Ya para lo futuro,
sólo quedará el blanco de su sitio en el muro,
á modo que en la escena del marital despecho
sólo se ve de Helena la huella sobre el lecho.

Tal se ha de oír por siglos, en el vasto salón
del Museo, el murmullo, como una delación,
de los tres pares de alas del divino Ladrón.

José Santos Chocano



El Presidente HUERTA, por GARCÍA CABRAL.



Bajo las luces del Sol Naciente

Por RUBEN DARIO.

ERA el país de oro y seda, y en el aire fino como de cristal volaban las cigüeñas, y se esponjaban los crisantemos del biombo. Los cerezos florecían, y entre sus ramas alegres se divisaba un monte azul. Una rana de madera labrada era igual á las ranas del pantano. Sobre la laca negra corría un arroyo dorado. Muñecas de carne, con la cabellera atravesada por alfileres áureos, hacían reverencias, sonrientes, y gestos menudos. En las casas de papel, en la ignorancia feliz del pudor, se bañaban las niñas. Cortesanas ingenuas servían el té en tacitas de Lilibut. En los « kimonos » historiados se envolvían cuerpos casi impúberes é inocentemente venales. Se

hablaba de un viejo llamado Hokusai, que se llamaba á sí mismo « el loco de dibujo ». Floreros raros se llenaban de flores extrañas ante los budhas risueños. Nobles daimios hacían lucir al sol curvos sables de largo puño. Los « netzkes » y las máscaras reproducían facies joviales ó aterrorizadas, caras de brujas ó regordetas caras infantiles. Al amor de una naturaleza como de fantasía, se vivía una vida casi de sueño.

Artistas y artesanos realizaban labores extraordinarias, que llegaban á las naciones lejanas como de imperios de cuento. Se educaba la sonrisa y se inculcaba la afabilidad. Se conservaban con respeto las antiguas y sagradas tradiciones en el dulce ambiente



de una existencia sencilla. Se desconocía el egoísmo, y se practicaba la más perfecta y blanda cortesía. Los preceptos del viejo Confucio ordenaban la severidad y la imparcialidad á jueces ceremoniosos. Había un profundo concepto de la justicia y de la virtud, un aspecto innato de la superioridad jerárquica; y el superior era bondadoso y sumiso, y sagaz el inferior. Bonzos sabios enseñaban la fuerza de las plegarias y la fé en las potencias ocultas. La paciencia y la tenacidad eran virtudes comunes; eran desconocidas, ó raras, la doblez, la inquina, la traición. La poesía se mezclaba á la vida cotidiana. El amable « saké » hacía cantar más tiernamente á las « geishas », y sonar con más cariño el « samisén ». Se tenían para el huésped los más amables



« sayonaras ». Se pasaban horas de miel y caricias, con sutiles amorosas que tenían nombres de piedras ricas,

de pájaros lindos, de flores exquisitas. Gloriosos « samurayes » se vestían como grandes y metálicos insectos. Viejos peregrinos sabían fábulas é historias inauditas. Pintores únicos tomaban detalles de la naturaleza y de la vida, de manera que detenían en un papel de seda el alatazo de una carpa, el salto de un tigre, ó el vuelo de una garza. Campesinos pacientes sembraban el arroz al abrigo de sus agudos sombreros de floja paja. Se tenía el culto precioso de los antepasados, y se sabía por seguro que hay buenos dioses y perversos demonios. Shintoístas ó budhistas, los hombres cumplían con los preceptos de sus reli-



Visiones del Japon antiguo en el Japon moderno. Los viejos juncos.

giones, aceptaban los consejos de sus sacerdotes, y al lado de las divinidades veneraban á los héroes de la acción ó del pensamiento. Se predicaba y se sostenía firme el amor al país, y la adhesión inmensa al Mikado. Había una idea tan grande del honor, que el suicidio en casos especiales formaba parte de las costumbres. Se tenía el temor de lo divino

y desconocido, y se saludaba la memoria de los abuelos. Se amaba como en ninguna parte á los niños; como en ninguna parte se obedecía á la autoridad paternal; y ante las vasijas de calada madera, había siempre, en tibores de prodigiosa porcelana, ramos floridos. El conjunto de principios que los letrados infundían al pueblo, se reducía á pocas palabras. Decían: « Hay un Dios superior.

Tiene como atributos la inteligencia, el valor, el amor. Por la unidad de su espíritu y de su energía vital fueron creados el dios Takamut Musubi, y la diosa Kanmi Musuti, que forman, con su padre, una augusta Trinidad. De la unión de estos dos nacieron otros dioses, y por último, los divinos antecesores de la familia imperial y de la raza humana:

Yzanagi é Yzanami. El alma del hombre es, por lo tanto, de origen divino é inmortal. Su cuerpo fué creado también por la energía divina, pero no contiene de ésta lo bastante para ser inmortal. El deber del hombre es cultivar, primero, las tres virtudes divinas, después las siete virtudes que de ellas se derivan: la lealtad al emperador, la piedad filial, la castidad, la obe-



Visiones del Japon antiguo en el Japon moderno. El trabajo en los arrozales.



ASPECTO DE LA SALA DE UN TEATRO DEL ANTIGUO JAPON.

diencia á los superiores, la sinceridad en la amistad, la bondad y la misericordia. El camino de la virtud es el de la felicidad. La ley de la causa y del efecto reina en el mundo presente y en el mundo futuro. El mayor criminal puede merecer el perdón, y aun el favor de Dios, si se arrepiente con sinceridad. A cada uno se le tomarán en cuenta sus acciones, y por ellas será recompensado ó castigado en el mundo futuro». Los japoneses, pues, estaban en completo estado de barbarie.

En efecto, hace ya tiempo, el mundo inte-

lectual conoció toda la barbarie que revelaron los Goncourt á la curiosidad y al arte occidentales. Se supo que maravillosos pinceles estaban dotados de desconocidos prestigios. Una civilización contemporánea de Nabucodonosor se había conservado á través de siglos é invasiones. Sabios y poetas, que estudiaban los clásicos chinos, meditaban y enseñaban. Brotaban de los hornos las ricas obras de los alfareros de Satzuma. Un misterio legendario flotaba sobre la región nipona, tan extraña como las naciones orientales en que se mueven las magias de She-

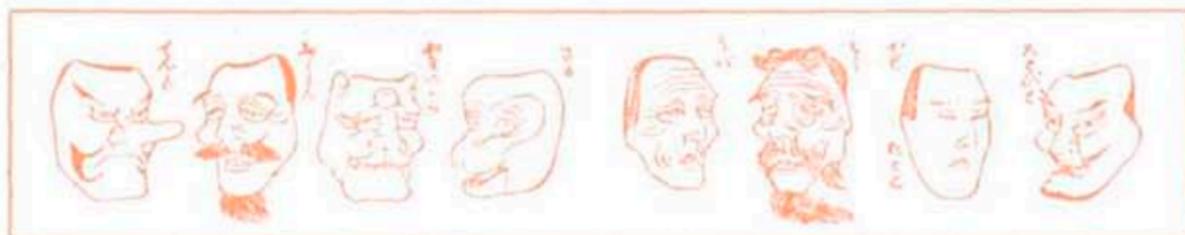


SEGUN UNA CURIOSA Y PINTORESCA ESTAMPA JAPONESA DE LA EPOCA.

herazada. El pueblo, que según la frase de Voltaire « jamás ha sido vencido », guardaba con admiración religiosa el nombre y el recuerdo de sus héroes, de los violentos caballeros y marinos que rechazaron á los enemigos mongoles, y libraron la integridad del territorio.

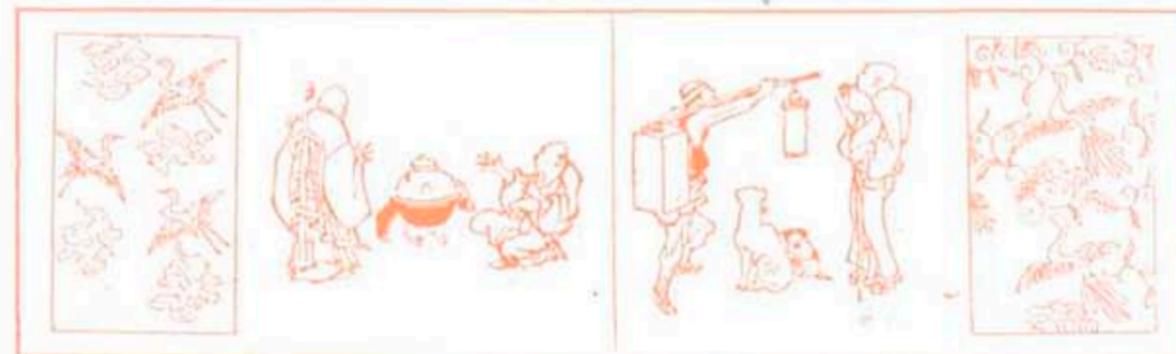
Un sano y vigoroso feudalismo mantenía en lo alto la seguridad del gobierno, y abajo la felicidad del pueblo. Los poetas escriben poemas, en que se cantan la fidelidad y el amor en flor eternamente. Las danzarinas saben bailes de argumento, que regocijan discreta-

mente á los espectadores. Los fieles no faltan á las ceremonias de los templos, y hay pompa hermosa y nobleza ritual. Lafcadio Hearn nos explica lo que es el Shintoísmo. Shinto significa carácter en su sentido más elevado: valor, cortesía, honor y, sobre todo, lealtad. Shinto significa piedad filial, amor al deber, voluntad siempre lista al abandono de la vida por un principio, y sin preguntar el por qué. Está en la docilidad del niño, en la dulzura de la mujer. Es también conservador, saludable freno á las tendencias del espíritu nacional, fácilmente inclinado á de-



jar lo mejor del pasado para precipitarse con ardor en las modernidades extranjeras. Es una religión transmitida en una impulsión hereditaria hacia el bien, en un puro instinto moral. Es, en una palabra, toda la vida emocional de la raza: el alma del Japón. Así, el renunciamiento á la propia satisfacción, hasta á la vida, por la común felicidad, el deber cumplido, el sacrificio voluntario y cordial, eran características de esos singulares salvajes. Y en su sacro libro del Kodjiki aprendían ejemplos de tiempos remotos, como el siguiente: « El príncipe Mayoana, de edad de siete años solamente, después de haber matado al asesino de su padre, se había refugiado en casa del Gran-Tsubura. El príncipe Oho-hatsusé, con un ejército, vino á sitiar la morada del Gran Tsubura, y las multiplicadas flechas semejaban un campo de cañas. El Gran Tsubura

se adelantó y, quitando sus armas de su cinto, se prosternó ocho veces, y dijo: « La princesa Kara, mi hija, que tú te has dignado hacer llamar hace poco, está á tus órdenes, y te ofrezco, además, cinco graneros de arroz. Si, humilde esclavo de tu Grandeza, me prestó á luchar hasta el fin, no conservo la esperanza de vencer; al menos, puedo morir, antes que abandonar á un príncipe que ha puesto en mí su confianza al penetrar en mi casa. » Habiendo así hablado, volvió á tomar sus armas, y se lanzó de nuevo en el combate. Mas las fuerzas le abandonaron, y había agotado ya todas sus flechas. El Gran Tsubura dijo: « Ya no tenemos flechas, y nuestras manos están heridas; no podemos ya combatir. ¿ Qué nos resta que hacer? » « No nos queda nada que hacer », respondió el príncipe. « Ahora, quitame la vida. » Y el Gran Tsubura tomó su sable y quitó la vida al prin-



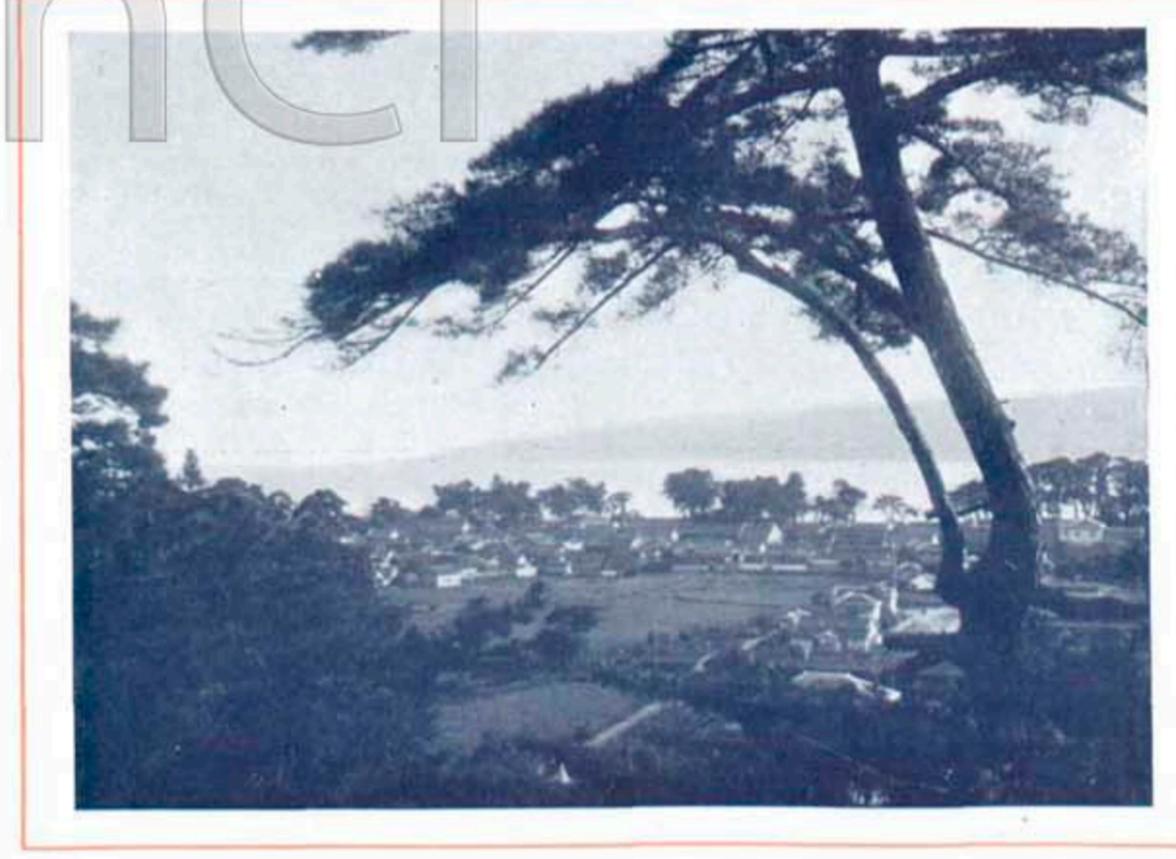
cipe. Luego, haciendo girar el arma contra sí mismo, hizo caer á sus pies su propia cabeza. »

Esas eran las lecturas de antaño, las que los ministros del culto comentaban y las generaciones comprendían, infundiendo así cada día en los corazones nuevos las antiguas virtudes. « La conciencia, dice Hearn, llega á ser el solo guía, por la doctrina de la intuición, que no tiene necesidad de decálogo ó de código fijo que señale las obligaciones morales. » Teólogo y filósofo, dice Motoonori que todas las ideas morales necesarias al hombre le son sugeridas por los dioses, y son de la misma naturaleza instintiva que las que le obligan á comer cuando tiene ham-

bre, y á beber cuando tiene sed. Y el sapiente Hirata: « Toda acción humana es la obra de un dios. » Y de nuevo Motoonori: « Haber comprendido que no hay ni camino que conocer ni ruta que seguir, es seguramente haber comprendido el camino de los dioses ». Y otra vez Hirata: « Si tenéis deseo de practicar la verdadera virtud, aprended á tener temor de lo invisible: estaréis preservados de obrar mal. Haced votos á los dioses que gobiernan lo invisible, cultivad vuestra conciencia, y no os apartéis nunca del camino recto. » Y luego: « La devoción á la memoria de los antepasados es el resorte de todas las virtudes. El que no olvida nunca sus deberes para con ellos, no puede ser



Visiones del Japón antiguo en el Japón moderno. Un paisaje típico.



Las construcciones modernas, las vías de ferrocarril, los hilos telegráficos, las altas chimeneas de industria: todo el cortejo del progreso, en suma, invade y modifica el minúsculo país de abanico del viejo Japón.



Tokio. — La calle Himeji.

irrespetuoso con los dioses ni con sus padres. Un hombre semejante está siempre fiel á su príncipe y á sus amigos, bueno y dulce con su mujer y con sus hijos. » Así pensaba el Japón viejo. Semejante atraso estaba oculto tras la puerta que, los hombres colorados, fueron á abrir á cañonazos.

Y á cañonazos se despertó á la vida y á la civilización de Occidente el Japón viejo, y se convirtió en el Japón nuevo.

« Hoy, dice sonriendo afiladamente el japonés Hayashi á un periodista parisiense: hoy tenemos acorazados, tenemos tor-

pedos, tenemos cañones. ¡ Los mares de la China se enrojecieron con la sangre de nuestros muertos, y con la sangre de los que nosotros matamos! Nuestros torpedos revientan, nuestros shrapnels crepitan, nuestros cañones arrojan obuses; morimos y hacemos morir, y vosotros, los europeos, decís que hemos conquistado nuestro rango ¡ que nos hemos civilizado! Hemos tenido artistas, pintores, escultores, pensadores. En el siglo XVI editábamos en japonés las fábulas de Esopo. ¡ Eramos entonces bárbaros! »

¡ Oh, sí! Hoy están los descendientes de



Los victoriosos marinos japoneses de hoy.



El « Assachi », crucero japonés moderno.



El « Kasagi », de la marina japonesa.

los antiguos daimios completamente civilizados. Al *ju-jitsu* nacional, han agregado los conocimientos adquiridos en el Creusot y en Essen. Se les obligó á aprender la ciencia de la guerra en establecimientos occidentales; se les demostró que pasar la vida feliz, sin derramamientos de sangre, sin soldados, sin militarismo, sin cañones Krupp, era el colmo de lo salvaje. Se les enseñaron los caracteres occidentales para que pudieran leer los diarios nacionalistas de Francia, los discursos de Mr. Jaurès, las obras de Kipling; así supieron lo interesante del nacionalismo, lo útil del socialismo, lo superior del imperialismo. Como son hábiles y emprendedores, los nipones tuvieron pronto arsenales de ideas

nuevas, tuvieron nacionalistas, socialistas, imperialistas. Se dieron una constitución. Se vistieron como se visten los hombres de Londres, que es como se visten los hombres de todo el Occidente. Vieron claramente que sonreír siempre es malo, ser afable es dañoso, ser piadoso es ridículo. Se convencieron de que ser de presa es lo mejor sobre la superficie de la tierra. Se militarizaron, se armaron, fueron excelentes discípulos de los carniceros de los países cristianos. Destruyeron toda la poesía posible; convirtieron á Madame Chrisantème en institutriz inglesa y en enfermera. Se lanzaron al asesinato colectivo con un apetito sobrehumano. Oku, Kuroko, Togo, en-

Oficiales
y
marineros
de la
armada
japonesa.



El "Tsukuba", de la marina japonesa.



tran en la categoría de semidioses. Se trató de matar el mayor número de rusos posible. Se trató de volar barcos, de « dinamitar » puentes, de arrasar batallones. Se va á

la conquista, al degüello, al odio. ¿En dónde está ese mundo de vagos ensueños, ese mundo como lunar, extra-terrestre, como astral, que admiré en las escenas, en la maravillosa actriz Sada Yacco, que era una revelación de belleza exótica y peregrina? ¿En dónde están los antiguos pintores de Ka-

kemonos, los antiguos Outamaros y Hokusais? ¿En dónde las nobles creencias, los generosos ideales, la dulzura del carácter, las genuflexiones, las pintorescas amorosas, el alma antes encantadora del pasado Japón?... En la Mandchuria, la tierra se llenó de cadáveres... Los mares chinos se enrojecieron de sangre.

Se mira á los Estados Unidos con aire de desafío, con amor á la guerra...

La civilización ha triunfado...



ARCO IRIS

TRAJE ROJO

Tu blancura de mármol de Carrara, fulge bajo tu roja vestidura: y me han hecho pensar traje y blancura en un clavel que á un lirio aprisionara.

Viendo la maravilla de tu cara, he evocado la nitida figura de una perla muy blanca que fulgura sobre un granate de belleza rara.

Tu cuerpo al ondular finge sangrienta llamarada tenaz que, ávida, intenta calcinar el plumón de tu cabello,

ó hace pensar, si se levanta erguido, en un gran cisne escultural, herido por una mano bárbara en el cuello!



TRAJE BLANCO

Tu cuerpo es como un cámbulo y se vela
con una veste, sacra cual ninguna,
que al rayo de la luz finge la estela
blanca que forma el remo en la laguna.

Cuando ese traje blanco se modela
en torno de tu ser, es como una
evanescente irradiación de luna
que retiene cautiva a una gacela.

[vuelves,

Blanca tú, blanco el traje en que te en-
no sé si estás desnuda ó si en tu traje
como en una nevada te disuelves.

Muchas veces, al verte en mi ansia loca,
he pensado que bien puede un celaje
de luna deshojarte, si te toca!

MOYA DEL PINO 49



TRAJE AZUL

Tu traje celestial tiene el divino
suave matiz azul de un agua manra;
el que se acerca a ti, sueña y descansa
como a orillas de un lago matutino.

Si se mueve tu ser, ágil y fino,
tu traje en leves ondas se remanra,
ó cruje a media voz, con paulatino
rumor, como se apaga una romanza.

Por eso ante tu traje ondulo y vago,
pienso que en una noche diamantina
llegó a una fuente de zafr un Mago,

hundió su mano prestigiosa en ella,
y queriéndote hacer dijo: ¡ Camina!
¡ y brotó una onda azul con una estrella!

MIGUEL RASCH ISLA

PENAGOS



PAGINAS FILOSOFICAS

LA ENVIDIA y el ODIO

por

JOSÉ INGENIEROS

Ilustraciones de MOYA DEL PINO

La envidia es una pasión traidora y propicia á la hipocresía. Es al odio como la ganzúa á la espada; la emplean los que no tienen brazo robusto y corazón valiente. En los ímpetus del odio puede palpitar el gesto de la garra, que en un altivo estremecimiento destroza y aniquila; en la subrepticia reptación de la envidia, sólo se percibe el arrastramiento tímido del que respeta el mérito y teme á la fuerza, y sólo trata de hincar en los talones sus incisivos.

El odio puede ser justo, motivado; la envidia es siempre injusta, pues la prosperidad no daña á nadie. Estas dos pasiones,

como plantas de una misma especie, se nutren y fortifican por causas equivalentes: se odia más á los más perversos, y se envidia más á los más meritorios. Por eso, Temistocles decía, en su juventud, que aún no había realizado ningún acto brillante, porque todavía nadie le envidiaba. Así como las cantáridas prosperan sobre los trigales más rubios y sobre los rosales más florecientes, la envidia alcanza á los hombres más famosos por su carácter y por su virtud. El odio no es desarmado por la buena ó la mala fortuna; la envidia sí. Como un sol que, iluminando perpendicularmente desde el más alto punto del cielo, reduce á nada ó muy poco la

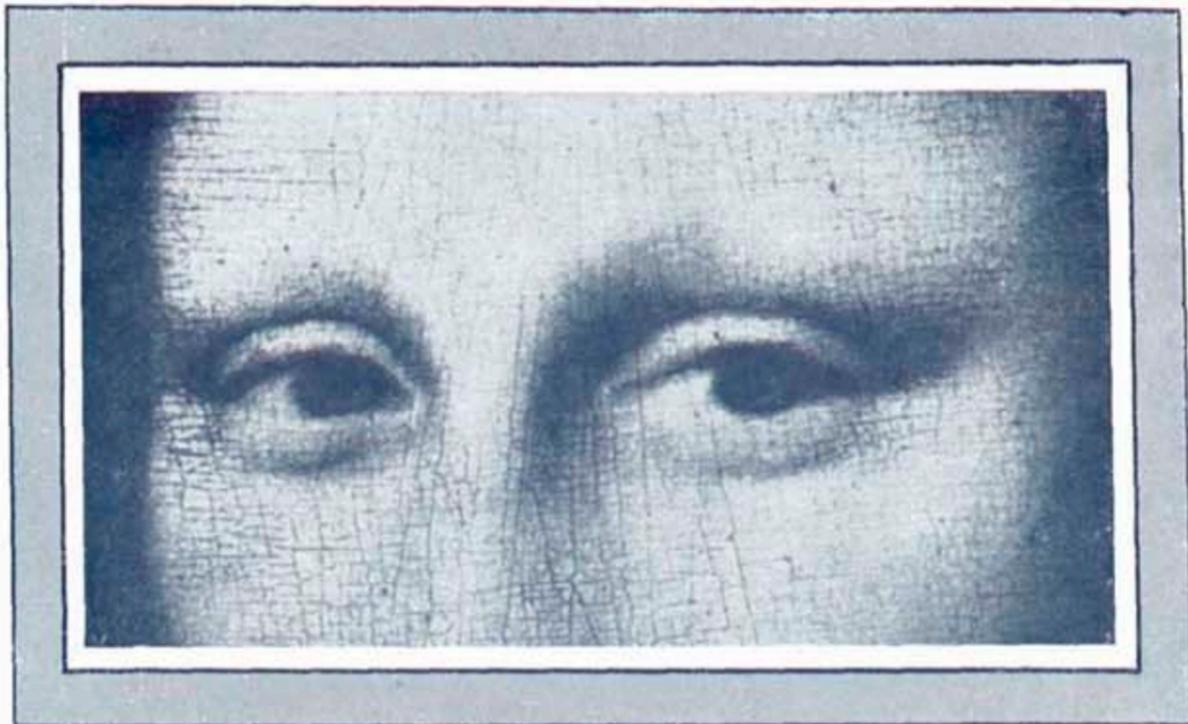


sombra de los objetos que están debajo, así, observa Plutarco, el brillo de la gloria achica la sombra de la envidia, y la hace desaparecer.

El odio que clama y asalta es temible; la envidia que calla y conspira es lóbrega. Algún libro admirable dice que es como el caries de los huesos; ese libro es la Biblia, de seguro. Tiene que serlo. Las palabras más crueles que un valiente os puede arrojar á la cara, no os ofenden la centésima parte de las que el envidioso va sembrando constantemente á vuestra espalda. Ignora las reacciones del odio, y expresa su inquina tartajeando, incapaz de encrespase en ímpetus viriles: diríase que su boca está amargada por una hiel, que no consigue arrojar ni tragar. Así como el aceite apaga la cal y aviva el fuego, el bien recibido contiene el odio en los nobles espíritus, y exaspera la envidia en los indignos. El envidioso es ingrato, como luminoso el sol, la nube opaca, y la nieve fría: lo es naturalmente.

El odio es rectilíneo y no teme la luz; la envidia es torcida y trabaja en la sombra. Por eso, envidiando, se sufre más que odiando: como esos tormentos enfermizos que tórnanse terroríficos de noche, amplificados por el horror de las tinieblas.

El odio puede hervir en los grandes corazones; puede ser justo y santo; lo es muchas veces, cuando quiere borrar la tiranía, la infamia, la indignidad. La envidia es de corazones pequeños. La conciencia del propio mérito suprime toda menguada villanía; el hombre que se siente superior no puede envidiar, ni envidia nunca el loco feliz que vive con delirio de las grandezas. Su odio está de pie y ataca de frente. César aniquiló á Pompeyo, sin rastroerías; Donatello venció con su « Cristo » al de Brunelleschi, sin abajamientos; Nietzsche fulminó á Wagner, sin envidiarle. Así como la genialidad presiente la gloria, y da á sus predestinados cierto ademán trascendente y apocalíptico, la certidumbre de un oscuro porvenir vuelve miopes y reptiles á los mediocres. Por eso, los hombres sin méritos siguen siendo envidiosos, á pesar de los éxitos obtenidos por su sombra mundana, como si un remordimiento interior les gritara que los usurpan sin merecerlos. Esa conciencia de su mediocridad es su tormento; comprenden que sólo pueden permanecer en la cumbre, impidiendo que otros lleguen hasta ellos y les descubran. La envidia es una defensa de las sombras contra los hombres.



Fotografía de un detalle de la Gioconda, hecha antes de la desaparición del cuadro.

EL SECRETO DE

Por RAMIRO

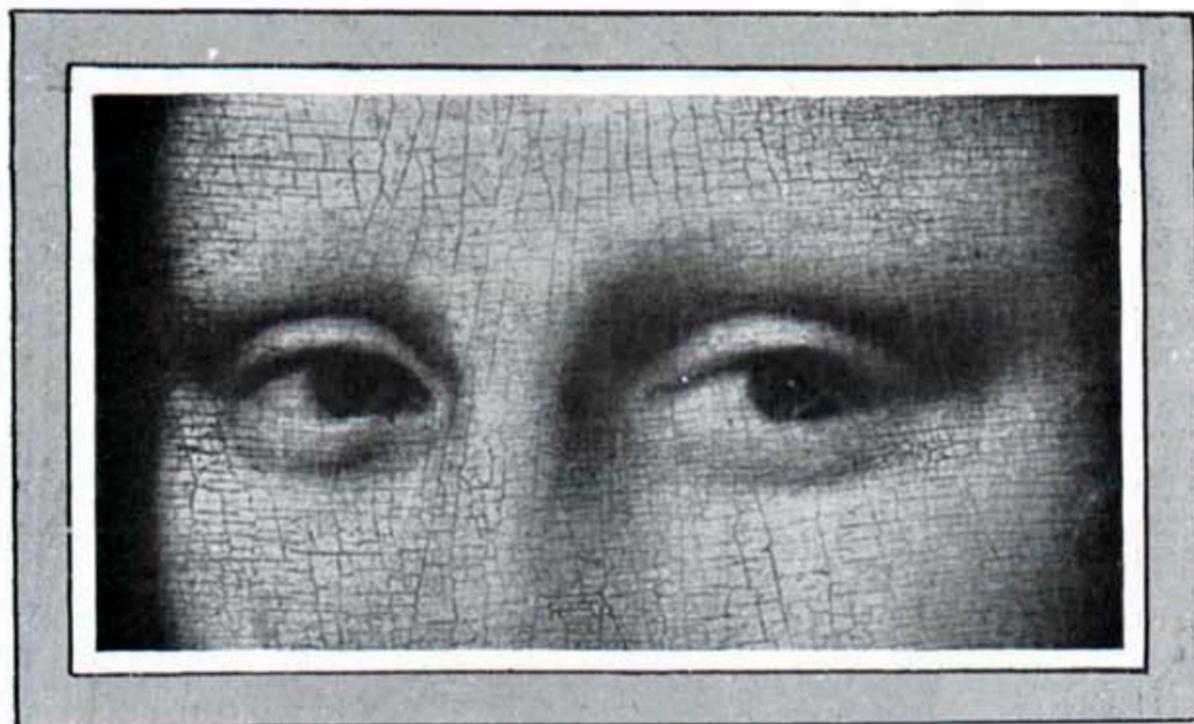
LA cultura ha recobrado esa imagen del alma de la Europa moderna, que es la Gioconda, de Leonardo da Vinci. Nunca la habíamos perdido del todo. La Gioconda habría continuado viviendo su actualidad eterna en millones de copias, reproducciones, fotografías y grabados. Pero éstas, con la

Ramiro de Maeztu, cuyo nombre se ha popularizado rápidamente, merced a las admirables crónicas enviadas por este escritor a los diarios y semanarios españoles desde Londres y Berlín, firma en el

sola excepción posible de la Gioconda de Madrid, no eran, al cabo, sino imágenes de la imagen del alma de Europa.

Acaso mejor que en estas imágenes, vivía la Gioconda en nuestros recuerdos y en las páginas inmortales que ha inspirado a los escritores, que creyeron hallar en su sonrisa el secreto del Renacimiento. Permittedme recordar el pasaje de Walter Pater, porque será tal vez poco conocido para un público de lengua castellana:

« Todos los pensamientos y experiencias del mundo han dibujado y modelado en ella, en cuanto eran capaces de refinar y dar expresión a las formas externas, el animalismo de Grecia, la lascivia de Roma, el misticismo de la Edad Media, con su ambición espiritual y sus amores imaginativos, la vuelta del mundo pagano



Fotografía del mismo detalle, hecha al volver el cuadro al Louvre.

LA GIOCONDA

DE MAEZTU

presente número de "Mundial" el siguiente é interesantísimo trabajo, el más intenso, profundo y palpitante que se ha escrito acerca del célebre cuadro de Vinci, tema de tantos y tan diversos comentarios.

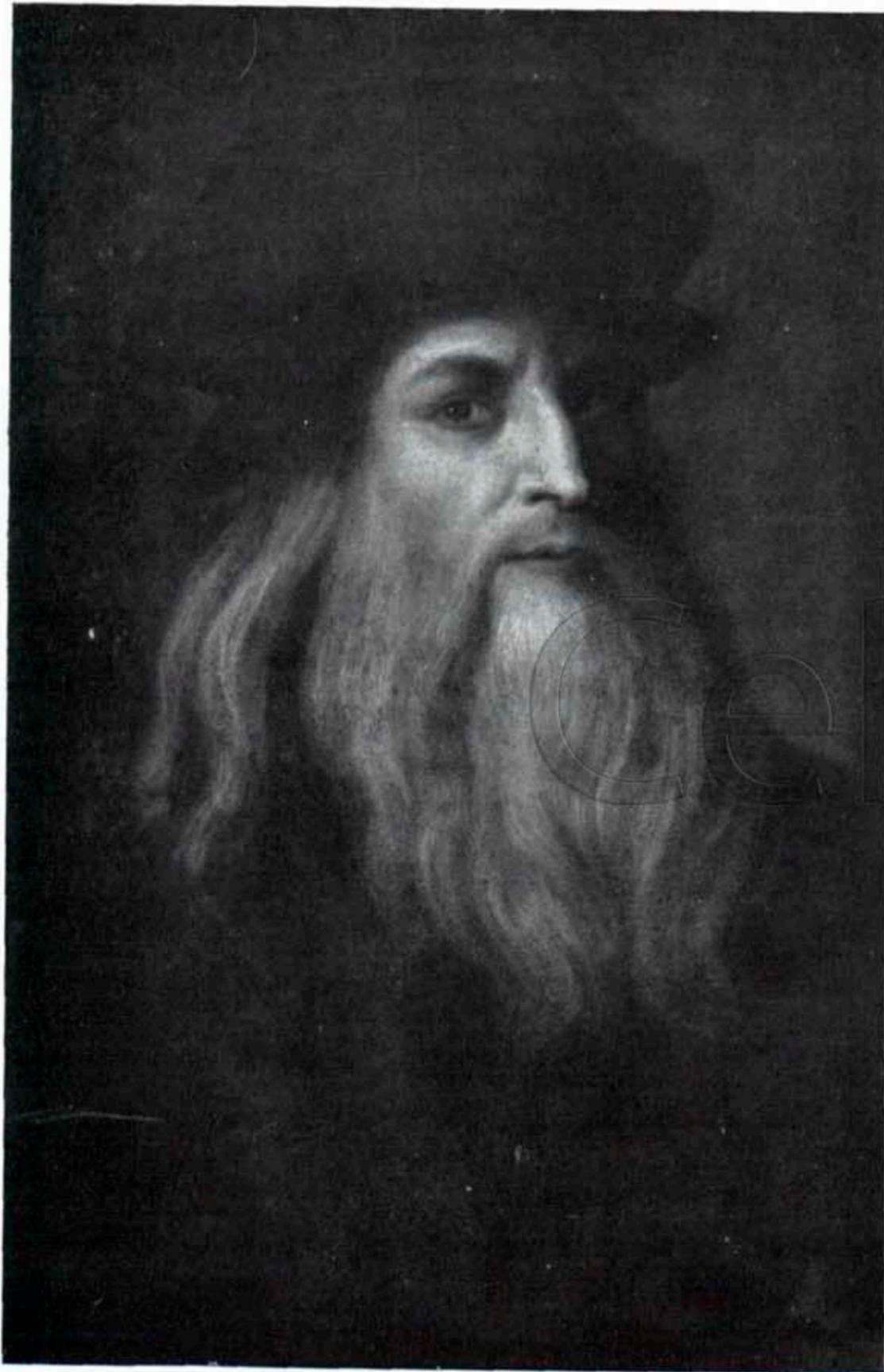
y los pecados de los Borgias. Es más antigua que las rocas entre las que se sienta... y como Leda, madre de Helena de Troya, y como Santa Ana, madre de María.»

¿ Por qué sonríe la Gioconda? Podemos imaginarnos una mujer enamorada y buena, grandísimo tonto, que esta coquetería mía

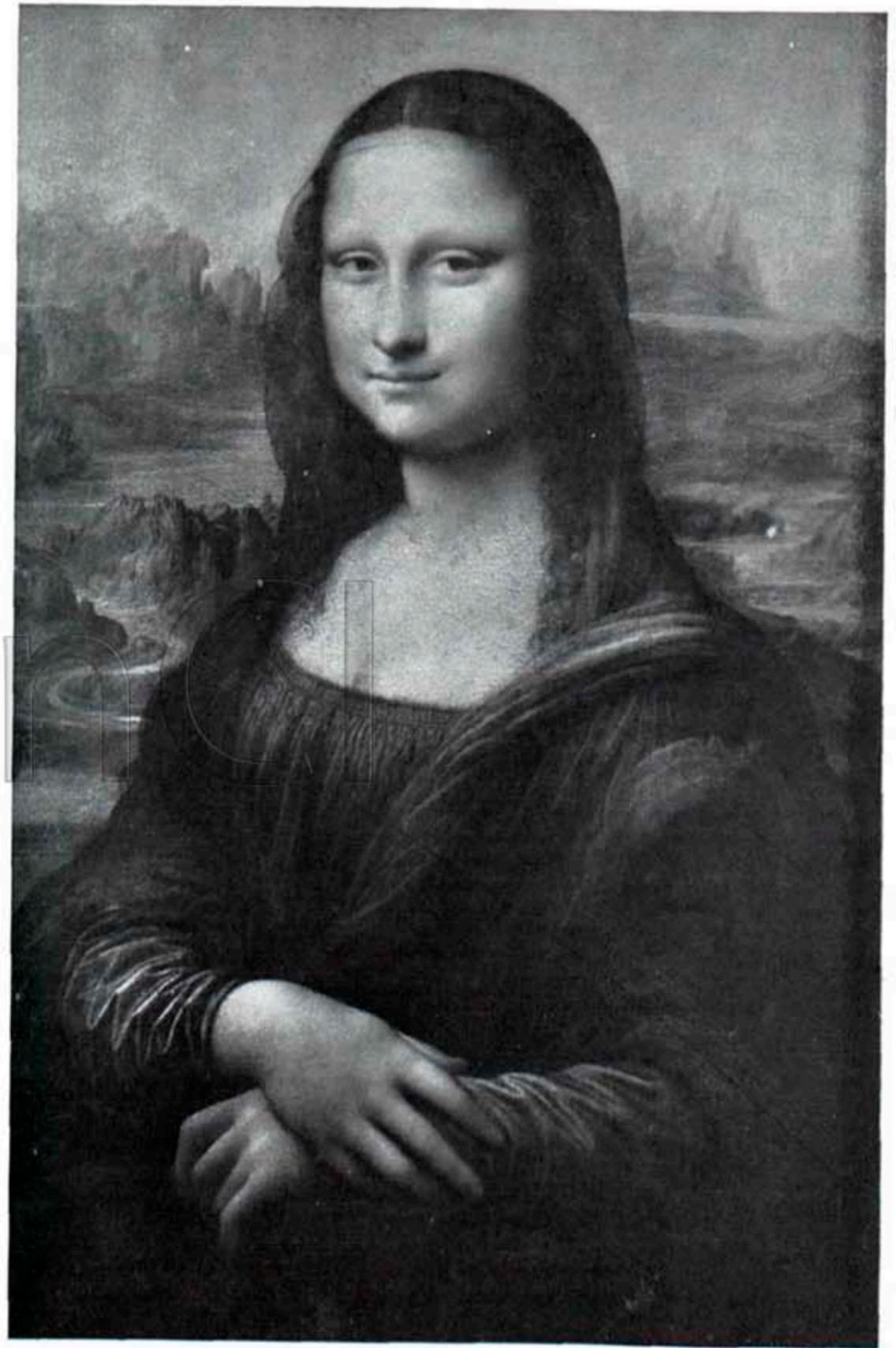
que piensa en su galán: « ¿ Pero no ves, no tiene más propósito que retener tu amor? » Pero también una mujer avara y mala que se dice: « ¿ No sabes, mentecato vanidoso, que estas caricias mías no andan buscando más que un collar de perlas? » O quizás sonriente, porque recuerda, cariñosa, la última travesura de su hijo. O acaso, porque reza y columbra el rostro de Jesús. O tal vez, meramente, porque le hacen sonreír los bufones que Vinci había contratado, para que no dejaran caer en la fatiga ó en la tristeza la cara de su modelo.

El arte es metáfora, y la metáfora, transformación. Toda obra de arte es una transformación de lo real a lo ideal, y de lo ideal a lo real. A la obra que surge del plano de lo real para señalarnos lo ideal,





Leonardo da Vinci, autor de la inmortal "Gioconda".



La Gioconda, de Leonardo da Vinci.

la llamamos realista; á la que surge del plano ideal para tratar de encarnar en realidades, la llamamos idealista. ¿Qué es la Gioconda? No lo sabemos. El retrato de la Gioconda parece surgir del hecho real de la existencia de Monna Lisa, esposa del Giocondo. El paisaje que la rodea parece nacer de los sueños de Leonardo.

Leonardo dijo en su Tratado de la Pintura, que la imagen de cada cuerpo se halla totalmente contenida, como en un espejo, en las de los cuerpos que le rodean, y así, la luz está en los cuerpos, como el aire y los cuerpos en la luz. Al fundar Leonardo la pintura en esta universalidad de relaciones, nos lleva á buscar el alma de la Gioconda en el paisaje que la envuelve, es decir, en el sueño y en el ideal, y el alma del paisaje en el rostro de la Gioconda, que sería lo real. De otra parte, el paisaje es naturaleza, y la naturaleza realidad, y la Gioconda es humanidad, y la humanidad el ideal.

Y es que en la Gioconda se cruzan las dos direcciones del sentimiento artístico, y es, á la vez, anhelo de realidad para el ideal, y anhelo de ideal para la realidad. Quizás consista su secreto en no haber sido nunca terminada, á pesar de haber puesto en ella Vinci cuatro años de trabajo. Quizás la empezó á pintar Leonardo con el solo propósito de hacer un retrato, y fué, al engolfarse en su trabajo, cuando descubrió que realmente no se había propuesto pintar un retrato, sino que se había planteado nada menos que el problema de la feminidad.

Al abandonar, desesperado, los pinceles, después de esos cuatro años de esfuerzo, no pudo saber Vinci que había rematado, precisamente por no haberla concluido, la obra suprema del Renacimiento y de la Moder-

nidad. Un poco más de adorno y de alegría, y nos habría legado una obra pagana; un poco más de austeridad y de tristeza, y su cuadro sería medioeval. Pero está en el punto preciso donde confluyen los problemas. Sólo sabemos de la Gioconda, que dentro de un minuto va á tener otra cara, y que tenía otra cara hace un minuto, pero jamás sabremos si está pasando de la alegría á la tristeza, ó de la tristeza á la alegría, ni si es pagana ó medioeval.

Ni se afirma en esta obra el Ahora y el Aquí con tal violencia que nos haga olvidar la Eternidad, ni se busca la Eternidad con pasión tanta que nos haga negar el Ahora y el Aquí. En ella se entrecruzan dos mundos que se interrogan mutuamente, y en el alma del espectador surge la pregunta.

Pero la pregunta es el alma de la Europa moderna. Su alma y su cruz, naturalmente. En estos dos años de desaparición de la Gioconda ha habido numerosos europeos, que han soñado con descargar á Europa del peso de esta cruz del espíritu interrogativo. En Francia y en Inglaterra se ha soñado recientemente mucho con el ideal de renunciar al espíritu interrogativo, resucitar la Edad Media, y resignarse á vivir con la fé del carbonero, como viven ó vivían hasta hace poco los pueblos rústicos del Asia.

En Alemania se ha hablado también mucho de renunciar á la pregunta y al pensamiento, dedicarse por entero á la industria, al comercio, al imperialismo y á los placeres de los sentidos, y vivir como parece que se vive en los pueblos más prácticos de América.

Ahora hemos recobrado la Gioconda, que es recobrar la imagen de nuestra alma. Esperemos recuperar con ella el alma misma.



Impresión digital dejada por Peruggia, raptor de la Gioconda, sobre el cristal del cuadro, al verificarse el robo.

GALEERIA GRÁFICA

de

"MUNDIAL"



"EL VIATICO." Estudio fotográfico por Jorge Cullén Ayerza.

"COSAS
DE LA EDAD"

Estudio
fotográfico

por
Jorge Cullén
Ayerza.



TESORITO!

Estudio
fotográfico

por
Jorge Cullén
Ayerza.

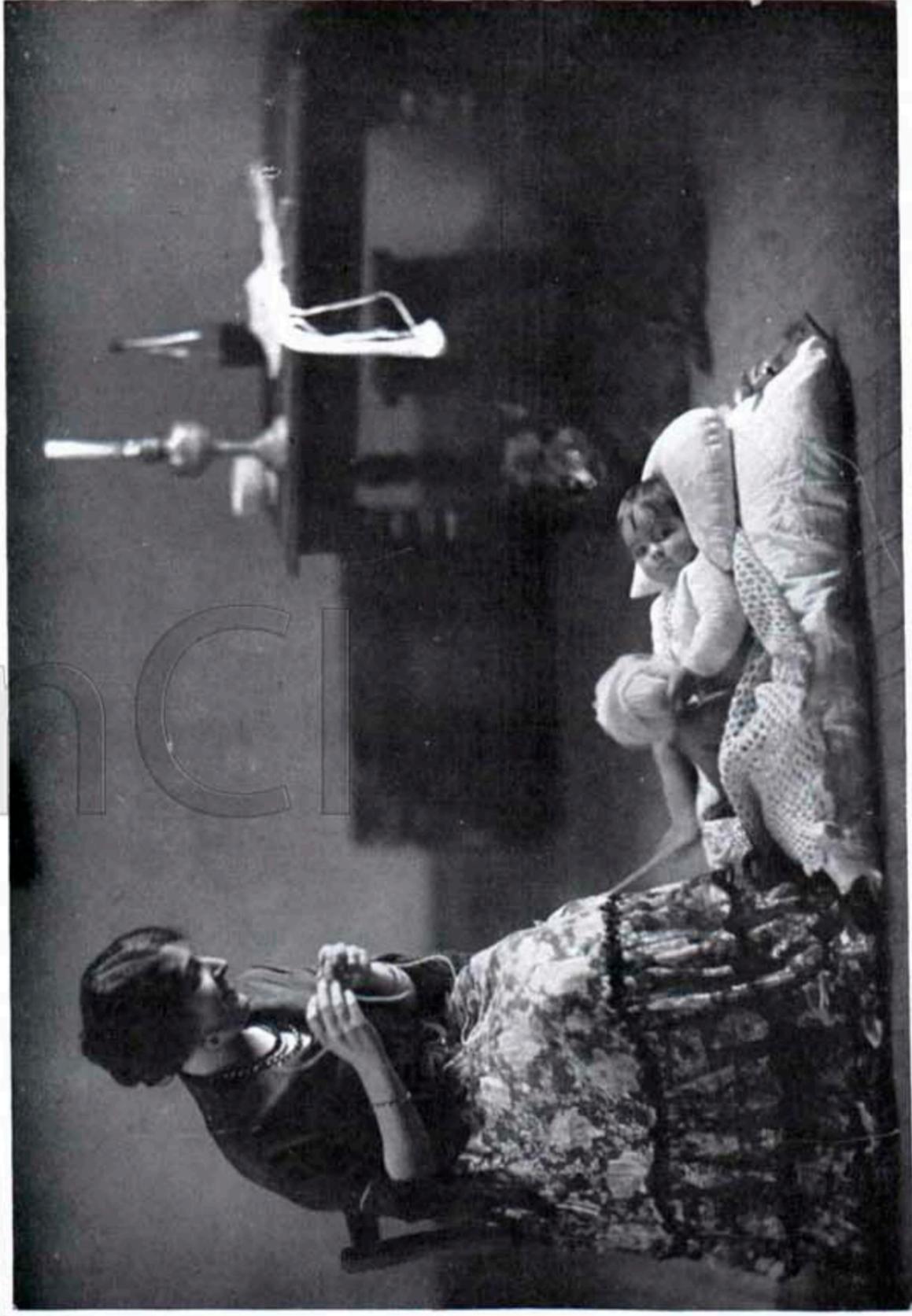
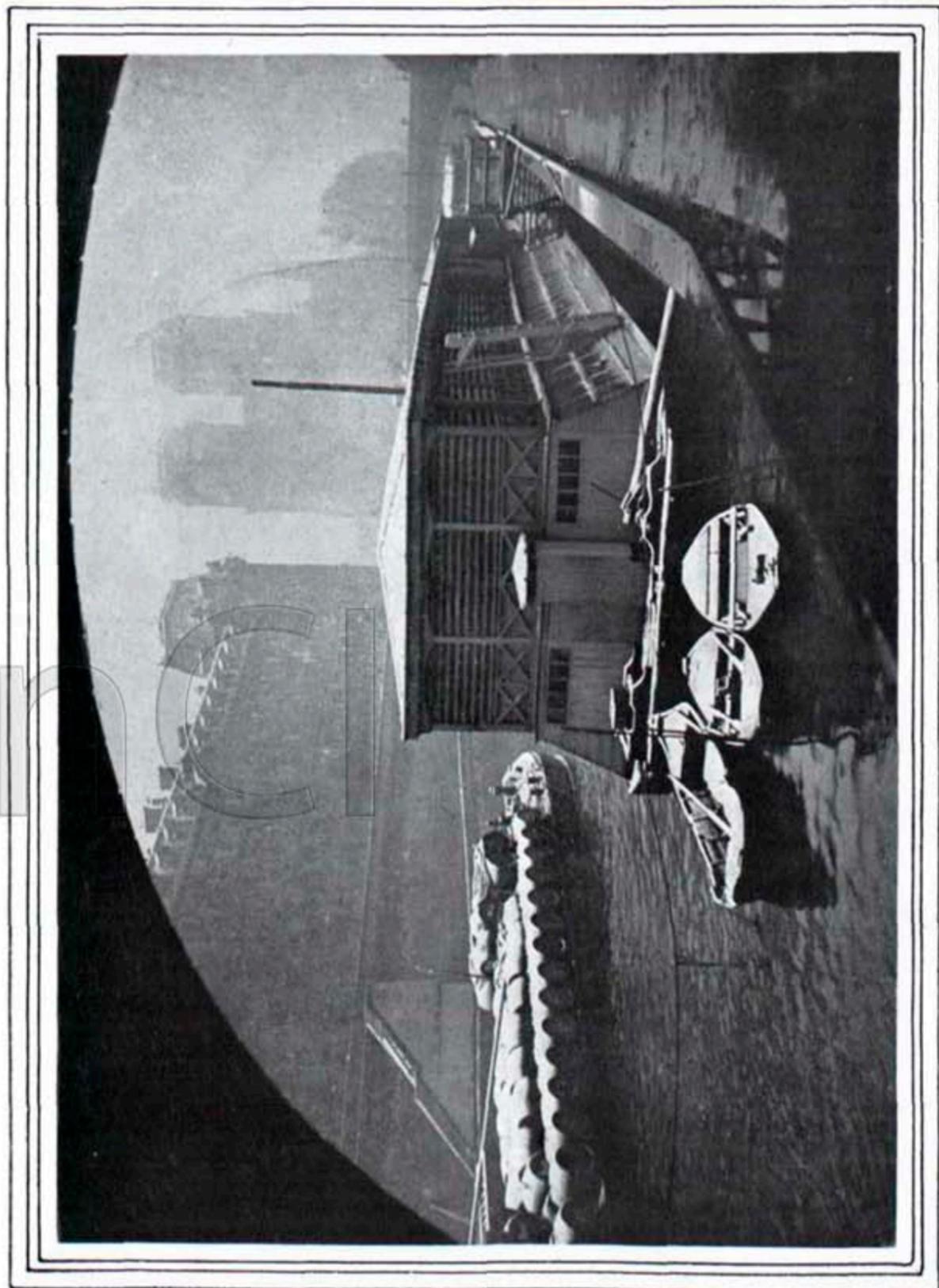




Foto H. Manuel.

LA NIEVE EN PARIS. -- El Luxemburgo.

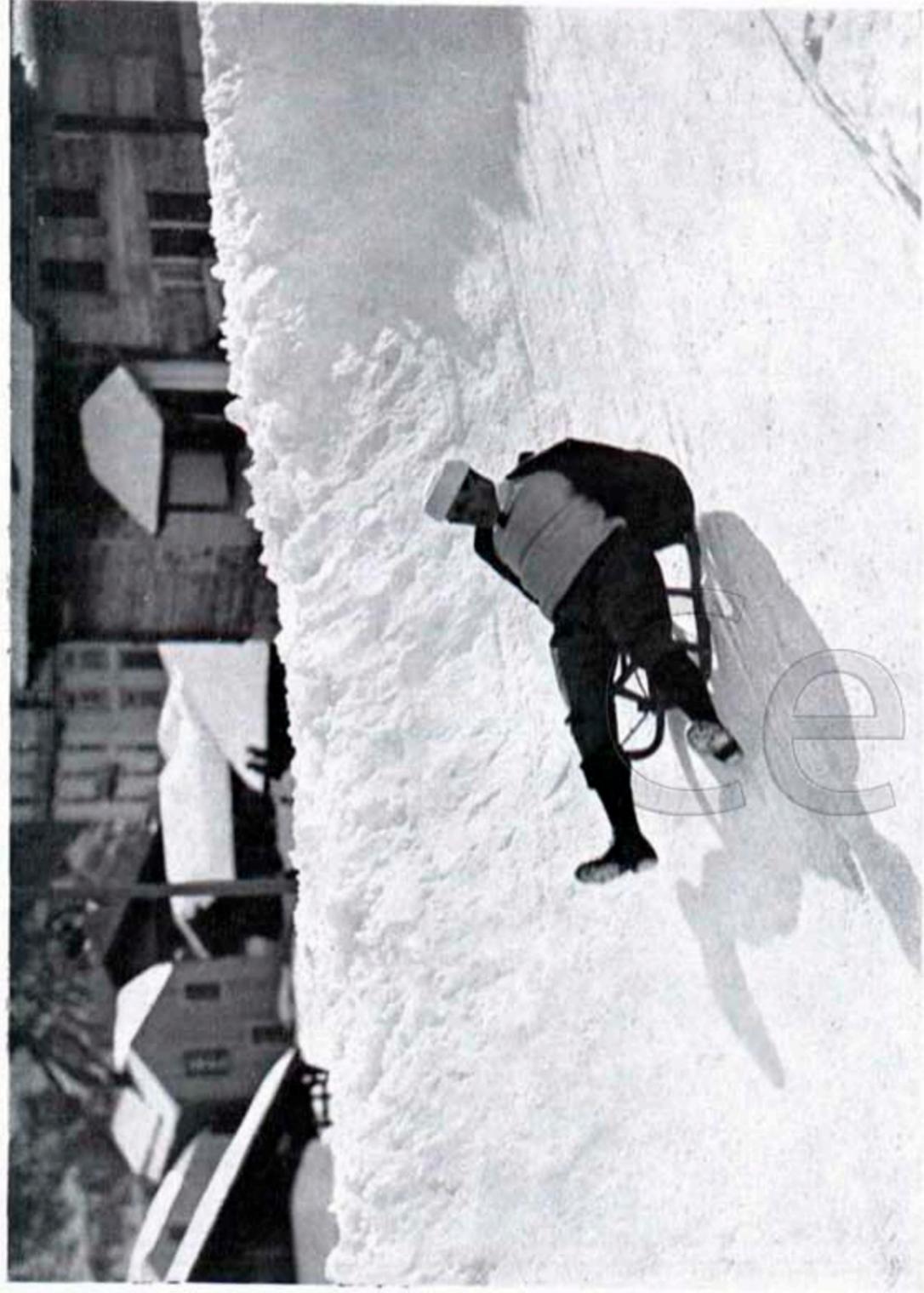


LA NIEVE EN
PARIS.

El Sena
bajo el puente
Saint-Michel.

EN SUIZA.

Un viraje difícil
en carrera
de
"judges".



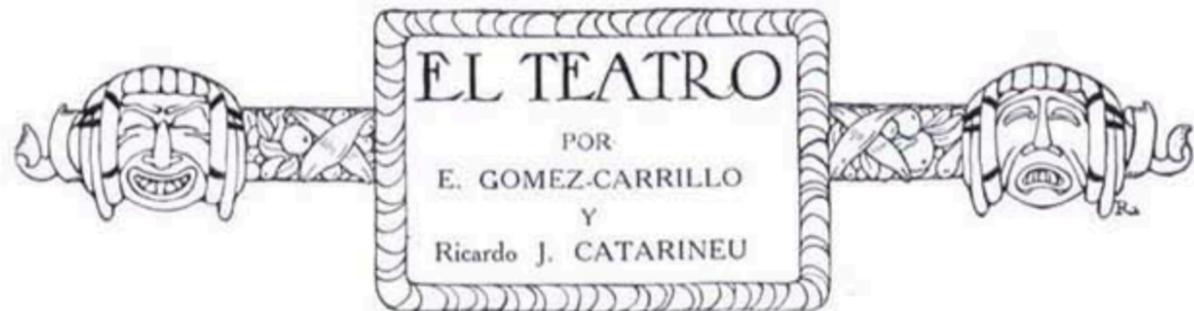
EN SUIZA.

Los juegos
sobre el hielo
sirven de
descanso,
luego de las
jornadas de sporti-





EN SUIZA. — Un « chalet » construido en la nieve.



EL TEATRO

 POR

 E. GOMEZ-CARRILLO

 Y

 Ricardo J. CATARINEU

EL TEATRO EN PARIS, por E. GOMEZ-CARRILLO

Ilustraciones de Yves MARÉVÉRY

El Chevrefeuille, de d'ANNUNZIO. — *La Belle Aventure*, de FLERS y
 CAILLAVET. — *Jeanne Doré*, de Tristan BERNARD. — *Un jeune
 homme qui se tue*, de Georges BERR.

Decididamente, el gran d'Annunzio no tiene suerte como dramaturgo. Después de los fracasos ruidosos de *San Sebastián* y de la *Pisanella*, sus amigos celebraban ya cual un triunfo el *Chevrefeuille*. Y, á decir verdad, el estreno de esta última obra fué realmente triunfal. Pero; ay! entre el gusto de la « elite » de los invitados y el del público que paga, hay una diferencia muy grande. Desde la noche de la « seconde », los empresarios comenzaron, no sin disgusto, á notar lo.

— Será una obra maestra — decía Jean Coquelin al cabo de una semana á los críticos — pero lo cierto es que no hay un alma en el teatro.

Y antes de llegar al fin de la primera quincena, la soberbia novedad d'annunziana fué reemplazada por el viejo y siempre seguro *Cyrano de Bergerac*. El golpe ha sido tan rudo que, á pesar de su olimpico orgullo, el gran poeta de Italia no ha podido reprimir un gesto de desesperación y de enfado.

— Basta que haya cada noche unas cuantas docenas de espíritus cultos, que acudan á aplaudir mi drama — dijo — para que las representaciones continúen.

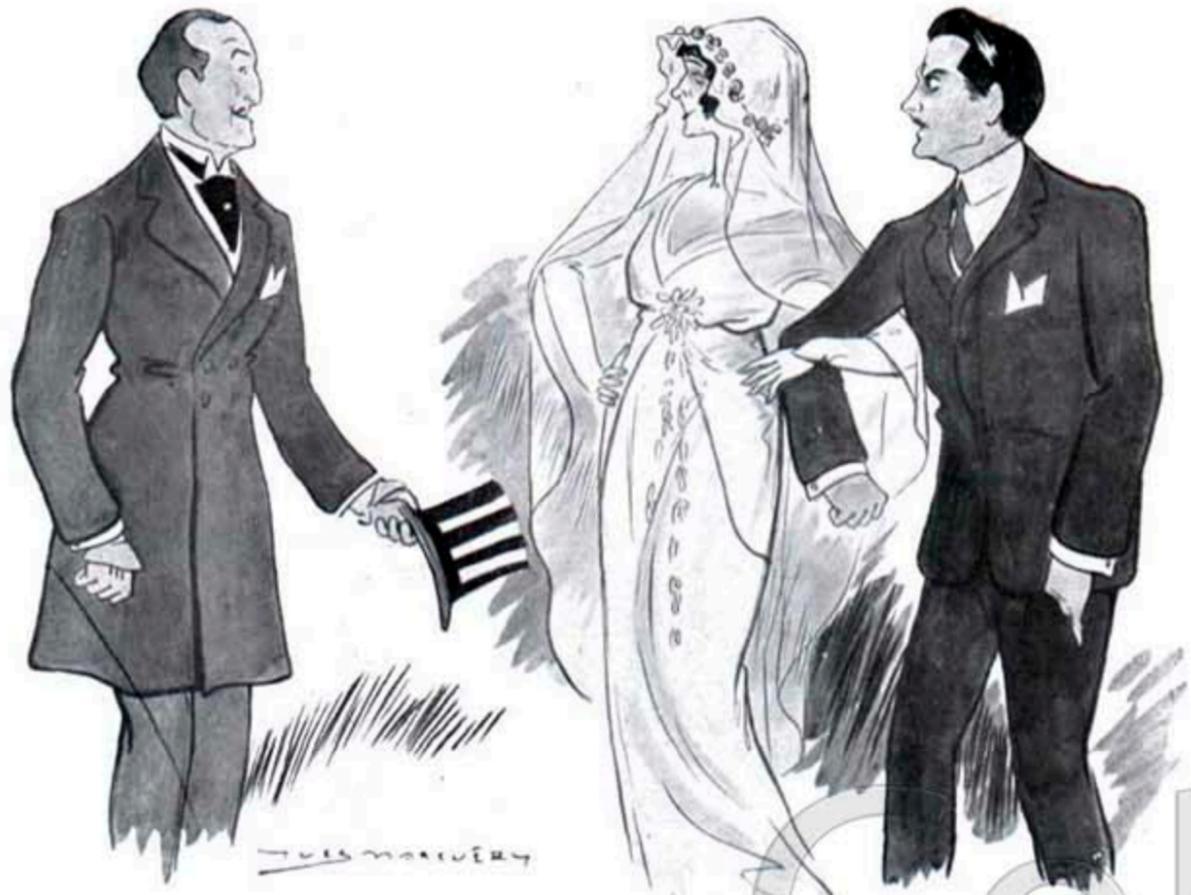
Como es natural, los propietarios del *Ambigu* no fueron de la misma opinión.

— Os dejamos libre — contestaron — para que llevéis vuestra pieza á otra parte.

Lo probable es que Gabrielle d'Annunzio se contentará con llevarla á casa de un editor, para que se publique en volumen. Y á fé



Mad. B. Bady y Mr. Le Bargy, en "Le Chevrefeuille".



Mr. V. Boucher, Mlle. Lély y Mr. Capellain, en "La Belle Aventure".

mía, así estará mejor esta obra soberbia, digna hermana de la *Ciudad muerta* y del *Fuego*, creación de arte sublime hecha más para ser leída que para ser interpretada, ramillete en el cual las bellas flores confunden sus matices y sus perfumes con tal delicadeza, que el público apenas puede darse cuenta de ello.

Se ha hablado de *Hamlet*, y se ha dicho: — No es sino la transposición de la historia shakespeariana á otra época, á otro sexo, á otro clima.

En ese caso, también podría evocarse *Elektra*, y más aún que *Elektra*, aquel sutil y doloroso *André Cornelis*, cuyo héroe es el verdadero hermano de la triste y exasperada Aude. Como el personaje de Bourget, en efecto, el de Gabrielle d'Annunzio ha perdido á su padre en circunstancias misteriosas, y ha visto á su madre casarse con un antiguo amigo de la casa. En un principio, todo aquello le parece triste, muy triste, nada más. Pero poco á poco, en su mente van surgiendo imágenes siniestras. Terribles interrogaciones la atormentan. «¿Cómo sucumbió el pobre?» pregúntase. Y, lentamente, un cuadro de crimen va desarrollándose en su imagina-

ción. Al fin, un día, viendo las manos de su padrastro, exclama:

— ¡Son manos de envenenador!

En una escena extraordinaria, el segundo marido confiesa que envenenó al primero.

— Sólo que — agrega — esto puedo decirlo muy alto... No hay delito ninguno en mi acto... De todo lo que he hecho en la vida, de eso es de lo que menos me arrepiento... Dos palabras me bastarían para sincerarme...

Esas dos palabras, empero, no salen de sus labios, por más que Aude las reclama con energía.

— No puedo — dice el envenenador — no puedo.

Entonces, la huérfana desesperada comienza á sentir la obsesión de la venganza. Matar al matador, no le sería difícil. Sólo que eso no basta. Hay que aclarar primero el más espantoso de los misterios, hay que saber si la esposa tuvo parte en aquel crimen. Y una mañana, en el cementerio, ante la tumba del caro muerto, Aude se decide á interrogar á su madre.

— No — exclama ésta — no... yo no... yo... jamás...

Y como en ese momento aparece el matador, que confiesa que si mató fué obedeciendo á la voluntad de su amigo, que quería morir para no seguir padeciendo, un puñal, manejado por la mano de una de aquellas mujeres, le hace caer con el corazón atravesado sobre la tumba del que murió por su culpa.

ayer, y á la de anteayer, y á la de siempre. Porque una de las ventajas de la fabricación mecánica es que no es de temerse una diferencia grande, ni tampoco chica, entre las piezas que salen del taller.

Al mismo tiempo que en el Ambigú se estrenaba el *Chevreuille*, de Gabrielle d'Annunzio, dábase en el Vaudeville *La Belle Aventure*, de Flers y Caillavet. Decir que, mientras la primera obra no tuvo sino unas cuantas representaciones, la otra continúa su marcha triunfal, es cosa que huelga. Una comedia de la famosa razón social parisiense, tiene siempre de antemano asegurada la « centième », y aun la « trois centième ».



Mad. Sarah Bernhardt, en "Jeanne Doré".

Por eso, los empresarios, cuando hablan con un gran poeta, con un d'Annunzio, con un Porto Riche, con un Claudel, le dicen:

— Lo que debiera V. tratar de hacer, es algo como lo de Flers y Caillavet.

Naturalmente, los poetas no pueden. No es cosa de poesía, ni siquiera de literatura, eso de Caillavet y Flers. Es cosa de habilidad, de industria, de comercio. La receta de la fabricación no tiene nada de difícil. Se escoge una aventura, en la cual deben ir mezcladas por partes iguales la ingenuidad y el atrevimiento; se buscan unos cuantos personajes que consideren el amor como lo único importante de la existencia, pero no como un sentimiento sagrado, ni siquiera como un sentimiento serio; se hacen burlas á algún señor maduro, ó á alguna mamá confiada; se envuelve el conjunto entre chistes, de esos que corren por los cafés desde hace un siglo, y la obra está hecha.

Así, la obra de hoy, es igual á la de

Otra obra que ha tenido mucho éxito, es *Jeanne Doré*, de Tristán Bernard.

¿Sonreís al sólo oír el nombre de este hilante rey de las buenas farsas?

Pues esta vez no hay de qué.

El autor del *Petit Café*, y de *Triple-patte*, y del *Poulailler*, y de tantas y tan maravillosas comedias alegres, se ha puesto triste. Por la primera vez, su talento corresponde á su nombre.

— La culpa — dice él mismo — no la tengo yo, sino Sarah, que me ha pedido algo... Y, naturalmente...

En efecto, para la divina trágica que acaba de cumplir los setenta años, no era posible hacer una obra

llena de piruetas y de bromas. Al mismo tiempo, cuando se es Tristán Bernard, resulta paradójico escribir para Sarah Bernhardt. Un tal final del apellido constituye un abismo entre dos naturalezas.

— Pero — decían todos — esa Sarah es tan extraordinaria, que sabrá reír cual una loca.

El que ha sabido llorar, por el contrario, es Tristán.

Ahora, si me preguntáis qué es lo que más vale entre las risas y las lágrimas del gran humorista, os contestaré lo que todo el mundo os contestaría, y es, á saber, que en él, como en el hombre de Rabelais, lo propio es el reír. Para llorar, hace ¡oh, mortal feliz! un esfuerzo terrible. Y como sucede muy á menudo en estos casos, por llorar, llora demasiado, llora espantosamente, llora sin descanso.

La heroína de *Jeanne Doré* es una pobre



Mr. Poltn, Mr. Alerme y Mlle. Danjou, en "Un jeune homme qui se tue".

tendera de provincias, que le niega un día mil francos á su hijo. Y como el hijo tiene necesidad de los mil francos, para dárselos á una mujer á quien adora, mata á un anciano rico, y le roba los diez billetes de á cien... Apenas oye hablar en el mercado del asesinato, la infeliz madre, que no sabe aún nada, pero que adivina, comienza á llorar.

— « A ce moment, madame, comment est-ce que j'ai pu tenir debout, je ne me l'explique pas. J'avais des tremblements dans les jambes. Je ne savais plus ou j'étais. J'entendais les volailles, et les femmes, avec leurs cris qui chantaient sans discontinuer. Puis, voilà que j'écoute d'autres personnes qui parlaient de la chose, et qu'est-ce qu'elles disent, celles-là ? Que c'était un soldat en permission qu'avait fait le crime, et qu'il était déjà en prison... Alors, je me suis sentie heureuse, heureuse, comme je n'avais jamais été. Le bruit du marché, c'était doux, doux. Ça sentait le beurre et la plume de poule. Je rentre à la maison sans faire mon marché. Je ne pensais à rien. J'avais les jambes faibles, et j'étais comme écorchée. Mais je ne savais pas si j'étais malheureuse ou tran-

quille. Et voilà, madame, voilà qu'en rentrant dans la chambre de mon garçon, qu'est-ce que je vois ? Jacques, avec une cuvette d'eau sur le parquet, et qui lavait son paletot dedans. Je me suis mise à pleurer. »

Desde este instante, las lágrimas no cesan un momento. Durante el proceso, llora, llora, llora. Luego, llora más. Y la noche fatal en que el asesino va á ser guillotinado, cuando al saber que una mujer va á verle á su calabozo, en vez de pensar en su madre, aquel hombre pronuncia el nombre de la mujer amada, y la pobre viejecita llora más aún, llora todas las lágrimas de su corazón, llora hasta desfallecer.

¿ Vale la pena de decir que Sarah Bernhardt ha estado sublime en este papel ?



Los grandes actores son siempre sublimes. Así, he aquí á Monsieur Georges Berr, de la Comedia Francesa, y además profesor en el Conservatorio. Cuando aparece en el escenario, todo el mundo le admira. No importa que no haga nada, que no abra la boca, que

no mueva un dedo. La admiración de París, cuando se trata de actores, no necesita pretextos. ¿ Es Sarah, es Rejane, es Guitry, es Le Bargy, es Georges Berr ?... Pues á admirarles, aunque duerman más que Homero. Y si se les ocurre dejar de ser actores, para convertirse en cualquiera otra cosa, admirarles igualmente.

Convertido en dramaturgo, Georges Berr ha logrado un éxito envidiable, tan envidiable, que d'Annunzio de seguro se lo envidia. Su comedia, que se da en Fémina, titúlase *Un jeune homme qui se tue*.

La única originalidad de este joven que se mata, es que no se mata. Pero esto mismo ¿ es muy original tratándose de enamorados ? En todo caso sabed, hermanos, que una niña está para casarse con su novio, cuando recibe una carta en que le dicen, que un joven está dispuesto á matarse en el momento mismo en que se celebre el matrimonio. Bondadosa y medrosa, la niña corre á casa del joven, para convencerle de que no muera. El joven

se convence. La niña, por su parte, se convence también de que el joven vale más que su novio, y en vez de casarse con su novio se casa con el joven. La historia podría terminar aquí ¿ no es cierto ? Pero falta la moraleja. Oíd, hermanos. Al cabo de algún tiempo, el joven nota que la niña es coqueta, gastadora y desagradable. Por su parte, la niña nota que el joven es fatuo, tonto, ligero y avaro. Entonces se divorcian, y la niña vuelve hacia su primer novio, con el cual se casa, y el joven va en busca de su primera novia, con la cual se une santamente. ¿ Quiere esta lección enseñarnos á que nos casemos siempre con nuestras primeras novias ? ¿ O es, más bien, una demostración de que en la vida todo es reparable si se exceptúa la muerte ?

E Gomez Carrillo

EL TEATRO EN ESPAÑA, por Ricardo J. CATARINEU.

Ilustraciones de D. de la PUENTE.

La Malquerida, de JACINTO BENAVENTE. — *El orgullo de Albacete*, de los señores PASO Y ABATIL. — *Más allá de la muerte*, de DON ALBERTO VALERO MARTIN. — *Como Buitres*, de DON MANUEL LINARES RIVAS. — *Lista de Correos*, de los señores FRANCÉS Y LEAL.

La Malquerida, el último drama de Jacinto Benavente, ha sido el triunfo escénico más grande de esta temporada, y aún puede decirse que de algunos años acá. *Celia en los infiernos*, con tener fragmentos admirables, y con sorprendernos á todos D. Benito Pérez Galdós por la maravillosa fragancia de sus ingenio á los setenta años, no ha conseguido popularizarse tanto como *La Malquerida*, ni con mucho. El drama de Benavente se representa ya en varias provincias, y no hubo en Madrid quien no fuera á verlo, ni tertulia ni visita en donde no sirviera de tema de conversación.

Cuando un dramaturgo llega á la popularidad de Benavente (no igualada por nadie desde los tiempos de Echegaray, mucho más discutido) suele darse el caso de que sus innumerables admiradores explican siempre cómo su obra más reciente es la mejor de cuantas produjo. Yo no gusto de afirmaciones tan en absoluto. Me contento con trans-

mitir á los lectores de *Mundial* mi impresión de ser *La Malquerida* un drama hermosísimo, digno de figurar entre los grandes aciertos de su autor.

Aunque por el grado de intensidad dramática se diferencia mucho, hay entre *La Malquerida* y *Señora Ama* una relación estrecha de ambiente. Ambas producciones tienen personajes de exacta fisonomía, de igual índole, de idénticas costumbres. Uno y otro drama conservan cierto sabor, no ya á una misma región, sino á un mismo pueblo.

Estamos ante un cuadro brusco y pasional, de almas primitivas y de sencillez rústica. Benavente, tantas veces tan aristocrático y tan exquisitamente poético, ha querido ahora trazar un drama realista y popular. Se trata, en toda esta producción benaventina, de hacer predominar siempre la acción, la pasión y el interés: los tres factores esenciales del teatro romántico; pero...

echando á un lado el romanticismo, Benavente ha demostrado que se puede sostener y acrecentar la curiosidad pública, apresurar la intriga y despertar la emoción del espectador, sin necesidad de apelar á *efectismos* de mal gusto, á recursos viejos de teatro, ni á artificios inverosímiles. Otra cosa hubiera sido impropia de su cultura y modernidad.

En un medio de labradores ricos se casó en segundas nupcias la Raimunda con Esteban, de quien está ciegamente y exaltadamente enamorada. Su amor nos recuerda, por lo noble y amplio, el de la protagonista de *Señora ama*, si bien el temperamento de *Señora Ama* era más indulgente y comprensivo. La Raimunda, sin ser menos buena, es más violenta.

De su primer matrimonio, tuvo la actual esposa de Esteban una hija, la Acacia, ya moza, y moza muy bella, por cierto. El padrastro se enamora de la hijastra: ved el drama terrible de familia, que sospechábamos desde el acto primero, y que nos ha sido plenamente confirmado durante el segundo.

El novio de la Acacia cae muerto de un tiro, cuando después de cortejar á la muchacha volvía de retirada á su casa, á campo traviesa. ¿Quién es el matador? En los primeros momentos se acusa á Norberto, primo de la chica, y antecesor de la víctima en el cortejo de ella. Después, la opinión pública reacciona, y cuando Norberto sale de la cárcel, cuenta con la adhesión de todos sus convecinos. Circulan por el pueblo vagas hablillas, con graves acusaciones concretas. Como en *La Dolores*, corre de boca en boca una copla difamadora. Parece, en fin, que el Rubio, criado de confianza de Esteban, se ha emborrachado neciamente y ha dicho algo imprudente... Llegan confusos rumores á los nobles oídos de la Raimunda. Se encierra con Norberto, le interroga y le arranca una confesión. Si Norberto abandonó á su prima, no fué porque dejara de quererla, sino por miedo á morir como ha muerto el

hijo del señor Eusebio, á traición y en medio de un camino. Dada la vehemencia habitual de Raimunda, sus increpaciones á Esteban son entonces formidables. El tiembla avergonzado. Y hasta aquí van dos actos de insuperable interés en la acción. El tercero y último es muy ventajoso sobre ellos, aunque el desenlace ha enfriado por un momento los entusiasmos de los elegantes abonados al Teatro de la Princesa.

En el tercer acto, digo, el autor ha ascendido de plano, intelectual y moralmente; ya no nos interesan los hechos sino las almas. Vemos á Esteban regenerado por el arrepentimiento, y descubriéndonos sus zozobras, sus batallas íntimas, sus disculpas ingenuas. La hijastra se negó desde el primer día á mirarle como á un verdadero padre. ¿Qué raro que él, entonces, se aclimatara á no ver en ella tampoco á una hija, sino á una mujer? La Acacia, por su parte, describe las asechanzas, las persecuciones de que fué víctima, y nos inclina á absolverla del amor semi-incestuoso que en ella adivinamos. La Raimunda, siempre generosa, perdona al marido y á la hija. Ruega llorosa á la Acacia que no denuncie á Esteban. Pide

á éste, casi de rodillas, que se regenerere y se emancipe de su amor criminal. Quiere que sean, el padrastro y la hijastra, padre é hija verdaderamente, y les echa al uno en brazos del otro. Para un escritor vulgar y sensiblero, el conflicto



Maria Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, en "La Malquerida".

estaría terminado. Pero Benavente pertenece á la estirpe de los más altos dramaturgos. El sabe que los hechos llevan á puntapiés á las ideas, como dijo el poeta, y que la realidad impone sus decretos terribles contra las más bellas ilusiones. Y así, con la fatalidad de la tragedia clásica, el mutuo amor de Esteban y Acacia resurge un momento, gloriosa y brutalmente. Su beso no es de paz, sino de sensualismo. La catástrofe sobreviene con lógica espantable y fatal. El espíritu de Eurípides ha cernido un instante sus alas grandiosas sobre un pequeño cuadro familiar de labradores toledanos. La Acacia contempla á su madre en rival victoriosa. Esteban, horrorizado, intenta huir. La puerta se invade de gente. Entre ésta, aparece la Raimunda cerrando á su marido el paso. La escopeta de Esteban se dispara, y la Raimunda cae mortalmente herida. Su sangre separará para siempre á los amantes; he aquí su única esperanza al morir.

La interpretación ha sido cercana á lo perfecto. María Guerrero ha estado inspirada como nunca, y su triunfo ha sido, sin exageración de ninguna clase, casi tan grande como el de Benavente. El Sr. Díaz de Mendoza, admirable de sobriedad y de expresión isonómica en el Esteban. Vilches (El Rubio) muy bien igualmente, aunque un poco con receta teatral. La Sra. Torres y el Sr. Carsi, estupendos en dos papeles secundarios. Y la Sra. Ladrón de Guevara, quizás cortita en las últimas escenas, por culpa de la natural inexperiencia de sus pocos años, compuso excelentemente la presentación del personaje, y fué una delicia de ingenuidad durante los actos primero y segundo.

Su originalidad misma, en el estupendo desenlace singularmente, contribuye á hacer de *La Malquerida* una obra maestra.

Aunque á mil leguas del orden artístico, *El orgullo de Albacete* no ha sido inferior á la reciente creación de Benavente en lo relativo al éxito de taquilla, como suele decirse. El Teatro de la Comedia está diariamente lleno, pero con llenos rebosantes. El público prefiere reír á llorar ¿por qué no confesarlo?

Una pura emoción estética les cautiva menos á casi todos los espectadores, que una situación cómica imprevista ó un retruécano á tiempo. Van al espectáculo por divertirse. No quieren razonar el deleite de la tragedia, como en hermosas palabras lo reconocía San Agustín. Ponen sobre todas las cosas la buena digestión, y llaman digerir bine á reír mucho. *El orgullo de Albacete* es la comedia ideal, dentro de esta teoría. |

La justicia obliga á proclamar, sin embargo, que la labor de los señores Abati y Paso, autores de *El orgullo de Albacete*, adaptación de *Loute*, de Veber, ha resultado un trabajo muy estimable. ¿Cómo, durante algunos años, tuvieron olvidado los traductores españoles profesionales este sainetón tan divertido? La respuesta es sencilla: por tratarse de un caso en el cual no bastaba poner en castellano lo escrito en francés. Para sacar provecho de *Loute*, se hacía indispensable españolizarla y blanquearla, por decirlo así. Se imponía que desaparecieran los elementos exóticos y libertinos, que no eran pequeños. Transformar una obra atrevida en otra impecable, y una



Vilches en el papel de El Rubio, en "La Malquerida".

cosa puramente francesa en algo de carácter general, no era empresa fácil. Negar la habilidad de los Sres. Paso y Abati en esta ocasión, sería resistirse á la evidencia.

Han dialogado de nuevo todo el juguete cómico de Veber, y quizás en este punto es en donde no anduvieron ya tan acertados, porque no faltan á veces chistes de poco ingenio, ó que entorpecen la situación, en vez de acrecentarla. Pero el conjunto es felizmente risueño, y los espectadores salen del teatro contentísimos. En palcos, butacas y galerías, resuenan sin cesar risas atroadoras.

¿Detenerme á contar este *vaudeville*? Lo juzgo innecesario, no solamente por el peligro de que ya conozcáis la *Loute*, de Veber, sino por la modestísima categoría artística de la obra, y porque las situaciones de risa, graciosísimas cuando ocurren, no son ya tan graciosas cuando se refieren.

De los intérpretes ha sobresalido el Sr. Bonafé, destacándose también Mercedes Pérez de Vargas, Irene Alba, el Sr. Zorrilla, y el Sr. González.

La [compañía] de Enrique Borrás ha sido reemplazada en el Teatro de Price por la de Emilio Sagi-Barba. De éste, hablaremos otro día. De Borrás, baste decir hoy que empezó su temporada con grandes entradas, y la ha terminado muy flojamente. No ha sido culpa del gran trágico, sino de las condiciones del local donde actuaba. Ni en Price se oye una palabra desde la sexta fila de butacas, ni la falta de calefacción es tolerable en noches á seis bajo cero. Borrás y sus compañeros de faena, y el puñado de admiradores que le han favorecido tenazmente hasta el final de la campaña, han demostrado ser de bronce. Están garantizados contra las pulmonías.

Claro era que en estas condiciones el trabajo se hacía difícil. De ahí, el reducido número de estrenos que han venido á alternar con un repertorio ya agotado.

La última producción estrenada por Borrás, ha sido un interesante boceto de tragedia en un acto. El título es *Más allá de la Muerte*, y el autor un novel dramaturgo de mucho talento, el joven y conocido poeta D. Alberto Valero Martín.

Estamos ante un monólogo coreado. El principal intento de Valero Martín, en su obra, fué dar motivo de lucimiento á Borrás, lo cual ha conseguido con creces, porque nuestro insigne comediante ha sido aplaudidísimo en un papel tan dentro de su temperamento y facultades. Se trata de un manicomio, donde nos es presentado un demente que mató en arrebatado de celos á su esposa adúltera, y loco desde entonces, no reposa, bajo la obsesión de las constantes reparaciones nocturnas de la culpable. Su hija le visita en la casa de orates, y él, alucinado por un misterioso y profundo parecido con la madre, la da muerte en otro ataque de locura.

Todo esto, con ser emocionante y extraño,



Mercedes Pérez de Vargas, y los Sres. González y Bonafé, en "El orgullo de Albacete".

nos sabría á poco, si Alberto Valero Martín no hubiera puesto en las figuras secundarias y en el diálogo el sello noble de su brillante personalidad literaria, tan castellanamente rotunda.

Simó Raso ha estrenado una comedia y un sainete en su teatro Cervantes. La primera, en dos actos y original de Linares Rivas, me parece de lo más débil é incoloro que hasta ahora este escritor produjo. Titúlase *Como Buitres*, y se limita á una larga exposición de las habilidades con que, en una testamentaria, puede burlarse la voluntad del testador. Las idas y venidas de los herederos para cobrar la herencia, duran acto y medio. A última hora se improvisa una vulgar intriga sentimental, cuando ya no es posible que interese. Sin embargo, Manuel Linares Rivas tiene su público, y éste no le abandona en ningún caso. *Como buitres*, fué una comedia acogida al caer el telón con grandes demostraciones de entusiasmo. Al cesar la ovación, iban desfilando por el ves-

tíbulo todos los espectadores con caras de aburridos para algunos días.

He hablado de un sainete, y me refería á *Lista de Correos*. Es sencillo, ingenioso y de buen gusto. Los autores se han ceñido á la observación de tipos é incidentes curiosos, en la oficina postal que el título indica. Los Sres. Francés y Leal han demostrado excelentes aptitudes de saineteros, dentro de la sencillez clásica que las tradiciones del género exigen.

Y quiero terminar aquí mi crónica y no extenderme más, para no molestar á ustedes con el enojoso recuerdo de una docena de producciones teatrales nuevas — sainetes, zarzuelas, traducciones del francés —

con que han perturbado la tranquilidad de nuestra plácida existencia en Madrid, algunos autores fáciles de contentar con un aplauso efímero é indulgente, y aun á veces con una verdadera algarabía tumultuosa de protestas, que no suele impedirles presentarse en escena á saludar al público.

Olvidemos tales concepciones escénicas, absolutamente desdeñables, y perdonemos á sus respectivos autores de todo corazón, ya que llevan la penitencia en el pecado.

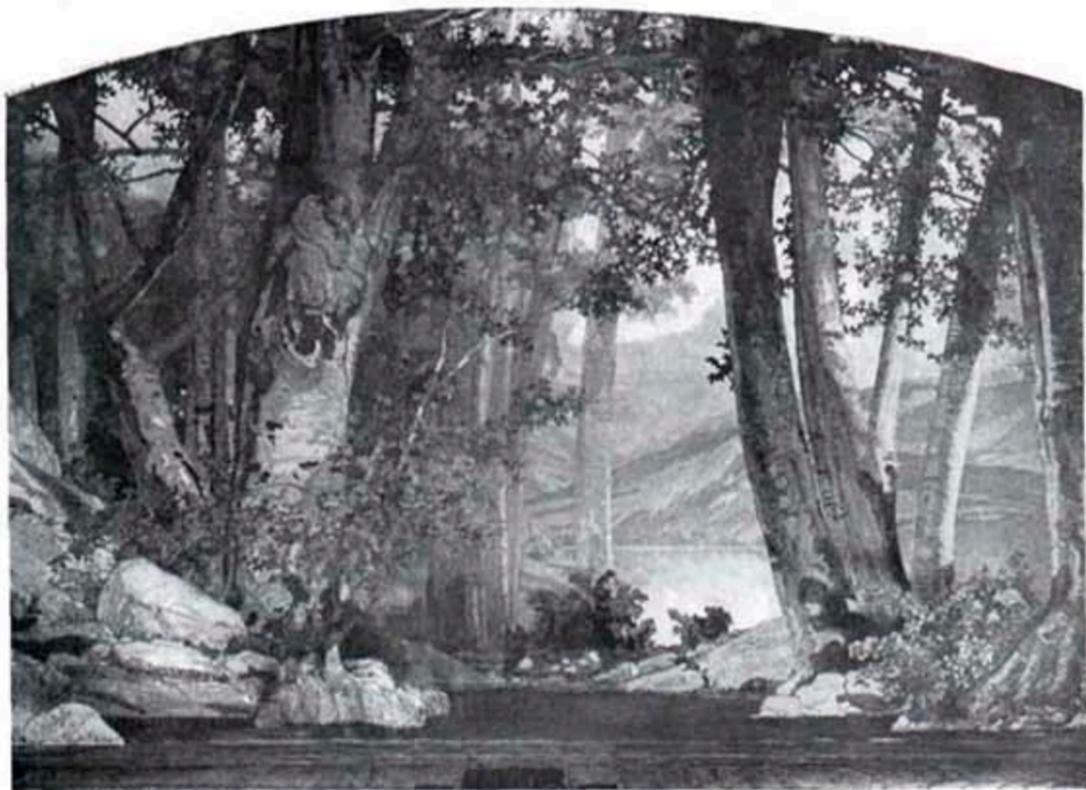
Ricardo Hatarey

FUERTES CADENAS

Con guirnaldas de jazmines
Me encadenaste los brazos,
Y sin poder defenderme
El amor me hizo su esclavo.
Hubieran sido de hierro
Las cadenas, y mis manos
Como se troncha á una rama
Hiciéranlas mil pedazos.
Mas siendo de flores cándidas,
Como es tu pecho de cándido,
Más fuertes que el duro hierro
Tus brazos me encadenaron.
Que no hay mayor fortaleza,
Ni más perdurable lazo,
Que esas guirnaldas de flores
Con que me ataron tu manos,
Tan finas como la seda
De las hojas de los nardos.

Sevilla.

J. MUÑOZ SAN ROMAN.



PARSIFAL

Por Eduardo HERRERA



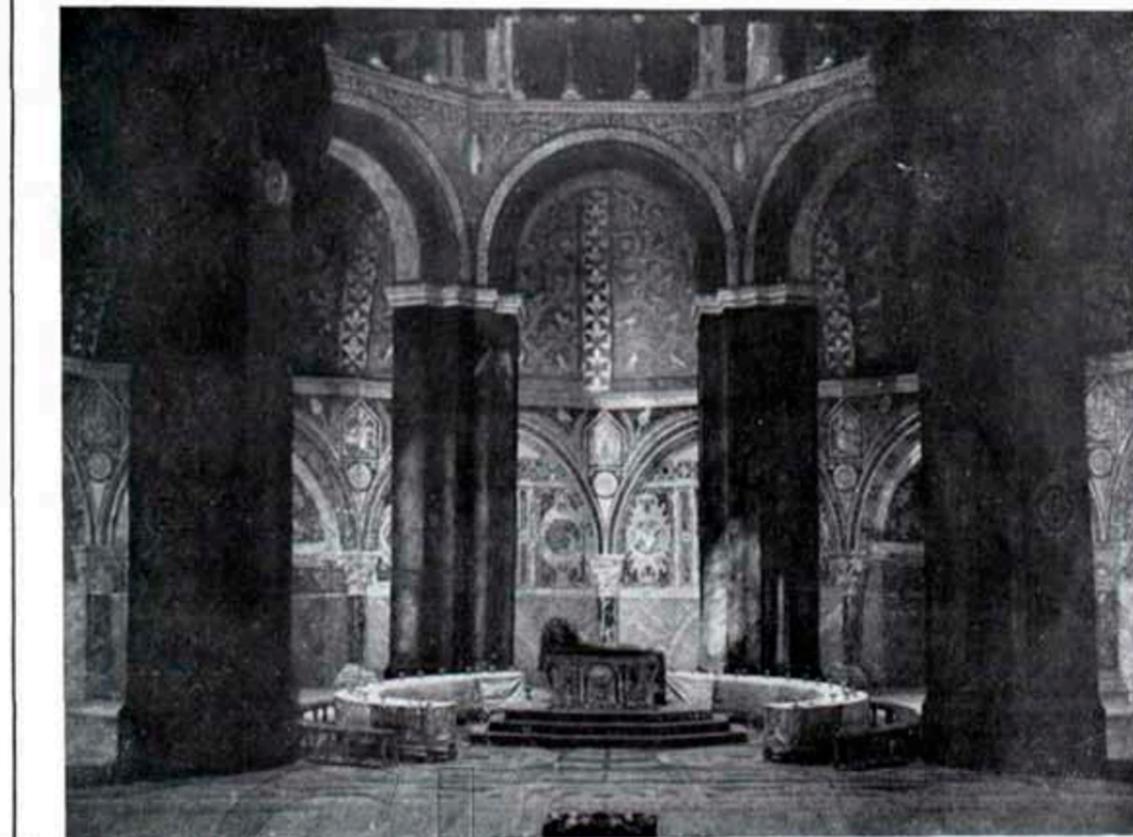
EL drama sagrado, el « milagro » de Ricardo Wagner — según la expresión de Franz Liszt — ha abandonado el misterio del templo de Bayreuth. Ya no será necesario ir hasta el fondo de la Baviera, donde se eleva el teatro-modelo en el que la voluntad del creador quiso encerrar su obra, para escuchar una de las más grandes maravillas de armonía que hayan sido ofrecidas á la humanidad.

El 1º de enero de 1914, en virtud de la ley, la obra entera del Maestro cae bajo el dominio público. Wagner hubiera querido que el teatro de Bayreuth fuese algo así como un santuario, en el que no serían admitidos sino los creyentes, los iniciados. Por razones económicas vióse obligado á abandonar su sueño, pero decidió que *Parsifal*, al menos, no sería representado sino en Bayreuth.

Los grandes teatros de Europa han esperado, impacientemente, el término fijado para lanzar al gran público el primor de la maravilla. Cuentan las revistas que ha habido uno — el de Bologne — en el que los primeros acordes del drama sacro resonaron á las doce y un minuto de la noche, es decir, en el primer instante del día legal. A las seis de la tarde de ese mismo día, la Ópera de París nos ha ofrecido la *répétition générale* ante ese mismo público de todas las « primeras », esta vez recogido y silencioso.

Yo no sé si debemos regocijarnos, ó si debemos lamentar que *Parsifal* haya abandonado ese lejano Bayreuth, lugar de peregrinación y de fé, lugar rodeado de un prestigio de ensueño y de misterio, tentador como toda cosa prohibida, sublime á pesar de los turistas, de los *snobs* y de los rastacueros, ideal en medio de la pesadez germánica.

La Ópera de París ha querido guardar —



Decoración del segundo cuadro del acto primero.

al menos en gran parte — la tradición de Bayreuth, respetar la voluntad del Maestro. La orquesta ha sido maravillosa de precisión y de armonía; los coros de una sonoridad admirable; los solos han realizado con rara perfección el ideal del canto wagneriano; las decoraciones son ricas de color, y trazadas por pinceles de maestros. Y sin embargo, algo faltaba en el ambiente, algo nos alejaba del recogimiento y de la unción con que debe escucharse el drama. ¿ Eran, acaso, el oro y la luz de la magnífica sala? ¿ Era, acaso, la orquesta aparente y no invisible en el « abismo musical », como en Bayreuth? ¿ O bien esas voces de niños que no nos vienen desde lo alto de la cúpula, y que pierden así en misterio y en excelsitud? No lo sé.

Pero á veces me era necesario — siguiendo el consejo del Maestro — cerrar los ojos

para abandonarme á la virtud de la sinfonía pura.



Mas he aquí que el drama comienza. El prelude maravilloso nos cuenta los orígenes del *Graal*, el vaso sagrado que contiene la sangre preciosa del Redentor, que José de Arimatea recogió de la herida abierta por la lanza de Longino. En la cima del *Monsalvat*, al norte de España, se halla el místico asilo, el templo-fortaleza, el castillo del *Graal*, en el que caballeros sin mancha guardan la santa reliquia. Todo es paz y tranquilidad en el servicio del Señor... Y de pronto, el torrente de armonía se hace doloroso y grave: es como un inmenso lamento, como una súplica desesperada, como un último llamamiento al Eterno... El pecado se ha introducido en el



Mlle. BRÉVAL, en el papel de Kundry.

sagrado recinto. ¡Todo es tristeza y dolor... ¡ Redención! ¡ Redención!

Y el telón se alza sobre un bosque severo en los dominios del *Graal*. Amanece. A lo lejos, del lado del castillo, se oye el toque matinal de las trompetas. « He aquí la llamada. Load el cielo ». Gurnemanz, decano de los caballeros, despierta á los jóvenes pajes. Es la hora del baño del rey Amfortas en el lago sagrado. Una profunda y misteriosa herida, que nada puede curar, le martiriza. Y he aquí que aparece la más extraña criatura, la más extraña de las mujeres. Los vestidos en desorden, los cabellos desgreñados, casi desfalleciente. Parece que una fuerza oscura é inmensa la impulsara. Sus ojos brillan lejanos, casi inmóviles. Es Kundry, la mensajera del *Graal*. Es Kundry, la impenetrable, la maldita, la que sólo vive para expiar la falta de otra vida, no perdonada. Ella fué encontrada en el bosque cuando se comenzó á construir el templo. Ella desaparece misteriosamente, y cada vez que ella se aleja, la desgracia se abate sobre el castillo.

Del fondo de la Arabia, Kundry trae un bálsamo para Amfortas, y luego se arroja por tierra: « Dejadme, dejadme. Estoy cansada ».

Y Gurnemanz nos cuenta cómo Titurel, « el héroe santo », ha construido el templo, y cómo la santa lanza ha caído en manos del réprobo. Los caballeros del *Graal* viven en paz cuando se presenta Klingsor, el hombre indigno. En vano quiere ser admitido en el santo recinto, en vano no pudiendo dominar sus impuros deseos se mutila. Es rechazado para siempre, vergonzosamente. « Para mejor vengarse de nuestro desprecio recurrió á la magia. Y he aquí que la landa convirtiéndose en un parque encantado. Y extrañas mujeres florecieron ».

Amfortas ha sucedido á su padre Titurel, agobiado por los años. Armado de la santa lanza, fué á combatir á Klingsor. Pero una mujer « terrible y bella » se levanta en su camino. El rey sucumbe al deseo, y la lanza

se le cae de las manos... « Un grito de muerte... Yo corro hacia él. Pero Klingsor, ya lejos, reía, y yo vi entre sus manos la santa lanza... Y una ancha herida se abrió en el costado del Rey, la herida que no se cierra. »

Pero aún hay una esperanza, una esperanza de paz y de perdón. « Instruido por el sufrimiento, el Puro ha de venir. Espera en él. »

Y he aquí que Parsifal aparece. Sus flechas han herido de muerte un cisne blanco. Es á la vez arisco y dulce. El no sabe de donde viene, ni á donde va, ni quien fué su padre. ¿ Su nombre? El lo ha olvidado. Ante los reproches de Gurnemanz, ante la lección de piedad, rompe su arco y arroja sus flechas. Y cuando Kundry le dice que Herzeleide, su madre, ha muerto, se lanza furioso á su cuello y quiere ahogarla. ¿ Es él, acaso, el Puro, el Elegido? Gurnemanz tiene un vago presentimiento. Ambos emprenden el camino del templo.

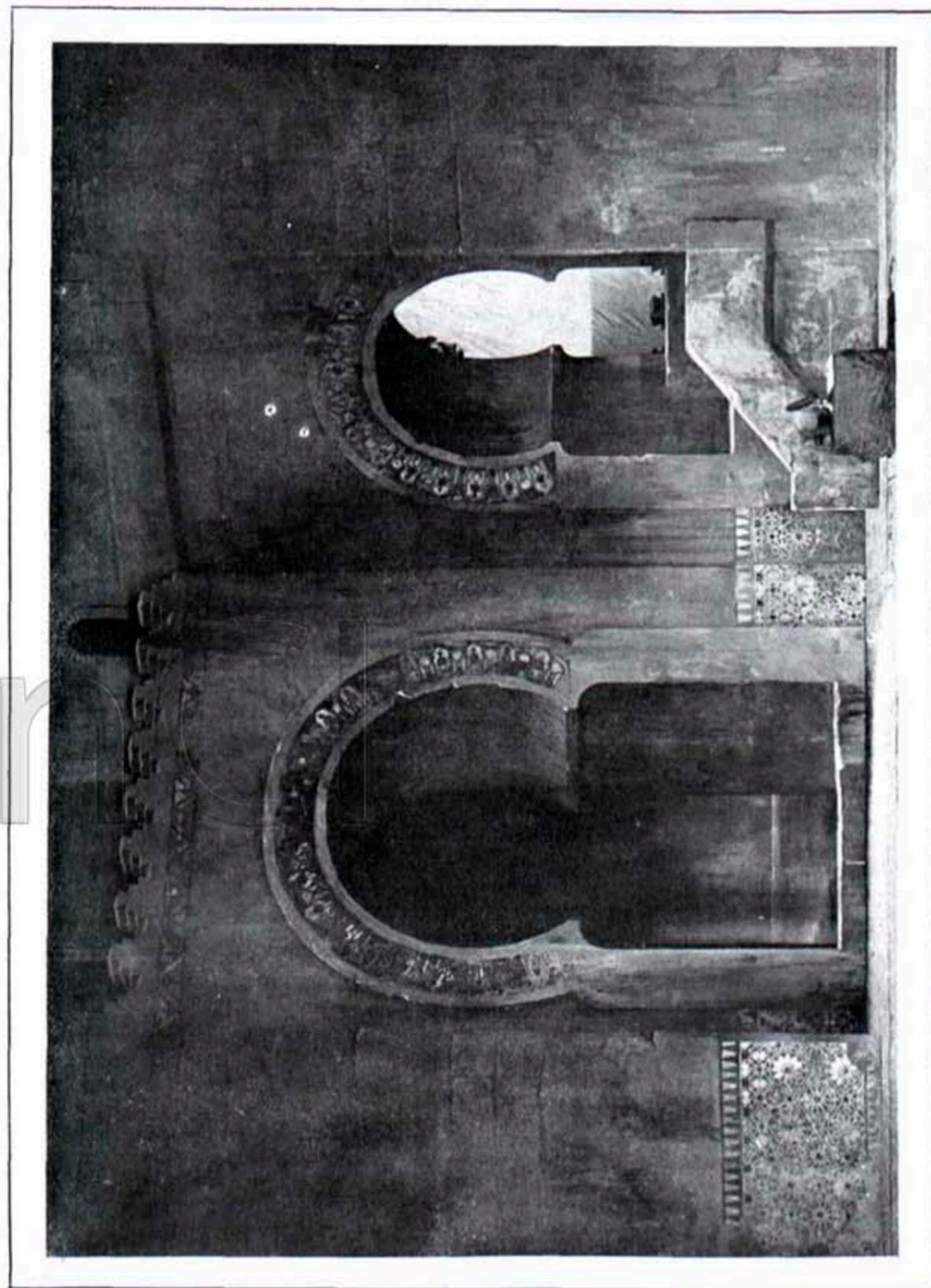
Es un camino abrupto, pedregoso, en el seno de la montaña convulsionada, de aquel macizo de Monserrat, en Cataluña, que se dislocó, se deformó, estalló de horror, en la hora misma en que el Redentor agonizaba en la cima del lejano Gólgota. Y aquí, como en ninguna otra obra del « creador bárbaro », re-

salta esa estrecha correlación que existe entre la música y la escena, entre la sinfonía y la decoración. « Es una música que se armoniza con cada etapa del héroe, con cada uno de los accidentes del terreno, con cada uno de los sitios que conducen al predestinado hacia la cima gloriosa. Es una música ascendente que sube, que se alza hasta los últimos límites de la potencia, á medida que Parsifal asciende y vislumbra, entre las desgarraduras de las rocas, las primeras galerías del santuario augusto ».

Y luego, en el templo, las naves se llenan de una armonía casi divina. Es la hora del oficio sagrado. « Seamos prontos para la cena de amor... Aquél que ha hecho el bien,



Mr. FRANTZ,
en el papel de Parsifal.



Decoración
del
Primer Cuadro
del Acto II.
El antro
de Klingsor.



Decoración del segundo cuadro del acto segundo.

viene al banquete divino... Y su alma recibirá allí el maná de los elegidos. » Y luego son las torturas, el atroz sufrimiento de Amfortas. Cada vez que oficia, su herida se abre y el dolor quema su sangre. « ¡Gracia, gracia! ¡Oh, Rey de perdón, toma mi corona, cierra mi llaga... que yo pueda morir puro y sin mancha! »

De lo alto, un torrente de armonía trae la promesa de perdón: « Instruido por el sufrimiento, el Puro ha de llegar. Espera en él. »

Amfortas eleva el santo vaso. Una semi-obscuridad crepuscular invade el templo, y se oyen como voces de ángeles: « Tomad mi sangre, tomad mi cuerpo. » Todos están de rodillas. Una claridad que viene de lo alto ilumina el *Graal*. Las voces resuenan de nuevo, lejanas y misteriosas.

Parsifal está inmóvil, completamente absorto. Parece que nada hubiese llegado hasta él. El nada parece ver. « Sal de aquí — le dice Gurnemanz — deja en paz a los cisnes. Tú no eres sino un simple. »

Y de lo alto llega de nuevo la promesa de perdón...

« Rosa del infierno, Heredías rediviva. » Así llama, así invoca Klingsor a Kundry,

la mujer fatal, la tentadora, la muerte de las almas. Es la humilde servidora del *Graal*, y el instrumento de la venganza del réprobo. Por ella Amfortas perdió la gracia, y la tristeza y el duelo entraron en el santo recinto.

Y ella aparece como una visión lejana, como si despertase de un pesado y terrible sueño. Su voz es como un lamento grave, profundo. « ¡Oh, no he sombría! ¡Oh, locura! Noche, noche. Eterno sueño. Muerte. »

Klingsor sabe que Parsifal ha de venir, y Kundry será una vez más el instrumento de la perdición... Y he aquí el héroe que llega. El vence, desarma, hiere los caballeros de Klingsor. El jardín encantado aparece con su nota de rojo ardiente, « color de vicio ». Parsifal resiste a las tentaciones de las *Blumenmädchen*, las « mujeres-flores ». Pero Kundry aparece magníficamente bella, reclinada sobre un muelle lecho. « Parsifal, ven ». El héroe se detiene. « ¿Parsifal?... En sueños, así me llamaba mi madre ». « Quédate, Parsifal. Yo traigo para ti la alegría y la felicidad ». Y la tentación comienza, suave, dulce. Ella le habla de su madre Herzeleide. Ella pasa sus manos por la frente del héroe, y le enlaza el cuello entre sus brazos. Luego le atrae hacia ella, y sus



Tercer cuadro del acto segundo.

labios se juntan. Pero Parsifal se desprende bruscamente, y se lleva la mano al corazón, como si un arma oculta le hubiese herido. « ¡Amfortas! La llaga, la llaga. » El la siente, la llaga, la llaga incurable, la llaga del deseo. Parsifal parece transportado en un terrible éxtasis. Cae de rodillas, é implora: « ¡Dios justo, Dios de perdón! ¿Podré yo expiar tal pecado? » Kundry se inclina. Quiere enlazarle de nuevo entre sus brazos. Él revive la caída de Amfortas: « ¡Ah, esa voz! Esa voz yo la reconozco... Y el otro que le sonríe. Y eso: labios que temblaban del deseo de él. Y así se inclinaba su nuca, y así se ofrecía su frente. Y así le inundaron sus cabellos y le enlazaron sus brazos ». Kundry implora, suplica, en una exaltación casi salvaje: « Si un solo beso mío te ha hecho vidente, el éxtasis de mi amor te hará divino. »

« Vete, mujer de perdición ». Kundry suplica, grita, llama en su auxilio. Klingsor aparece. Arroja la lanza sagrada contra el héroe. Mas el arma queda suspendida sobre la cabeza de Parsifal. El la toma entre sus manos, y hace con ella la señal de la cruz. El castillo se desploma todo entero. El jardín desaparece, ya no es sino una landa árida y triste. Kundry se abate en un grito de

espanto. Parsifal, desde lo alto de un muro, se vuelve hacia ella, y le dice: « Tú sabes donde podrás encontrarme aún. »

Un alba primaveral. Una paz infinita. Los árboles florecen, una fuente susurra dulcemente. Todo habla de perdón. De la orquesta se elevan inefables acentos de piedad y de amor. Es el Viernes Santo, el día de la Redención, el día sacro entre todos.

Han pasado muchos años. Gurnemanz vive en ermitaño en un bosque del santo dominio. Una queja se escucha. Es Kundry humilde, Kundry en tosco traje de penitencia. Sus movimientos ya no son bruscos, son suaves. Su mirada es de una gran dulzura, de una gran resignación. Ella inclina la cabeza y no dice sino estas palabras, estas solas palabras: « Servir, servir ».

Y Parsifal surge cubierto de una negra armadura, la visera calada, la lanza en la mano. Marcha lentamente, como en un sueño. No dice una palabra. Luego planta la lanza en el suelo, retira su casco, deposita por tierra la espada y el escudo, y se arrodilla. Algo como un éxtasis sagrado le domina. Sus miradas se dirigen hacia la extremidad

de la lanza con un extraño fervor. Gurnemanz le reconoce. Es el ingenuo, el simple que él arrojó del templo. Reconoce la santa lanza: « Oh, el día venturoso ha llegado al fin ». Pero el héroe ha tenido que sufrir muchas pruebas antes de llegar al místico asilo. El desfallece. Kundry acude á buscar el agua de la fuente. Ella retira la armadura, y lava los pies del héroe. « Servir, servir ». Ella vierte una esencia sobre sus pies, y los enjuga con sus propios cabellos. « Servir, servir ». Y el héroe santo bautiza á la mujer arrepentida, á la nueva María de Magdalo. « Yo te bautizo en nombre del Dios que salva. »

El tema de la redención. ¡ Oh, la infinita dulzura de esas notas! Claras y tenues como el agua de una fuente pura; luminosas y suaves como un alba primaveral. Es el *Encantamiento del Viernes Santo*. « ¡ Cómo son bellos los prados en este día! Jamás el perfume de las flores me ha parecido tan dulce », dice el héroe. Y el arte divino del Maestro nos lleva á las más altas cimas del místico fervor.

Y Kundry, la maldita, la Rosa del infierno, llora. Y el Puro besa la frente de la mujer arrepentida. « Tú lloras. Mira el prado que sentíe. »

Gurnemanz pone sobre los hombros de Parsifal el manto de los caballeros del *Graal*. Todos emprenden el camino del templo.

La decoración cambia lentamente. La selva desaparece, y los macizos de rocas se suceden.

Luego son vastas bóvedas y numerosas arcadas. El sonido creciente de las campanas llena el espacio de místicas armonías, y el templo aparece de nuevo. La sinfonía y la luz son graves, tristes, casi fúnebres.

En medio de la nave hay un catafalco. Dos lentas teorías de caballeros llevan el ataúd de Titurel y la litera de Amfortas y el santo tabernáculo.

Titurel ha muerto. Hace ya muchos años

que Amfortas no oficia, no pudiendo soportar la inmensa tortura, la herida que se abre, el dolor que le quema la sangre. Y el Fuerte el elegido de Dios, Titurel, no ha podido vivir sin la presencia del divino vaso.

Los caballeros quieren obligar al Rey á officiar por última vez: « Descubre el *Graal*. Celebra el oficio. Tu padre te lo ordena. Es necesario, es necesario. »

Pero Amfortas, en un arranque de desesperación, se arroja en medio de ellos. La muerte le será preferible. El destroza sus vestidos, ofrece su pecho desnudo á las espadas. Todos se alejan sobrecogidos de horror. Entonces aparece Parsifal, acompañado de Kundry y de Gurnemanz. Tiene en sus manos la santa lanza. Extiende el brazo, y toca con la punta del hierro el costado de Amfortas. « La verdadera salud está aquí. Sólo puede curar el hierro que abrió la herida... Sé puro, sin mancha, sé perdonado. Yo llenaré los deberes de tu cargo... Bendito sea tu sufrimiento. Por él, la piedad abrió al verdadero saber el corazón de un niño ingenuo. »

Los pajes abren el tabernáculo. Parsifal sube al altar, retira el *Graal*, y se inclina ante él en una plegaria silenciosa. De la cúpula descenden un haz de luz y una blanca paloma. La sangre preciosa se ilumina, y lanza en

torno suyo divinos reflejos. Amfortas y Gurnemanz se prosternan ante el héroe santo.

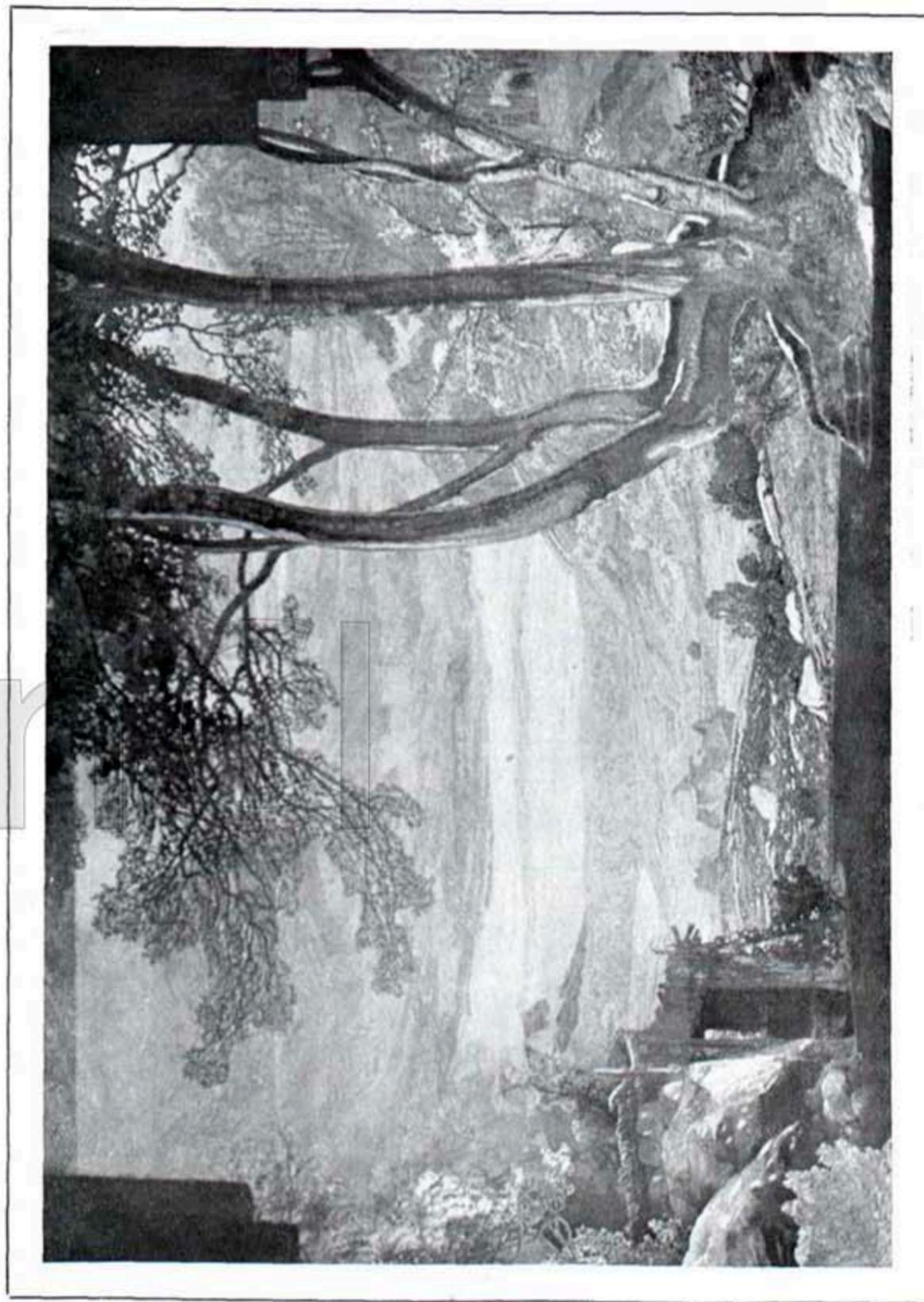
Todos se arrodillan. Parsifal les bendice, bendice la mujer arrepentida que cae muerta á sus pies, libre de toda culpa, redimida, perdonada.

¡ Redención! ¡ Redención! Voces lejanísimas, como voces de ángeles, se oyen apenas distintas. « ¡ Oh, milagro divino! ¡ Salud á aquél que nos salva! »

Y el telón cae, lentamente, mientras la orquesta se apodera de los temas en una maravillosa armonía, en una sublime plegaria, en un glorioso himno de paz y resurrección.



Mr. DELMAS,
en el papel de Gurnemanz.



Decoración
del
Primer Cuadro
del
Acto III.



El Louvre desconocido

Por H. VIGNERON



EN el momento en que la Gioconda vuelve a su hidalga casa del Louvre, he de ser oportuno hablar de este palacio, que, luego de serlo antaño de los reyes de Francia, lo es ahora del Arte mundial.

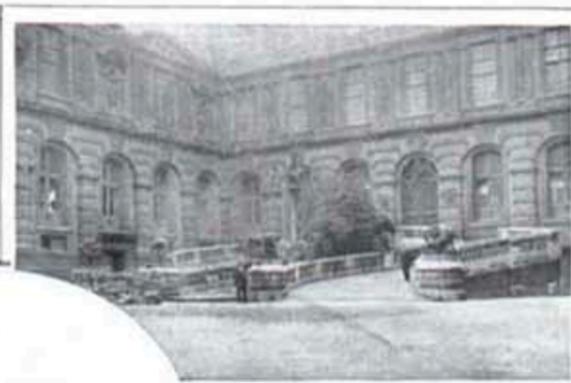
Hablar del Louvre conocido, de los salones y de las estancias que diariamente visita el público, fuera trivialidad... Pero hay en la vida del Louvre un aspecto del todo ignorado: es el de la intimidad, á la que sólo tienen acceso los empleados y los curadores del Museo, manteniéndose hermética para

toda persona ajena á la Casa. De ese Louvre desconocido, hagamos pues el tema de esta conversación.

Las colecciones del Museo están divididas en 7 secciones ó departamentos, y al frente de cada uno de estos departamentos hay un conservador-jefe, y un número variable de adjuntos y de agregados, así como de individuos del personal administrativo. Una dirección general gobierna el grupo de los Museos nacionales, que además del Louvre comprende el Luxemburgo, Cluny, Saint-Germain, Versailles, Trianon, y Maisons-Lafitte.



La lampistería es uno de los más curiosos anexos del Museo.



La escalera, en forma de herradura, que fué construida para que pudieran subirla fácilmente los caballos del príncipe imperial, hijo de Napoleón III.



De los jardines del Louvre, éste es el único que se salvará del vandalismo moderno.

La vigilancia de las salas y de las galerías del Louvre, cuyo número es de cerca de 200, está encomendada durante el día á los guardias, á los agentes de vigilancia auxiliar, y á los « gardiens de la Paix ». El número total de los vigilantes de esas

tres categorías es de 168.

Pero esos 168 agentes no están en sus puestos siempre, y hay que contar con numerosas ausencias por enfermedad, permisos, ó servicios de noche. De ordinario no pasan de 120 los agentes en servicio activo.

Es indudable que este número es harto escaso, para un Museo que encierra riquezas de todas clases y de valor inestimable.

Dos equipos, armados de pistolas Browning, se relevan para la guardia nocturna del Museo. Estos equipos cuentan con el auxilio de dos perros policías, llamados Filax y Max.

Cada vigilante tiene dos noches de guardia por mes. Estas rondas nocturnas duran dos horas, y durante ellas los vigilantes suben y bajan 2.000 escalones, y recorren 6 kilómetros de galerías.

La misión de los vigilantes no se limita á la guardia del Museo, y de su incumbencia es también la limpieza y el arreglo de las salas y de las galerías.

Para los trabajos de limpieza, el Louvre consume anualmente 500 kilos de cera, 1.000 hectólitros de serrín, 20 docenas de plumeros, y así sucesivamente una serie de cifras bastante respetables de utensilios é ingredientes.

Antes de la desaparición de la Gioconda, los guardianes disponían en el Museo de ciertas habitaciones, que les servían de vestuario general. Una de las primeras reformas

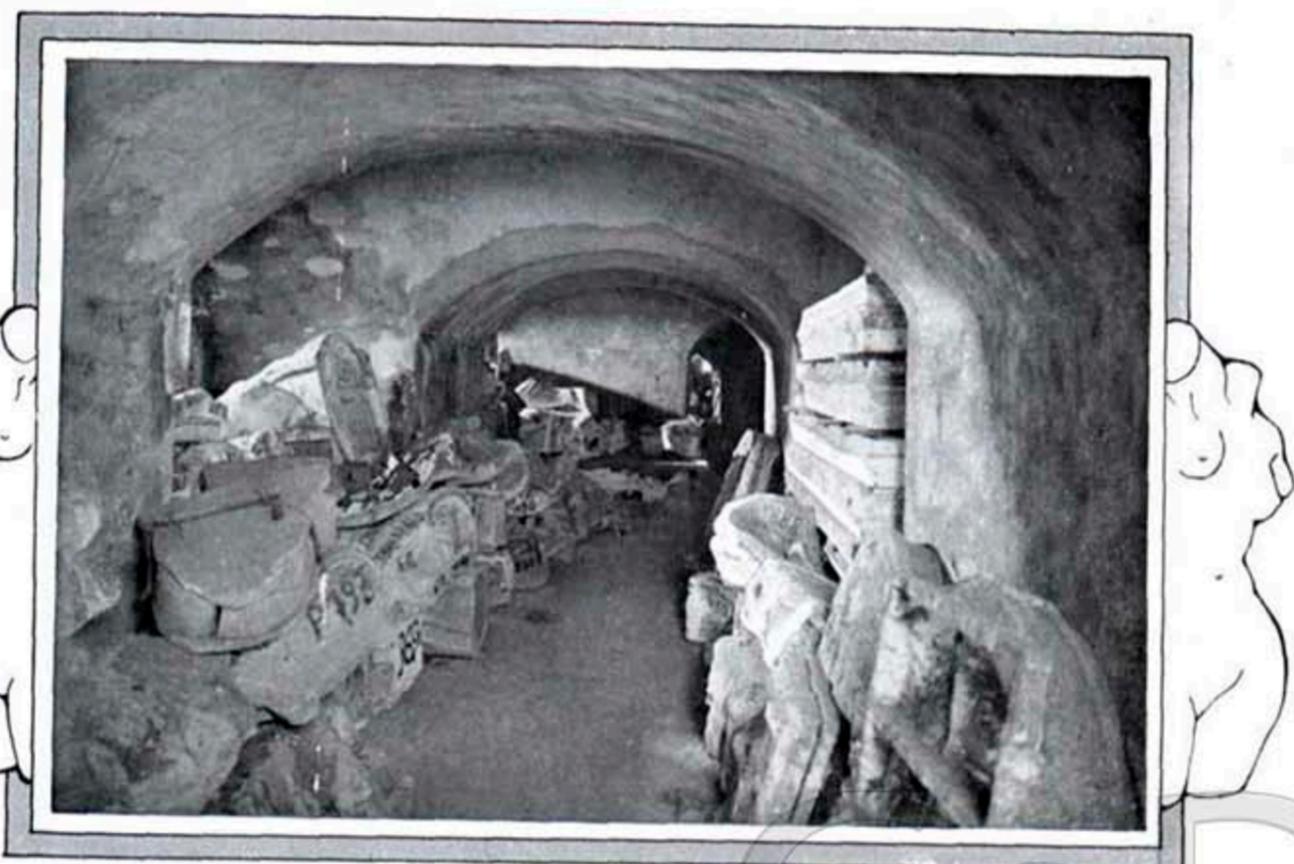
introducidas en la organización del Museo por el actual Director de Seguridad, fué la instalación de un vestuario central para los vigilantes. Este vestuario se dispuso en el antiguo depósito de las carrozas de la Corte Imperial de Napoleón III, en la parte del palacio llamada Patio Lefuel.

Cada vigilante dispone de un armario, dentro del cual guarda su uniforme y los utensilios de limpieza que constituyen su ajuar de trabajo en el Museo.

En julio de 1913, se fundó en el Louvre una cantina familiar, cuyos socios son los vigilantes y los obreros agregados al personal del Museo. El objeto de esta cantina es la organización de las comidas, en común, y en las mejores condiciones posibles de comodidad y de economía. Para lograr tal resultado, la cantina no ha de recibir otros ingresos que no sean los estrictamente necesarios para su sostenimiento, para la renovación del material, y para el pago del personal que se ocupa de ella.

El servicio de la cantina está hecho por dos mujeres, inscriptas en los retiros obreros, aseguradas contra los accidentes del trabajo, y pagadas á razón de un jornal de 3 frs. 50 por día. El precio de cada comida en la cantina no excede la módica suma de 0 fr. 75, y si este « menu » se completa con vino y café, el precio sufre un pequeño aumento hasta 1 fr. 10. Tales son las condiciones de higiene y de economía, dentro de las cuales pueden alimentarse los empleados del Louvre.

En el Museo existen talleres de reparaciones y de reproducción, pues las maravillas atesoradas en las galerías exigen cons-



El depósito de moldes en yeso presenta el aspecto impresionante de una necrópolis.

tantes cuidados, y tan indispensables como difíciles reparaciones.

En el primer grupo están comprendidos los talleres de carpintería, de tallado de mármol, de confección de marcos, y de reparación de lo antiguo.

En el segundo orden están incluidos el taller de moldeadores y el de calcografía, ó impresión de estampas.

El taller de carpintería confecciona para el Museo los zócalos, los estuches, las mesas, las vitrinas, y procede, de igual modo, á las reparaciones del mobiliario utilizado en el Museo.

En el taller de marmolistas, los obreros montan las esculturas antiguas que, procedentes de excavaciones, llegan generalmente divididas en pedazos.

Las reproducciones en yeso que se hacen en los talleres, se venden, y su rendimiento pasa á la caja de los Museos Nacionales Reunidos. La venta de estas reproducciones importó, en el año de 1913, más de 60.000 francos. Estas reproducciones se hacen con moldes huecos que se obtienen sobre los originales, y que se conservan en departamentos especiales en los sótanos. Tales departamentos presentan un aspecto del todo impresionante, parecido al de una necrópolis antigua.

Las Academias y los Museos extranjeros

compran anualmente una gran cantidad de reproducciones, que les son remitidas por el servicio de embalajes y de expediciones del Museo.

Un dato sorprendente es éste: en el Museo del Louvre no existe el alumbrado eléctrico, y el único motivo de ello es que la instalación exigiría un desembolso de varios millones, que en la rica Francia aún no ha podido ser hecho. Cualquiera línea, cualquier timbre que se instalen en el inmenso edificio, necesita varios millares de metros de recorrido, perfectamente oculto y aislado, y el costo de este sencillo detalle se cuenta de seguida por miles de francos.

En consecuencia, y así que se hace la noche, las salas y las galerías del Museo se iluminan con antiguas y desusadas lámparas de aceite, colocadas sobre pies especiales, y provistas de reflectores parabólicos.

El cuidado de estas lámparas corre de cuenta del departamento de lampistería, cuyos empleados limpian, arreglan y distribuyen los aparatos que se emplean, tanto para el servicio del Museo como para el de la Administración.

El aceite es el único combustible usado en estas lámparas, en razón de su escasa inflamabilidad.

La lampistería es uno de los más curiosos anexos del Museo. En ella se encuentran todos los tipos de lámparas de aceite conocidos, desde las antiguas y monumentales linternas de cobre rojo, que en tiempos de Luis XIV iluminaban el patio del viejo Louvre, hasta las «veilleuses» del tiempo de Luis Felipe, y hasta las lámparas Cárcel.

Alineadas en apretadas filas, las lámparas cubren los muros de la lampistería, y las más antiguas y curiosas, agrupadas sobre una panoplia, aguardan en melancólico retiro á que los nuevos aparatos, que hoy están en uso, vengán á reunirse con ellas, al ser reemplazadas por un sistema de alumbrado más moderno y práctico.

Los parisienses se han quejado muchas veces, y con razón, de la desaparición de los jardines privados que antes eran gala del Louvre, y sobre cuyo emplazamiento se han edificado ahora varias casas de vecindad.

Entre estos jardines hay uno que se ha salvado, y que seguirá salvándose, pese al vandalismo moderno. Este jardín pertenece al vigilante del abastecimiento de agua del Museo. Se halla sobre el lado meridional del frontón de la Columnata, y su vegetación llega á una altura de 36 metros. Si no es el mayor, es uno de los mayores jardines suspendidos de la capital. En las grandes macetas que le forman vegetan vides, naranjos, fresales, y cien plantas más, que el propietario cuida con todo esmero.

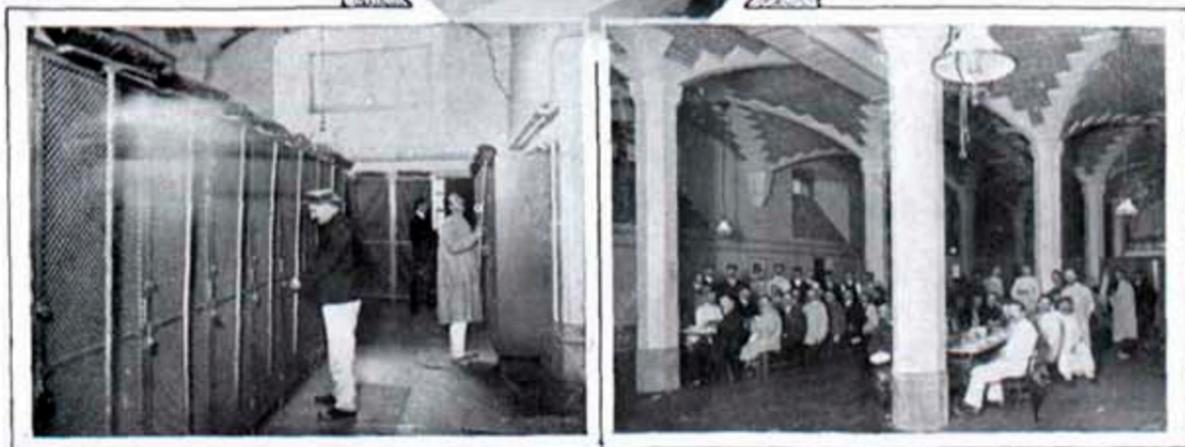
El Museo del Louvre está calentado por medio de veinticuatro caloríferos, distribuidos en los sótanos. Parte de

estos caloríferos son de vapor, y parte de aire caliente, que circula por conductos de ladrillo practicados en los muros de las galerías.

Bajo todo el Louvre existen sótanos que establecen comunicación entre los distintos pabellones. En estos sótanos estaban instaladas, durante el Imperio, las cocinas del palacio; y el local, abandonado hasta ahora, se dedicará en breve á la instalación de los talleres de moldeadores y de las salas de venta de las reproducciones. Dichas dependencias se habían alojado hasta ahora en el antiguo picadero imperial, famoso por su escalinata construida en forma de herradura, y en condiciones tales que podían subir los caballos. Aún existe en semejante departamento la tribuna decorada con las simbólicas abejas de oro, desde la cual la Emperatriz Eugenia asistía á los ejercicios ecuestres de su hijo.

El Museo del Louvre sufre incesantes transformaciones, pues los donadores de colecciones importantes, tales como lo son Rotschild, Tomy-Thiery, Chauchard, La Caze, y otros, han insistido para que sus colecciones no se fraccionen, y para que se expongan en local especial. Esto, por sencillo que pueda parecer, significa, en un museo organizado, un trabajo muy difícil.

Así pues, si en los tiempos en que habitaban en el Louvre los reyes de Francia, la organización de la casa real era tan sencilla como estricta, no ocurre otro tanto ahora, y las obras maestras del Arte, necesitan de un servicio mucho más importante y complejo.



Arriba, el arsenal de palos de encerrar á qui la izquierda los armarios especiales destinados á la indumentaria de servicio de los guardianes. A la derecha, la cantina del personal del Museo.



CARTA DE MUJER

Por Francisco VILLAESPESA

Dibujos de PENAGOS

« Hoy te envié una cosa muy bella ¿ no sabes, alma mía ?

« Te envié lo más santo y puro de mi alma... con una golondrina...

« Un beso muy grande, inmenso, infinito...

« ¡ Qué divino fué aquello!... ¡ Si hubieses visto !...

« Estaba repasando la lección de piano á mis hermanas, en una habitación muy chiquita y muy alta, desde donde se ven el sol y el campo.

« Ensayábamos unos estudios de Clementi, los eternos estudios que tanto fatigan á las niñas, cuando se entró por el balcón abierto á la tarde un pájaro, piando, chillando, y aleteó entre las flores de mi propio sombrero...

« ¡ Qué alegría !... ¡ Qué risa !...

« Lo tiramos todo: pizarras, métodos, libros ¡ hasta las sillas y el taburete !...

« La más pequeña cerró los cristales del balcón.

« ¡ Palmoteábamos de contento !...

« El pájaro describía círculos inverosímiles,

ascendía y bajaba, rápido como una flecha, tropezando en las paredes, en los cortinajes, en el techo...

« Se quiso escapar por un espejo... y cayó en mis manos, sobre la vieja consola que preside tu retrato...

« ¡ Qué bello !... ¡ Qué alas !... ¡ Qué cuello !... ¡ Qué pico !...

« Yo nunca había visto de cerca una golondrina...

« Me daba pena soltarla, y me parecía al par una crueldad inaudita no dejarla marchar...

« No me atrevía á mover los dedos, temerosa de hacerle mal.

« ¡ Si vieras como temblaba entre mis manos !...

« Parecía un corazón muy pequeñito, pero muy



tierno, que tuviera pena, mucha pena...

« Yo no debía retenerla, robarle su libertad, ya que tenía la dicha de ser libre, allá arriba, en los cielos.

« Por fin, arrancamos un pedazo de cinta azul del abanico, una cinta menudita y estrecha, é hicimos al pájaro, sin lastimarle, un collar con un lazo, al rededor del cuello...

« Luego, las niñas la besaron en la cabecita, y yo, que la tenía en las manos, le di un beso en el pico, un beso muy largo y muy dulce, que con el alma entera le pedí llevase á tus labios.

« Abrí los dedos, y el ave escapó, casi orgullosa de su adorno.

« ¡ Qué tristeza me dió el verla escapar, piando feliz de

hallarse libre de nuevo !

« ¿ A dónde iría ? ¡ Quién sabe !... Se perdió en el azul, brillando al sol como una flecha de oro.

« Y mis ojos y mi alma la siguieron con una ansiedad tan angustiosa, que sentí por mis mejillas resbalar la fría y lenta desolación de las lágrimas.

« ¿ Llegará á ti ?...

« ¿ Llamará con sus alas á tus cristales, como diciéndote : — ¡ Despierta ! te traigo un mensaje y un augurio de felicidad ?

« ¿ Pasará volando por tu lado, dejando en el aire que respiras un beso ?...

« Alma mía, mira tú siempre á todas las golondrinas que pasen, y la que tenga un lazo azul, la más bella, la más esbelta, la más fina, esa es la mía, mejor dicho, la nuestra... Verás como ella también te reconoce...

« ¡ Le hablé yo tanto de ti, en aquel momento inolvidable en que palpitaba entre mis manos !...

« ¡ Tenía unas plumas tan brillantes, tan suaves, tan cálidas !...

« ¡ Qué no hubiera yo dado por poderme reducir, por haberme convertido en una cos muy pequeña, para abrazarme á sus alas y volar, volar sobre los mares y sobre los montes hasta tu soledad y tu tristeza, y darte en los labios toda mi pobre carne hecha besos, y toda mi alma transformada en ternura, en suavidad, en delicadeza...

« ¡ Ama á las golondrinas, siquiera en recuerdo de ésta que te llevó lo más puro y santo de mi ser ! »

Francisco Villaspesa

CANTARON LOS CISNES

En el jardín sin flores las sombras se avecinan,
los cisnes del estanque dijeron su canción,
las ramas de los sauces sobre el agua se inclinan
y la flecha de un Eros traspasa un corazón.

Cantan los surtidores en la noche serena
historias, ya lejanas, de ingratitud y amor.
En los senderos blancos no hay huellas, por la arena,
y en un ciprés deshace su nido un ruiseñor.

¡ Oh, la melancolía del jardín olvidado !...
Es su estanque sin luna, como rosal sin flor.
Bajo sus sauces ¿ cuántos amantes se han jurado
fidelidad ?... ¡ Los cisnes murieron de dolor !...
¡ Mas, Eros ha triunfado !...

GOY DE SILVA.





PAGINAS HUMORISTICAS

EL ESPECTADOR GRATUITO

Por A. R. BONNAT

Dibujos de RIBAS

El año ha comenzado con gran fecundidad teatral, y las personas que tienen la suerte y la costumbre de asistir á las representaciones generales, se han visto más apuradas que un usurero á fines de mes.

Estos estrenos *gratis* son la constante preocupación de todos los que en el teatro se divierten de un modo espantoso, cuando van sin costarles el dinero, y que bostezan ó apoyan su cabeza sobre el hombro de una acomodadora, en cuanto han tenido que soltar algunos francos. Porque la diversión parisina está en relación con el gasto hecho.

Hay quien ha tenido que pagar seis francos por una butaca, y encuentra anti-fática hasta la *madame* que le vendió el billete.

— ¿Se ha fijado Vd. en la nariz que tiene ese señor de frac que está en el *contrôle*?

— Pues parece una persona decente.

— ¡Psé! Seguramente le gusta el ajeno. Verá Vd., voy á preguntarle cualquier cosa para asegurarme.

Efectivamente, el espectador mal humorado se acerca al *contrôle* y pregunta, muy

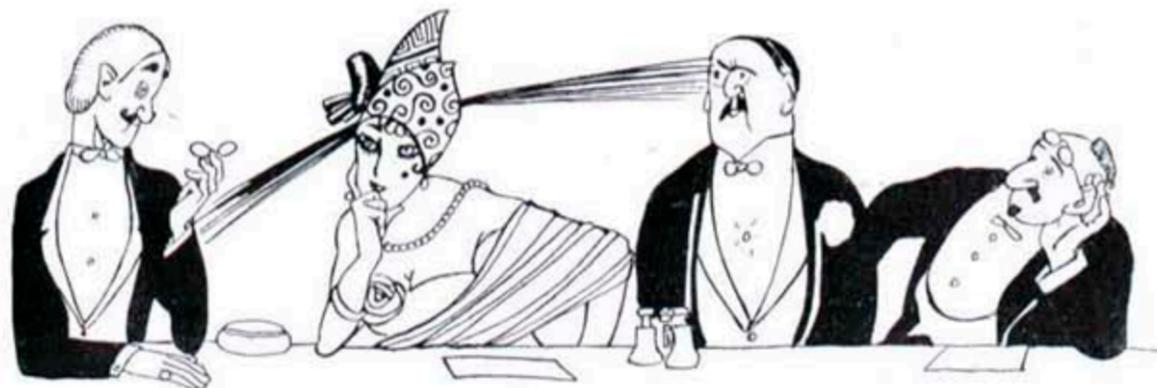
finamente, en qué época fué construido el teatro.

El señor del *frac*, que sólo entiende del número de butacas que tiene á disposición del público, mira estupefacto al preguntón, como si le hubiera propuesto asesinar á la característica, y responde: — Pues no lo sé. Quizás se lo digan á Vd. en la alcaldía del distrito ¿quiere Vd. que telefonemos?

Aquella sencilla respuesta le llena de entusiasmo al que todo lo encuentra mal, y se alza, diciendo: — ¿Eh? ¡Ya lo decía yo! Ese hombre se ha tomado dos copas de *pernot* antes de venir aquí. ¡No sé como venimos á un teatro, en que la dependencia huele á alcohol!

Y no hay tal cosa, lo que hay es que tiene clavados en el corazón sus seis francos, y va con el decidido propósito de encontrar todo malo, desde la alfombra que á su juicio está descolorida, hasta el primer actor que tiene aspecto de tonelero.

Pero, supongamos que este señor recibe un billete *gratis* para una *répétition*, y entonces es capaz de proclamar á voz en grito, que la *Gioconda* es una estupidez comparada



con la señora que recoge los abrigos en el guardarropa.

Centenares de personas, en París, tienen organizada su existencia al rededor de estos espectáculos gratuitos, y todos los que á su lado se encuentran tienen que sufrir las consecuencias.

— Mañana va á venir á jugar al *bridge* el tío Anastasio...

— ¡Imposible! Mañana es la *répétition* general en el teatro de los Capuchinos, y el autor de la obra que se estrena me ha enviado una butaca, con la obligación de lanzar un «bravo», en el momento en que el primer actor le dé un golpe en la nuca á la dama que figura de mujer.

— ¿Y vas á dejar solo al tío Anastasio?

— ¡Que haga solitarios!

— Acuérdate que cuando yo tuve una erisipela, á consecuencia del susto que tuve de ver cerca de mí á Mr. Poincaré, en la revista del 14 de Julio, el tío se portó admirablemente, y me mandó unas zapatillas de abrigo y dos flanes de café.

— Pues si vuelves á estar mala, te envuelves los pies en un número de *Le Matin* y en vez de flanes te tomas una sopa de ajo. Que se enfade, pero yo no faltó á esa representación.

Nada más atrayente, ni más festivo, que un teatro en una de esas noches en que está lleno de espectadores, que, mirándose unos á otros, pueden decir: — Ninguno de los que estamos aquí hemos pagado. ¡Lo que es, como la comedia no sea buena!...

Asistir á una *Répétition*, es tener patente de persona de viso, y ya hay quien piensa ponerse en las tarje-

tas: « Fulano de Tal, Espectador por derecho propio á las *répétitions* generales. Tiene tres chalecos distintos ».

Como los que asisten á estas representaciones son siempre los mismos, ya todos se conocen, se saludan, y hacen los comentarios consiguientes á la importante misión que se han impuesto.

— ¡Oh, *mon cher*! Me han asegurado que Bataille ¡piensa suprimir la función de convite en su próximo estreno...

— ¡Imposible! ¿Dónde iríamos á parar? Eso sería tan extraordinario, como el que la estatua de la plaza de la República abandonara su pedestal, para ir á probarse un corsé.

— Es preciso tomar una resolución. Precisamente, mi señora tiene preparado un vestido color de desvanecimiento, que será un éxito cuando se lo ponga.

— ¡Naturalmente!

Y desde aquel momento, los asiduos *estrenistas* comienzan á preocuparse y á creer

que el Gobierno debe de intervenir en el asunto, porque no puede, de tal modo, quitarse una costumbre. Suprimir las *répétitions générales*, sería provocar un motín y presenciar la furia de unos cuantos señores, por lo general

más pacíficos que una columna anunciadora. Todo, menos quedarse sin el derecho de decir, gratis:

— No sabe Vd. lo fatigado que estoy. ¡Llevo diez estrenos seguidos!

— ¡Pues quédese usted en casa!

— ¡Jamás! ¡Prefiero el suicidio!



CUENTOS MISTERIOSOS

Por Amado NERVO

Ilustración de JOBBÉ DUVAL

¿Que es lo que fué? Lo mismo que ser. ¿Que es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará. (Eclesiastes, Cap. 1: versículo 9.)

— Me pasa frecuentemente, doctor — dijo el enfermo — que al ejecutar un acto cualquiera, paréceme como que ya lo he ejecutado. No sé si Vd. experimenta alguna vez esta sensación tan rara y penosa. Hay amigos que me afirman, quizá por consolarme, que á ellos les acontece otro tanto de vez en cuando. Pero en mí, el caso es frecuentísimo. Hablo, y apenas he pronunciado una frase recuerdo, con vivacidad punzante, que ya la he pronunciado otra vez. Veo un objeto, é instantáneamente me doy cuenta de que ya lo he mirado de la misma suerte, con la misma luz, en el mismo sitio... Le aseguro, doctor, que esto se vuelve insoponible. Acabaré en un manicomio... Ahora mismo — prosiguió — siento, recuerdo, estoy seguro de que ya en otra ú otras ocasiones he descrito mi enfermedad á usted, sí, á usted, en iguales términos, en la misma habitación esta... Usted sonreía como sonrío ahora. ¡ Es horrible! Hasta el chaleco de piqué labrado que lleva usted, lo llevaba entonces. Todo igual. La teoría de las reencarnaciones pudiera dar una sombra de explicación á esto, pero sólo una sombra; porque si he vivido ya otras vidas, han sido diferentes... en distintas épocas, con distintos cuerpos. ¿ Por qué entonces veo las mismas cosas ?

El doctor se acarició la barba, que usaba en forma de abanico. Esto de acariciarse la barba, es un lugar común que viene muy bien en las narraciones. Se acarició la barba, y empezó así:

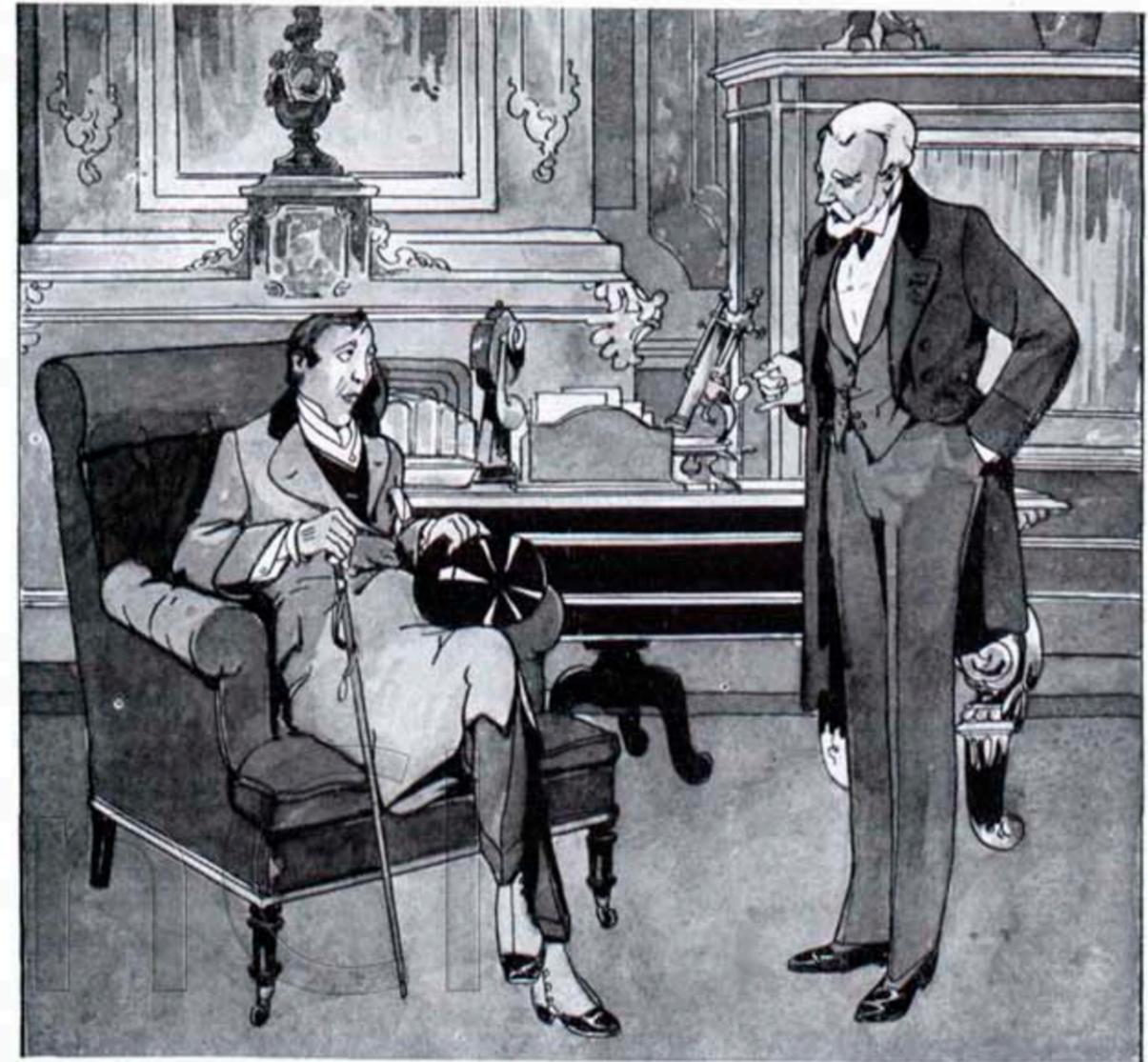
— El caso de usted, amigo mío, es demasiado frecuente, aunque en esta vez acuse una intensidad poco común, y tiene dos explicaciones: una fisiológica y otra filosófica. Según la primera, su sensorio de usted, instantánea, mecánicamente, registra los fenómenos exteriores que le transmiten las neuronas. Lo que usted ve ú oye, queda fijado en su cerebro con rapidez extraordinaria,

gracias á una sensibilidad especial; pero queda registrado sin que usted se dé cuenta de ello. Ahora bien, después de este registro (una fracción de segundo después) usted se entera de que ve un objeto, de que oye una frase, ya vistos y oídos á hurtadillas de su conciencia. Entonces, naturalmente, la memoria de usted se acuerda de la impresión anterior (aunque sea en esa fracción de segundo) á la otra, y este recuerdo le proporciona á usted la sensación de duplicidad de que me habla. Por tanto, concluyó el doctor, no debe alarmarse. El fenómeno, en suma, sólo prueba la excelente conductibilidad de sus células nerviosas, la diligencia con que se opera la transmisión de sensaciones entre los sentidos y el cerebro, y significa que tiene usted una naturaleza privilegiada, que responde admirablemente á toda solicitud exterior.

El enfermo, visiblemente tranquilo, dejó oír un suspiro de satisfacción.

— ¿ Y la segunda explicación, doctor ? — preguntó.

— La segunda explicación es un poco más honda... Nos la da todo un sistema filosófico, cuyos patrocinadores han sido hombres de la talla de un Federico Nietzsche, un Gustavo le Bon y un Blanqui. Puede sintetizarse así: « Dado que el tiempo es infinito, y que el número de infinitamente pequeños de que se compone la materia está determinado, se deduce que los mismos sistemas de combinaciones deben fatalmente reproducirse ». Es decir, que el sistema de combinaciones que, al cabo de más ó menos milenios, le permitió á usted nacer y vivir, tiene que volverse á dar *a fortiori* al cabo de un número de siglos, de milenios, de períodos, de ciclos, de lo que usted guste, ya que matemáticamente esas combinaciones, por numerosas que usted las suponga, son limitadas. ¿ Me entiende usted ?



— Sí, doctor, perfectamente; pero eso que usted dice es estupendo.

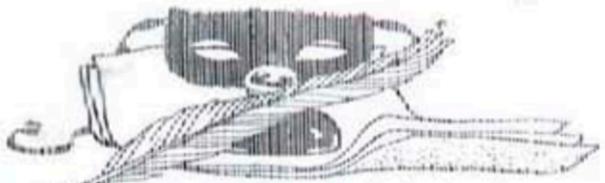
— Sí, doctor, perfectamente; pero eso que usted dice es estupendo.

— Estupendo y lógico, amigo mío. El gran Flammarión, en una de sus más sugestivas páginas, supone que, dada la infinidad de mundos, puede formarse en la infinidad del espacio un planeta idéntico al nuestro, donde acontezcan idénticas cosas, que pase por idénticos períodos geológicos, para reproducir la historia de los hombres, sin una tilde de menos. En ese planeta vuelven á guillotinar á Luis XVI, el 21 de Enero de 1793... Pero no es necesario ampliar la hipótesis. La teoría ortodoxamente científica, absolutamente matemática de lo limitado de las combinaciones atómicas, nos lleva, aun sin salir de este mundo que habitamos, á la inevitable conclusión de que el concurso de infinitamente pequeños que, dadas tales ó cuales circunstancias, produjo al hombre lla-

mado Pedro ó Juan, ha producido ese mismo hombre un número enésimo de veces en la sucesión de los tiempos... y lo producirá todavía... Así, pues, usted como yo, como todos, ha vivido, no dos veces como leía yo últimamente en un cuento fantástico, sino quién sabe cuántas veces la misma vida, y la ha de vivir aún en el eterno recomenzar de los siglos, simbolizado por la serpiente que se muerde la cola...

— Pero — acabó el doctor — basta por hoy de filosofías. Necesita usted alimentarse bien y á sus horas. Son ya las ocho. Vaya á tomarse los mismos huevos pasados por agua y la misma leche que se ha bebido usted en tantas otras existencias idénticas.

Amado Nervo



Las memorias de Don Juan

Por Pedro FERRER GIBERT

Ilustraciones de HEMMINGS



FEDERICO era un cultivador ferviente de la amistad, un fanático del trato expansivo. Estas circunstancias, bien patentes y manifiestas, hacían contraste con la malquerencia, con la antipatía que demostrara Federico en toda ocasión hacia el escritor Don Juan del Valle, ante el autor respetable de la *Filosofía de la amistad*.

Esa antipatía era rotunda, inexorable, hasta llegar al odio más recalcitrante; ello pude comprobarlo más de una vez, y de ahí mi extrañeza al recibir la visita de Federico, y expresarme éste su deseo de que le ayudase en la tarea de buscar la manera de separar, públicamente, la malquerencia con que envolvió siempre el nombre y la memoria de Don Juan del Valle.

Ante tal manifestación, creí que Federico se encontraba perturbado por una momentánea sobreexcitación sentimental, ó que venía haciendo alarde de la más refinada ironía.

Fuere de ello lo que fuere, le contesté con un gesto de indiferencia, al paso que dejaba deslizar escéptica sonrisa.

A ésta mi actitud, contestó Federico decidida y vehementemente, diciéndome:

— Chico, no te chances. Te hablo con toda sinceridad. Necesito satisfacer una deuda de honor, una deuda sagrada que tengo pendiente con Don Juan del Valle, con ese hombre cuya bondad no reconoció límites,

con ese hombre respecto de quien mi padre se fué al otro mundo en equivoco concepto.

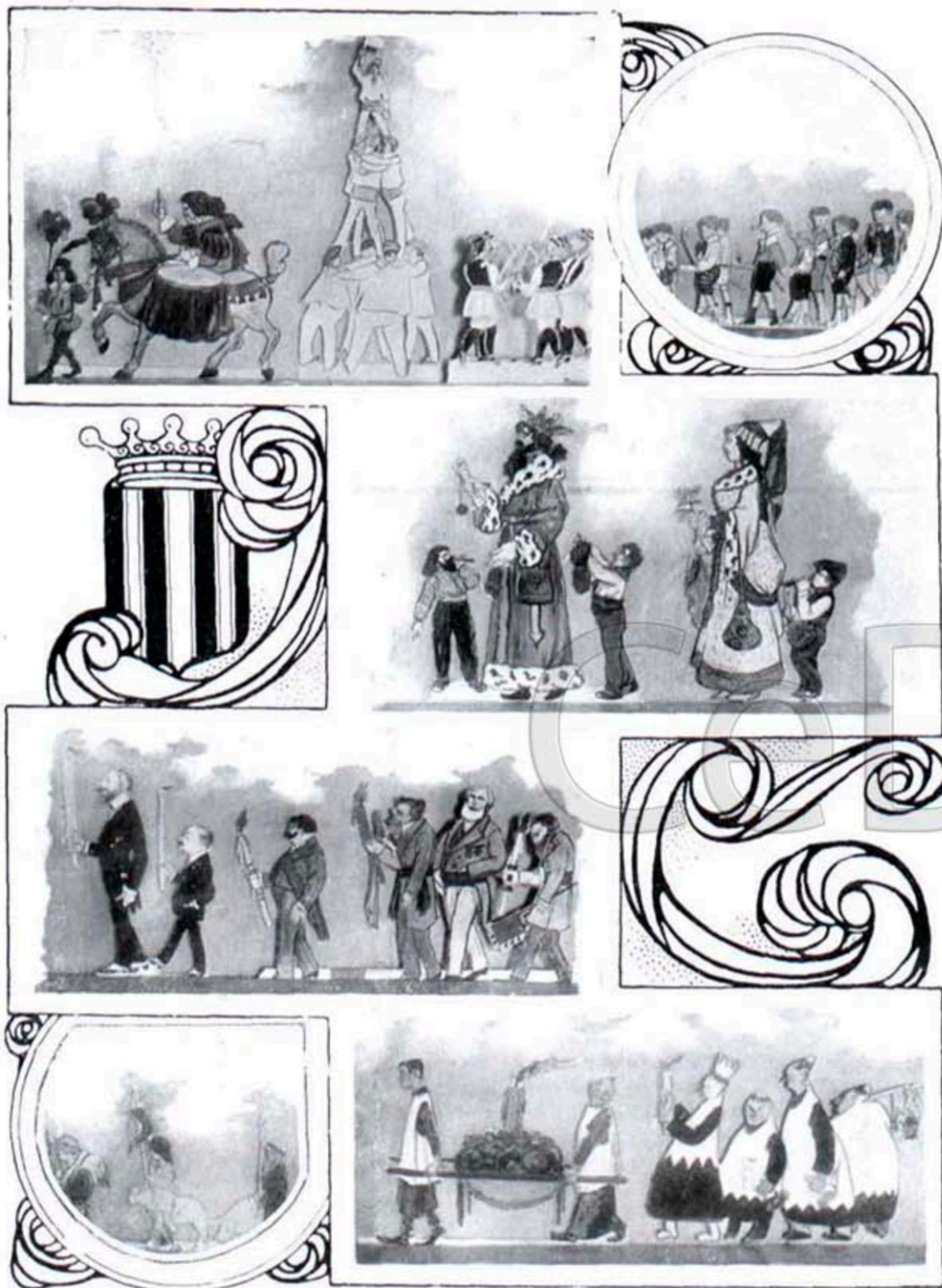
A cada palabra de Federico, se agrandaba más y más mi curiosidad y mi asombro.

— Atiende y comprenderás — díjome mi amigo, mientras tomaba asiento y sacaba un montón de papeles de su bolsillo interior. — Rogelio, el hijo del editor de la *Filosofía de la amistad*, me vió esta mañana, y dirigiéndose resueltamente á mi encuentro, me expresó que en la rebusca de originales hecha en casa de Don Juan habían dado con una correspondencia, en la que iba intercalado una especie de « Diario » íntimo, en el cual se encontraban algunas páginas que hacían referencia á mis padres.

Avidamente pregunté á Rogelio si pensaba editar ese « Diario », á lo cual me contestó que el género preocupa á los franceses, pero que aquí, en España, no había entrado todavía; que el editor que lanzara algo parecido á la correspondencia de Flaubert, á las cartas de Musset, de Lamartine ó de Merrimée, demostraría ser un perfecto manirroto.

Antes tales explicaciones, demandé á Rogelio si quería facilitarme esa correspondencia ó « Diario » íntimo de Don Juan del Valle, manifestándome aquél que la tenía á mi disposición.

Acepté la oferta, y en aquel punto mismo marché con Rogelio á recoger tan interesantes papeles.



VELADA EN EL "CENTRE CATALA"

En la sociedad española *Centre Catala*, de París, tuvo lugar, al correr del mes pasado, una *soirée* literaria que dejó en el ánimo de todos los concurrentes el más grato recuerdo.

El programa, admirablemente dispuesto, se terminó con « La Professó » (la procesión) revista de costumbres catalanas, y cuyos personajes eran preciosas marionetas recortadas en madera, pintadas, y articuladas. La confección de estas marionetas

corrió de cuenta de artistas de mérito, entre los que figuraban los Sres. Aguadé, Borrellas, Gosé, Mas, Mich, Torné-Esquins, Xiró, y otros.

El público acogió con nutridos aplausos este desfile cómico, que se efectuó sobre un pequeño escenario construido *ad hoc*, y esta delicada fiesta, primera de su género, fué ideada y organizada por Don José Balmaña, quien recibió calurosas felicitaciones.

La velada terminó con un brillantísimo baile.



Federico había mostrado desde niño una resuelta antipatía hacia Don Juan del Valle.

Ya comprenderás que, una vez en posesión de las cartas aludidas, no pude resistir á la tentación que me espolcaba, obligándome á leerlas en seguida, y así lo hice, ansiando saber qué era lo que decía Don Juan sobre mis padres, á la par que conocer al desnudo el corazón del hombre á quien todos tenían por un ingenio, y yo había aprendido á considerarle como un malvado.

— ¿Y bien? — insinué.

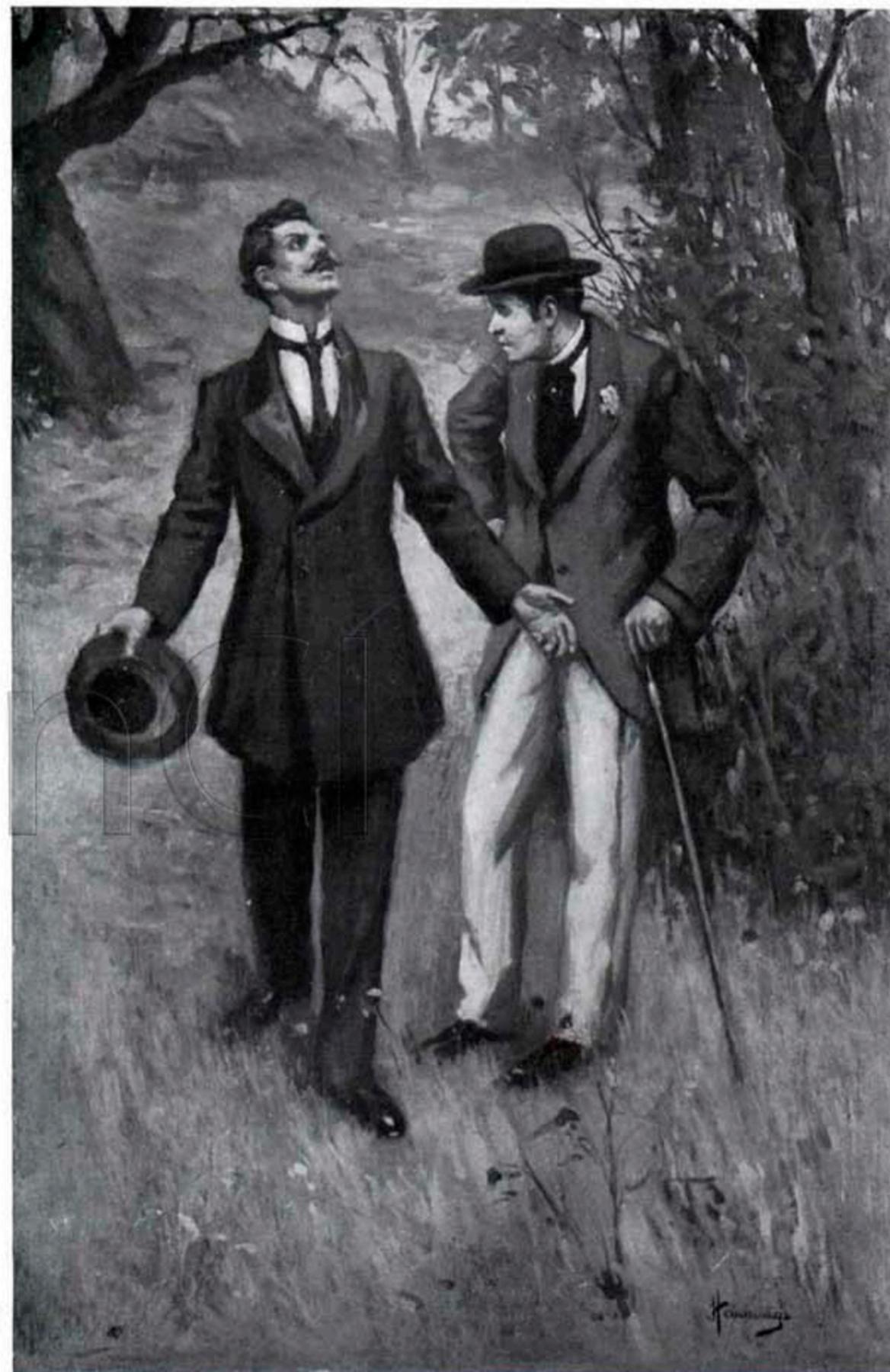
— ¿Y bien? Vas á saberlo. Ahí tienes los manuscritos. Atiende — replicó mientras ordenaba los papeles. — Atiende, que voy á leer-te la síntesis de ese « Diario » — y leyó así:

« 1875 — 4 AGOSTO. — Impresión decisiva, la de hoy. María es una criatura ideal. Me siento feliz ante la perspectiva de su frecuente trato. ¡ Qué bonita es! Tiene quince años justos. Yo le llevo dos de ventaja. Bien. Esto me da sobre ella cierta superioridad. Siento una alegría inmensa, pensando que quizás pueda ser mi prometida. Reboso de tal satisfacción, que no puedo

menos de hacer partícipe de ella á mi amigo, á mi excelente amigo Federico. Voy en su busca. ¡ Viva la vida! »

« 3 SEPTIEMBRE. — Estoy satisfecho de mi proceder. Hice la presentación de Federico á la divina María. La impresión que causó mi amigo fué profunda. Ello no escapó á mis ojos, ni mucho menos á mi corazón. Le ha sido altamente simpático. No podía ser de menos, Federico es un chico agradabilísimo. En cambio, María no causó gran impresión al amigo, pues Federico me habló de ella en tono de indiferencia, casi con menosprecio. Lo siento y lo celebro á un tiempo. »

« 5 OCTUBRE. — He pasado unas horas deliciosas con María y Federico. Al salir de casa de mi adorada, Federico me cogió del brazo, acompañándome hasta mi domicilio. Andábamos de prisa. Federico disertaba elocuentemente sobre mil temas distintos, siguiendo mis aficiones de filósofo incipiente. ¡ Cómo estaba de expresivo y sentimental! Parecía declamar á las estrellas, mejor que



En mi estupefacción, creí un momento que Federico deliraba.

hablar conmigo. Decía: — « Si, sí. Siéntome plétórico de talento y de energía. Soy casi un desconocido; pero, no importa. Ya vendrá, ya vendrá la riqueza, la fama, la felicidad. Hay que ser fuertes; hay que ser osados, para que nos mime la fortuna. *Fortuna audaces...* » — Yo también vagaba por los espacios de la quimera: veía mi nombre esparcido por la pregonera fama de las letras de molde; mi retrato, llenando las primeras planas de los periódicos, imponía mi personalidad al mundo entero. Era considerado y mimado por príncipes y magnates, y María, mi adorada, compartía conmigo ese chorro de gloria fecunda. De pronto, bajé de los quintos cielos. Fué una sacudida terrible. Federico hablaba en voz alta, monologando, y decía así: — « ¡María! Mi María del alma será quien habrá de llevarme á la realización de mis ensueños de gloria y de riqueza. ¡ María! ¡ Mi María!... » — En mi estupefacción creí un momento que Federico deliraba, y hube de hacerle repetir el nombre que pronunciara. Entonces se expresó así: — « ¡ Qué quieres, chico! ¡ Amigo mío entrañable! ¡ Hermano del alma! ¡ Qué quieres! No puedo ocultarte mi dicha inefable. Escucha. Esa chiquilla adorable que tú me hiciste conocer para mi dicha, me ama apasionadamente: ella misma me lo ha confesado ». — Aún ahora, al trazar esas impresiones, siento que las sienas me bullen, que se me salta el cerebro, que se acaba mi existencia. ¡ No puedo más! ¡ No puedo más! »

« 30 OCTUBRE. — ¡ Cuán cruel, mi destino! ¡ Verme colocado entre mi amada y mi mejor amigo! Ellos se quieren con delirio, y yo experimento la dolorosa voluptuosidad de comprobarlo á cada momento. Los padres de María se oponen á estas relaciones, y yo ¡ cosa increíble! ¡ cosa inaudita! soy quien les sirve de intermediario. ¡ Cuánto sacrificio! El dolor me va tornando insensible. María sufre también de modo cruel, pero no es por mí; es por la ruda oposición que la hacen sus padres, quienes abrigan el propósito de casarla conmigo. Siempre que me quedo á solas con ella, no hace más que llorar, y entre sollozo y sollozo hacerme encargos para Federico. ¡ Dios mío! ¡ Dios mío! »

« 7 DICIEMBRE. — Los padres de María, ante el temor de que la pobre sucumbiese á su desgracia, han dado el consentimiento para la boda con Federico. »

« 1876 — 2 ENERO. — ¡ *Consumatum est!* Hoy se celebró la boda... Yo fui uno de los

asistentes á la ceremonia... Un quinteto ejecutaba la marcha nupcial, mientras los novios cruzaban radiantes por entre los invitados... La nave del Oratorio retumbaba en un clamor de alegría... Dos lágrimas me hicieron traición.. No puedo continuar... El llanto nubla mis ojos... »

« 1903 — 8 MARZO. — Desde que vivo en plena Naturaleza, entregado á mis estudios y á gozar la emoción que produce el enterrecimiento lírico, un solo deseo me tortura. Ver á María y Federico. »

« 15 MARZO. — Por fin me decidí. He visitado á mis antiguos amigos. Creí hallarles felices y dichosos, gozando de las comodidades y refinamientos que su posición les permite. Creí encontrarme un hogar feliz. ¡ Qué desencanto! ¡ Qué desilusión! María estaba joven y bella, en la plenitud de la belleza que da la maternidad. Me recibió sonriente, mas sus ojos no pudieron disimular una profunda tristeza. Federico no estaba en casa. Habíase marchado con varios amigos para un viaje de placer. Conocí al hijo de María, Federiquín. Al presentármelo su madre, díjole que me quisiera y respetara cual si fuese su propio padre. Federiquín miróme hoscamente y desapareció. María me ha hecho una súplica. Me imploró con lágrimas en los ojos que tratara de atraer al hogar á su marido, invocando nuestra antigua amistad, y también el cariño que ella había sentido siempre por mí. Esa confesión hecha sincera y espontáneamente me llenó de dicha, y marché al punto en busca de Federico. »

« 30 MARZO. — Es indigno. Mi entrevista con Federico ha resultado completamente infructuosa. Hasta llegó á creer que mis súplicas eran interesadas. ¡ Cuán poco comprende la pureza de mis intenciones y de mis actos! Estoy desolado, desesperado. No cejaré en mi empeño. Federico entrará en razón, ó yo poco he de poder. »

« 14 ABRIL. — ¡ Primavera! La musa de la gente sensible, el hada buena de los enfermos. ¡ Qué contraste! Con la entrada de la Primavera coincide la salida de Federico para el otro mundo. ¡ Pobre amigo mío! ¡ Dios le tenga con él! Ahora renacerá la paz y la tranquilidad en ese hogar de desdichas. Yo marché al campo á ponerme en íntima comunión con Madona-Natura, y á terminar mi libro predilecto: la *Filosofía de la amistad*. »

Aquí dejó caer el lector Federico los amarillentos papeles, y quedóse en actitud meditativa, cual si viera desfilar en Kaleidoscopio hechos y cosas que le resucitaban todo un pasado, tan equívoco hasta entonces para él.

Reinó un silencio bastante prolongado, hasta que Federico lo rompió con estas palabras:

— ¿ Comprendes ahora, amigo mío, lo sincero de mi petición?

— Sí, chico, lo comprendo perfectamente. La reparación debe ser pública y cumplida.

— Tal la desco.

— Pues, mira: edita ese « Diario » íntimo, y repártelo profusamente. Acopla todos esos papeles bajo el título de *Memorias de Don Juan del Valle*, y tú mismo escribes un prólogo.



Elegancias Masculinas

EL TRAJE DE "SPORT"

Para el "golf", hace falta un buen traje, de tejido muy flexible, con objeto de que el cuerpo conserve dentro de él la libertad de movimientos necesaria en la práctica de este "sport".

Si contemplamos á un jugador en la postura inicial del juego, cuando se dispone á lanzar la pelota colocada sobre un montículo de tierra, nos damos cuenta rápida de que, para hacer que dicha pelota recorra los quinientos ó seiscientos metros sobre los cuales se distribuyen las distintas metas, es menester poder manejar el cayado del "golf" con una desenvoltura absoluta.

Por tal razón, este deporte exige el empleo de ropas muy holgadas, hechas con tejidos muy elásticos; pero por otro lado, estas ropas han de ajustarse al cuerpo lo necesario para conservar toda su elegancia, y en esto estriba la dificultad de su confección.

Tratándose de trajes de "sport", la técnica del cortador ha de ser muy distinta de la empleada para la ropa de calle ó de vestir. La ropa especial para deportes ha de tener mayor amplitud sobre el pecho y sobre la espalda. Es pues necesario ensanchar estas dos partes esenciales del traje, y para que la silueta del "sportman" no resulte demasiado voluminosa, hay que recoger la tela bajo los sobacos.

En ese detalle estriba toda la dificultad. Por eso, hemos combinado nuestros trajes de "sport", de manera que tengan toda la holgura necesaria en el pecho y en la espalda, en tanto que se ajustan sobre el resto del torso, y sobre los costados, debajo de los brazos.

Es el único medio de que el "sportman" conserve su elegancia, y disponga, al mismo tiempo, de la libertad de movimientos que necesita.

Tenemos ciertos modelos que se ajustan por medio de una mar-

tingala y de un pliegue, colocados en la espalda. Otros modelos llevan un fruncido delante, pero usamos de este recurso lo menos posible, para evitar que el traje adquiera pesadez con el exceso de tejido inútil. En cambio, la martingala, al ceñir la ropa, dibuja la línea del cuerpo, dejándole al mismo tiempo toda la holgura necesaria.

Nuestros modelos tienen pequeñas solapas, y el cuello está provisto de una tirilla de paño que permite cerrarlo en caso de necesidad. Además, se emplean con una esclavina que puede desprendirse, y que se utiliza en los días de lluvia.

Un calzado muy flexible, y unas polainas enteras ó medias polainas, de cuero ó de tela, según la estación, y un sombrero de tejido igual al del traje, son elementos que constituyen el resto de la indumentaria deportiva. Igualmente hemos creado, para esta indumentaria, un modelo de sombrero Luis IX, y una gorra Luis XI, quedando la elección de estos modelos al gusto del cliente.

Hemos de hablar ahora de los tejidos escoceses, fabricados por los pastores de la región, y que, por elaborarse con lanas cuya grasa no ha sido eliminada del todo, resultan impermeables y no tienen, en cambio, ese tacto jabonoso que tan desagradable es en los tejidos impermeabilizados químicamente.

En Francia, allá en las laderas de los Pirineos, los pastores fabrican también tejidos análogos á los escoceses. Por lo demás, las "bures" bretonas, y las lanas de los Pirineos, pueden rivalizar con los tejidos escoceses en lo que hace al resultado práctico, para la confección de los trajes de "sport".

También en España, en las Sierras, los montañeses tejen sus capotes, y el tejido que emplean para hacer sus vestidos. Un fabricante que recogiera muestras de todos estos tejidos, y los estudiara, podría tal vez lanzar al mercado curiosas y provechosas innovaciones.

También en España, en las Sierras, los montañeses tejen sus capotes, y el tejido que emplean para hacer sus vestidos. Un fabricante que recogiera muestras de todos estos tejidos, y los estudiara, podría tal vez lanzar al mercado curiosas y provechosas innovaciones.

También en España, en las Sierras, los montañeses tejen sus capotes, y el tejido que emplean para hacer sus vestidos. Un fabricante que recogiera muestras de todos estos tejidos, y los estudiara, podría tal vez lanzar al mercado curiosas y provechosas innovaciones.

NICOLAS KRIEGCK.



Traje de Golf, creado por Kriegck, 23, rue Royale, Paris.

LES
PARFUMERIES
DE

GABILLA

6, RUE ÉDOUARD VII
8, PLACE ÉDOUARD VII
USINES
203, RUE DE PARIS
-IVRY-

LE RÊVE DE GABILLA
LA ROSE DE GABILLA
FOLLE PASSION
TOUT LE PRINTEMPS
LES JEUX ET LES RIS
LA VIERGE FOLLE
LE BOUQUET DE GABILLA
XANTHO-MUSARDISES-MINNE
L'AMBRE DE GABILLA
LA VIOLETTE DE GABILLA ETC...

DE VENTA: EN MONTEVIDEO: Al por Mayor: Roch & Capdeville. Al Detalle: T. Corralejo y Cia; Marabotto y Cia. — EN SAN SALVADOR (Salvador): Casa Dreyfus, May y Cia.

- ELEGANCIAS -

En el número de "ELEGANCIAS" correspondiente al actual mes de Febrero, aparecen dos interesantes informaciones de moda, originales de nuestra distinguida colaboradora M^{me} J. R. FERNANDEZ, que tratan respectivamente, y con gran extensión, de los chalecos femeninos y de las "aigrettes" y los "paraísos", plumas que amenazan con desaparecer, ante leyes especiales dictadas contra ellas en los Estados Unidos é Inglaterra.

En "ELEGANCIAS" de Febrero, firman sus crónicas acostumbradas ENRIQUE GOMEZ-CARRILLO y ANNIE DE PÈNE, y se publica una doble plana artística titulada *El Carnaval de los Siglos*, ilustrada con magníficos documentos gráficos.

Una portada en color, firmada por Ribas, dos planas de moda, en color también, y numerosas fotografías de la alta y última elegancia, completan la parte artística de la Revista, y un cuento árabe, y la continuación de la novela *Las aventuras de Miss Pip*, constituyen su complemento literario.

CASA
de
COMPRAS
en
PARIS
y
LONDRES

Sombrerería y Camisería
Humbert & Co

Artículos de Viaje
Novedades para hombres

AVENIDA 18 DE JULIO Y ARAPEY
MONTEVIDEO

COMPTOIR NATIONAL d'ESCOMPTE DE PARIS

CAPITAL : 200 MILLONES DE FRANCOS

CASA CENTRAL : Rue Bergère, 14
SUCURSAL : 2, place de l'Opéra, Paris

Presidente del Consejo de Administración :
M. Alexis ROSTANG, C. *
Vice-Presidente Director : M. E. ULLMANN, O. *
Administrador Director : M. P. BOYER, *

OPERACIONES DEL COMPTOIR

Bonos á plazo fijo. Descuento y cobros negociación de cheques. Compra y venta de monedas extranjeras. Cartas de crédito, Ordenes de bolsa. Préstamos sobre Títulos, Cheques, Letras. Envíos de fondos á Provincias y Extranjero. Suscripciones. Custodia de títulos. Préstamos marítimos hipotecarios. Garantía contra los riesgos de reembolso á la par. Pago de cupones, etc.

AGENCIAS

41 Agencias en Paris.
16 id. en los alrededores.
180 id. en provincias.
11 Agencias en las colonias y países de protectorado.
12 Agencias en el extranjero.

ALQUILER DE CAJAS PARA CAUDALES

El Comptoir tiene un servicio de cajas para caudales á la disposición del público, 14, rue Bergère; 2, place de l'Opéra; 147, boulevard St-Germain; 49, avenue des Champs-Élysées, y en las principales agencias.

GARANTIA Y SEGURIDAD ABSOLUTAS



COMPARTIMIENTOS DESDE 5 FCS AL MES

BONOS A PLAZO FIJO

Intereses pagados sobre las sumas depositadas
De 6 á 11 meses. 1 1/2 0/0 | De 1 á 2 años..... 2 0/0
De 2 á 4 años..... 3 0/0

ESTACIONES BALNEARIAS

El COMPTOIR NACIONAL tiene agencias en las principales estaciones balnearias; estas agencias tratan todas las operaciones como la casa central y las demás agencias, de manera que los extranjeros, los turistas y los bañistas, pueden continuar ocupándose de negocios durante sus viajes.

CARTAS DE CREDITO PARA VIAJES

El COMPTOIR NATIONAL d'ESCOMPTE, expende Cartas de Crédito circulares pagaderas en el mundo entero por sus agencias y corresponsales; estas cartas de crédito van acompañadas de un cuaderno de identidad y de indicaciones, ofreciendo á los viajeros las mayores comodidades, al propio tiempo que una seguridad incontestable.

Salones para los acreditados | Administración central, 14, rue Bergère.
Sucursal, 2, place de l'Opéra.

Las operaciones que trata el Comptoir con el Extranjero están centralizadas en un Departamento especial, que hace la correspondencia en los principales idiomas del mundo.

Anteojo Prismático

== LA ==
NATIONALE



FABRICACION ESENCIALMENTE FRANCESA

J. GRIFFE

17, Rue de Saintonge, Paris (3^e)

ENVIO FRANCO DEL CATALOGO

Théodore CHAMPION
13, RUE DROUOT
PARIS
SELLOS DE CORREO
PRECIOS CORRIENTES GRATIS Y FRANCO

ACCIDENTE, por Th. BARN.



—; Se ha hecho Vd. daño?
—Yo no; pero el surtidor, si.

(Le Sourire.)

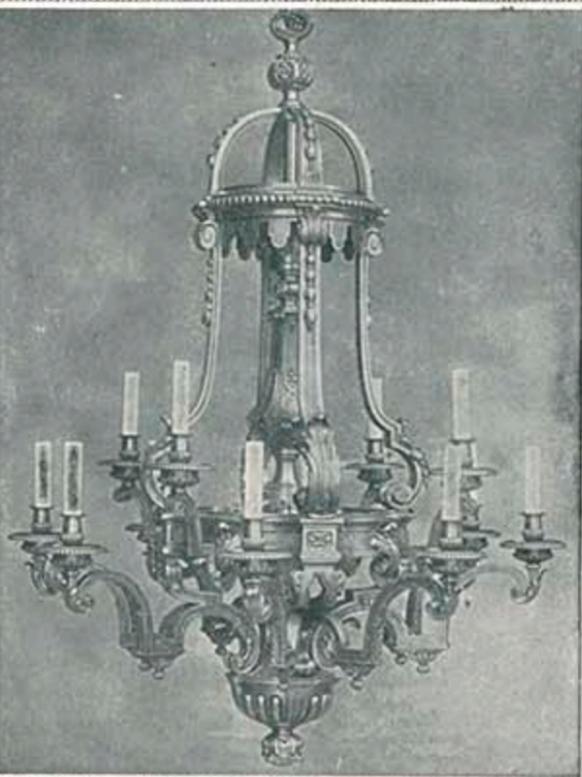
50%

DE MUZONIA
CON EL EMPLEO

DEL PNEU
FABRICABLE
TIPO 1913

Despacho y almacén : 47, Rue Saint-Ferdinand, Paris.

Teléfono : Wagram 66-44. Direc. Teleg. : Fabricable - Paris.



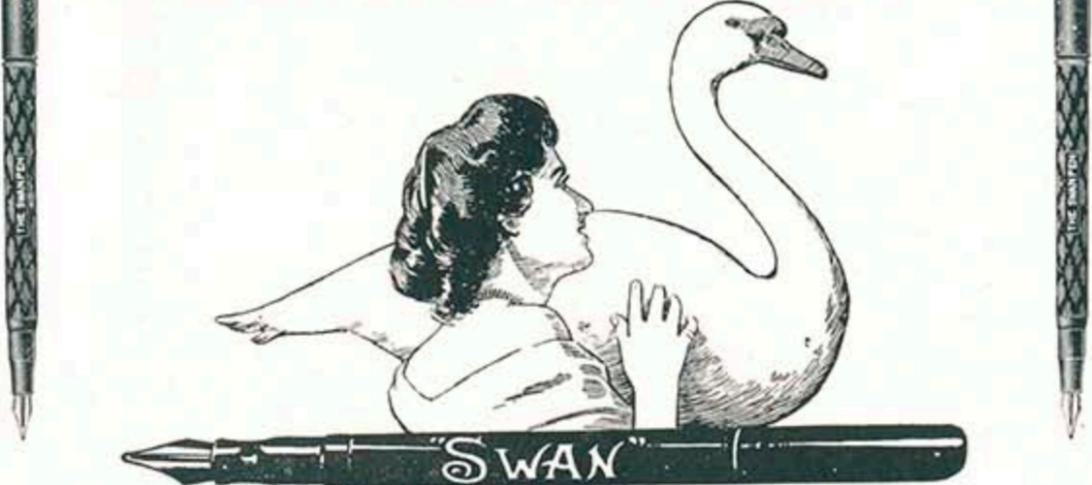
ARTICULOS DE ARTE
EN HIERRO FORJADO
Y BRONCE

H. VIAN
HAAS & Cie Succ.
5, rue de Thorigny, 5
(Hôtel de Juigné)
PARIS

MARMOLES - BARROS

Especialidad en reproducciones de
modelos antiguos.

"SWAN SAFETY"



PORTA-PLUMA RESERVOIR CON PLUMA DE ORO Y PUNTA DE IRIDIO

MODELO REGULAR PARA HOMBRES
MODELO DE SEGURIDAD PARA SEÑORAS

MABIE TODD & C^o, 79-80, High Holborn, LONDON :: A. K. WATTS, 106, rue de Richelieu, PARIS

ESTABLECIMIENTOS

B. PEYRAT & Hijos & C^{ia}.

SOCIEDAD EN COMANDITA POR ACCIONES.

Fabricantes de Muebles
de Estilos Antiguos.REPRODUCCIONES EXACTAS
DE LOS MUEBLES DE LOS
MUSEOS FRANCESES Y EX-
TRANJEROS, Y DE LOS « PETITS
MEUBLES » DEL SIGLO XVIII.Esta casa es la más importante entre las que se dedican
á la fabricación de este género de mobiliario.

TRES FABRICAS : Dos en Tolosa y una en Revel (Alto Garona)

CASA DE VENTA :

107, Boul. Richard=Lenoir, Paris

(Antes : 5, Plaza de Valois.)

Teléfono : Roquette : 7-79

Automovilistas!

Adaptad en las bocinas la maravillosa pera
EOLIEN "L'ETOILE"
en caoutchouc comprimido, cuya duración es,
comparada con los otros sistemas, á lo menos
cuádruple (garantía absoluta)

Y POSEEREIS EL APARATO IDEAL
EL MAS SOLIDO
EL MAS PRACTICO
EL MAS ELEGANTE

Para detalles, dirigirse á MUNDIAL MAGAZINE.

Para ventas al por mayor, al fabricante

E. KALKER

Manufactura general de caoutchouc.

LILAS, cerca de París (Francia).

Depósito en Montevideo:

JOSÉ AVALO Y Hnos. - Cerrito, 664.



EOLIEN "L'ETOILE"

ALIMENTACION .. YODADA ..

(Garantida sin yodismo)

Regenerador de la vida, del Abate Sébire

Antiguo Limosnero del Hotel - Dieu
de Abbeville.

**¡ 20 VECES MAS NUTRITIVO
QUE LA CARNE !**

Crea carnes, huesos, músculos, ner-
vios, y substancia gris (Cerebro).

Este producto es el que con
mayor eficacia sirve de base
alimenticia á todos los enfer-
mos sin excepción.

Es también un preventivo
que conserva la salud.

Contiene: Algas y zoosteras
marinas alimenticias en pro-
porcion de 20%, y leguminosas
malteadas en la de 80%.

**¡ ES LA SALVACION
DE LOS DESESPERADOS !**

Hace engordar á los Tu-
berculosos que, mediante él,
ganan de 3 á 5 kilos por mes.

Tiene gusto exquisito, y sólo cuesta o fr. 10 céntimos
cada potaje, sustituyendo: al pescado, á la carne, al aceite de
hígado de bacalao, á los huevos, y á todos los reconstituyentes
conocidos á los cuales aventaja.

Gratis y franco: Muestra para tres potajes, con explicación
del método del abate Sébire, y numerosos testimonios que demuestran su
eficacia sin igual. ESCRIBIR á M. le Dr. de Laboratoires Marins
á Enghien-les Bains (S.-et-O.) Francia. Teléfono: 173.

NOTA: Se desean agentes en todas partes, ofréndoles las mejores condi-
ciones ventajosísimas, que se detallarán al responder á toda solicitud
que se nos dirija.



ABATE A. SEBIRE

PIDASE EN TODAS PARTES
EL EXQUISITO

ANIS REQUENA

Gran diploma de Honor en la Exposición de Buenos Aires 1910
Gran premio en la Exposición del Tibidabo Barcelona 1911



REQUENA é HIJOS
TARRAGONA ..
.. .. (España).

Los Apartamentos amueblados DE LA ESTRELLA

Los más LUJOSOS - Los más CONFORTABLES

Se recomiendan á todas las personas de provincias ó
del extranjero que se detengan en París una temporada

VINCENT - BOUZOU

DIRECTOR

7 et 10 bis, rue Anatole-de-la-Forge Paris (Etoile).

TELEFONO : 577-27

M. CHEVILLARD, COULON & C^{ie}

DESPACHO Y EXPOSICION
52, rue Taitbout, Paris

TALLERES Y ALMACEN
9, rue des Solitaires, Paris

DE ADAPTACION UNIVERSAL

El Cinematógrafo PERFECTA 1914

Sirve para SALONES, CAFÉS, INSTITUTOS, etc.

APARATO PERFECTA SALON 1914

Dispuesto para tomar la corriente eléctrica.

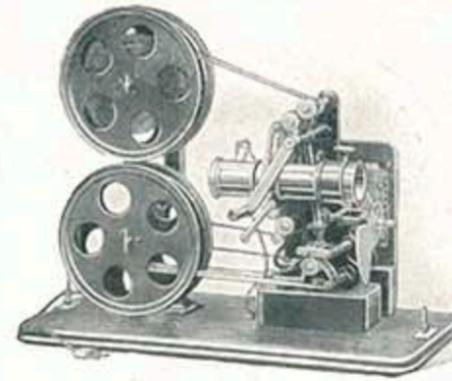
Precio : 320 francos.

APARATO PERFECTA BABY

El mismo, con grupo eléctrico especial, contenido
en un cofrecito, y capaz para luz durante 150 horas,
sin nueva carga; bobinas de 250 á 280 metros,
proyección 1 m. 40.

Precio : 360 francos.

Nuestro aparato puede utilizar cualquier
película, y permite la proyección fija.



PERFECTA SALON 1914.

Se sirve dentro de una rica caja de madera.

SE BUSCAN AGENTES REPRESENTANTES

NINGUN PELIGRO DE INCENDIO



78 bis, Avenue Henri-Martin, PARIS

DEPOSITARIO PARA EL URUGUAY:

B. & N. SOLARI, Salto.

RMSP THE ROYAL MAIL
STEAM PACKET CO.

VAPORES de LUJO

Salen de

SOUTHAMPTON

y CHERBOURG

Cada Viernes para

BRASIL ARGENTINA

y URUGUAY

Yocando en

ESPAÑA. PORTUGAL

y MADERA

Agentes en Paris

Geo. DUNLOP & Co. 4 Rue Halévy.

J. Borghans



AGENCIA GENERAL MARITIMA
PARIS # 32, rue d'Hauteville, 32 # PARIS

Tránsito, Seguros, Transportes á destajo.

Dirección teleg. general: "BORGHANS"

CASAS EN: EL HAVRE, 25, quai d'Orléans.
AMBERES, 13, quai Jordans.
HAMBURGO, Dovenhof.

AGENTES EN: BURDEOS, DUNKERQUE,
MARSELLA, LIVERPOOL,
LA PALICE, GENOVA

SERVICIO ESPECIAL PARA LA AMÉRICA DEL SUR
Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay, etc.

Recepción á domicilio de las mercaderías, agrupamiento, embalaje, reexpedición, seguro y despacho de aduana, con facultad de pago á la llegada de las mismas.

Messine-Automobile

6^a Rue Treilhard
Tel. 558-09

S^{te} G^{de} DES AUTOMOBILES INDUSTRIELS
PARIS

Messine-Automobile

6^a Rue Treilhard
Tel. 558-09

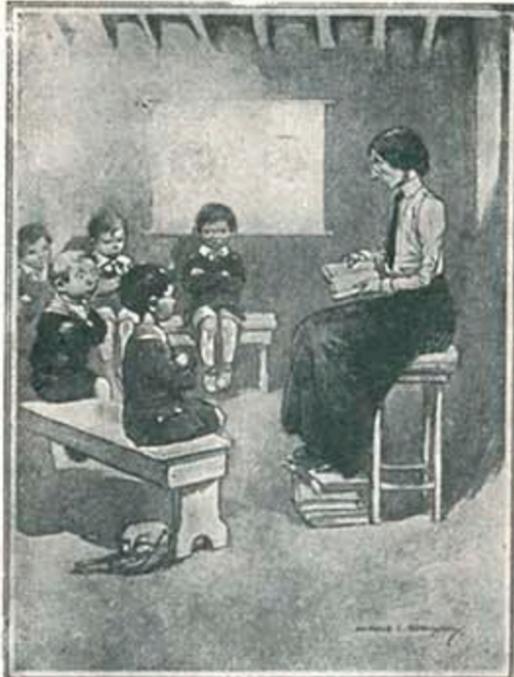


Alquiler de Coches
de Gran Lujo
Garage, Reparaciones, Cambios



Vehículos Berliet
Camiones, Omnibus
Coches de las mejores marcas

LOS ELEMENTOS, por Harold C. EARNshaw.



(The Sketch.)

— ¿Cuáles son los elementos?
— El aire, el agua, la tierra...
— ¿Y qué más?
— No sé.
— ¿Cómo? ¿No se acuerda Vd. del otro que causa tantas desgracias?
— ¡Ah... sí! los automóviles.

COLECCION DE
"Autores Hispano-Americanos"

En rústica ... 3 francos.
En pasta flexible ... 3 frs. 75

J. T. ARREAZA CALATRAVA.

ODAS -- LA TRISTE Y OTROS POEMAS

El gran escritor uruguayo, José Enrique Rodó, ha definido la personalidad de Arreaza Calatrava, diciendo: «Que es, sin duda, uno de los más interesantes y originales temperamentos líricos que la nueva generación tenga en América y en España.» Este alto juicio sobre el autor del *Canto á Venezuela* lo corroborará con creces su nuevo libro *Odas, la Triste y otros Poemas*, en que el singular talento de Arreaza se muestra con toda la pujanza y fausto de una rara inspiración. Si la escasa labor anterior de este peregrino ingenio ha podido hacerle pasar desconocido entre algunos, es indudable que el presente volumen le granjeará la notoriedad á que tiene derecho, al colocarlo entre los primeros poetas que han florecido en los últimos años.



Señor J. T. ARREAZA CALATRAVA.

PUBLICADOS (10 vol.): E. GOMEZ-CARRILLO: *Jerusalén y la Tierra Santa*; *Flores de Penitencia*. — POMPEYO GÉNER: *Del presente, del pasado y del futuro*; *El Capitán Proteo*. — JOAQUIN DE LEMOINE: *Diamantes Sud-Americanos*. — BENIGNO VARFLA: *Mujeres Vencidas*. — LUIS BONAFUOX: *Los Españoles en París*. — LUIS RODRIGUEZ: *MBIL*; *De paso por la vida*. — BOLIVAR: *Cartas (1799-1822)*. — JOSÉ A. SILVA: *Ycesias*.

BIBLIOTECA ECONOMICA DE CLASICOS UNIVERSALES
SENECA

TRATADOS FILOSOFICOS

« De la filosofía moral profana — dice el P. Feijóo — si se prescinde de Aristóteles, cuanto hay de estimable en el mundo está en los escritos del gran estoico cordobés Lucio Anneo Séneca. Plutarco, con ser griego, no dudó de anteponerle al mismo Aristóteles, diciendo que no produjo Grecia hombre igual á él en materias morales. Lipsio decía que, cuando leía á Séneca, se imaginaba colocado en una cumbre superior á todas las cosas mortales. »

La traducción de Don Pedro Fernández de Navarrete, gran maestro del habla castellana, es una de las que desafían al tiempo, y puede competir ventajosamente con las mejores que se hayan hecho en otras lenguas.

Publicados (7 vol.):

HOMERO: *La Odisea*. — VALMIKI: *El Ramayana*. — LUCIANO: *Diálogos morales*.
— JULIO CESAR: *Comentarios de las Galias*. — VIRGILIO: *La Eneida*. —
CICERON: *Tratado de los deberes*. — APULEYO: *El asno de oro*.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS Y EN LA SOCIEDAD DE EDICIONES

LOUIS-MICHAUD 168, Boul^d Saint-Germain, PARIS
2065, Calle Estados Unidos, BUENOS AIRES

FOTOGRAFOS AFICIONADOS

No comprad aparatos sin haber visto el

VERASCOPE 25, rue Melingue
PARIS

AGENTE EN BUENOS AIRES:
LUTZ & SCHULZ
FLORIDA, 240.

RICHARD

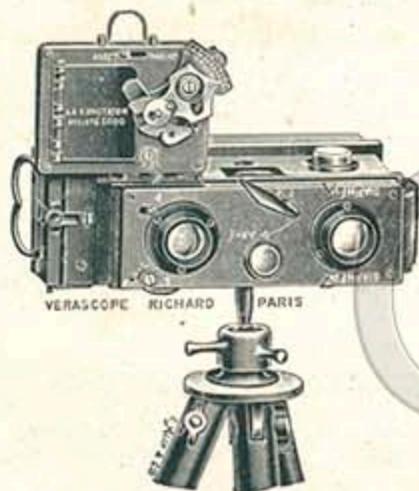
Ningún aparato, ni aun los de mayor tamaño, iguala su pulcritud, especialmente en la

***** FOTOGRAFIA EN COLORES *****

¡Novedad! Almacén para **PELICULAS en BOBINAS** Patentedo S. G. D. G.
intercambiable con el Almacén para placas.

El Verascope es
el más ROBUSTO . . .
el más PRECISO . . .
el más PERFECTO . . .
el más ELEGANTE . . .

y da
la FORMA correcta . . .
el TAMAÑO exacto . . .
la PERSPECTIVA
justa
el COLOR verdadero.



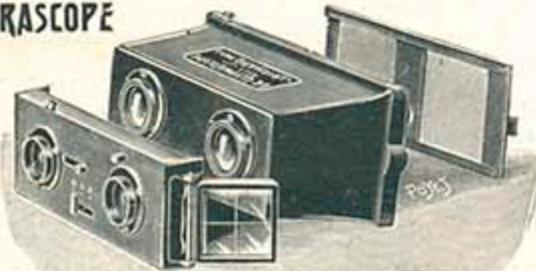
EL VERASCOPE es el compañero indispensable del colonial, del explorador ó del simple turista que no quiere exponerse á decepciones. EL VERASCOPE es un aparato absolutamente rígido y de una solidez á toda prueba; á menudo se le hace dar la vuelta al mundo, y las reparaciones son insignificantes . . .

PARA LOS PRINCIPIANTES EN FOTOGRAFIA
la "Jumelle stéréoscopique idéale" y la más perfecta es

Le GLYPHOSCOPE á 35 frs. Patentedo S.G.D.G.

que posee las cualidades fundamentales del VERASCOPE

Construcción de ALTA PRECISION.
RIGIDEZ ABSOLUTA impidiendo todo descentraje por torsión, y permitiendo un reglaje perfecto.
INALTERABILIDAD por el calor y la humedad.
INSTANTANEA y PCSTURA.
VISADOR CLARO
y un agujero cónico para montaje sobre pie.
TRES DIAFRAGMAS. REVERSIBLE.

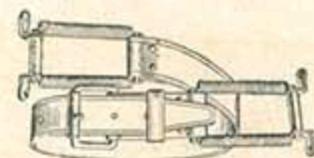


Las vistas del VERASCOPE y del GLYPHOSCOPE se fijan, se proyectan, se reproducen, y aumentan con el **TAXIPHOTE** Patentedo S.G.D.G.

UN BUEN COCHE
HA DE ESTAR, PROVISTO
DE BUENOS ACCESORIOS



Bomba "HANDY"
Cuádruple compresión.



Correas "LIA"
de tensión continua.



Ejes sobre bolas
F. & S.
para todos los empleos.

Los MEJORES ACCESORIOS los VENDE
MESTRE & BLATGÉ

LIBRERIA

"CASA FULLANA"

COMPLETO SURTIDO EN
Libros de Texto para Escuelas
y Obras Literarias de los mejores autores

2457 - SERRANO - 2459

BUENOS AIRES
Unión Telefónica 306, Palermo

para toda clase de vehículos.

20 modelos diferentes
en almacén.

ENVIO FRANCO
DE LOS CATALOGOS



Vulcanizadores H. F.

Para la reparación
de las cámaras de aire
y de los neumáticos.



Limpia-Cristal

Para la lluvia,
la nieve
y la neblina.



Neumáticos CONTINENTAL

146, Avenue de Malakoff, PARIS